

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 19.

NUM. 227.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

NOVIEMBRE 1907

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

11.532

INTELIGENCIA Y BONDAD

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
MINISTERIO DE CULTURA

Hay en el capítulo V del Evangelio según Mateo un versillo, el 22, digno de muy especial consideración. Dice así, traducido á la letra: «Pero yo os digo que todo aquel que se enojare contra su hermano será atendido á juicio; el que dijere á su hermano *raca* será atendido á concejo, y el que le dijere ¡tonto! será atendido á la *geena* del fuego».

He dejado de traducir dos palabras: *raca* y *geena*, porque una y otra están sin traducir en el original griego. La palabra *raca* parece provenir del caldeo *reca* y significar algo así como «insignificante, sin valor, poca cosa, etc.»; y en cuanto á *geena*...

He traducido por «tonto» la voz $\mu\omega\rho\acute{\epsilon}$, *moré*, en vocativo, que se halla en el texto. El adjetivo $\mu\omega\rho\acute{\omicron}\varsigma$, *á, ón* (*morós, á, ón*) significa, en su significado primitivo, soso, insípido ó desabrido; y luego, en sentido traslaticio y aplicado á personas, ya bobo, tonto ó imbecil, ya loco ó extravagante. El verbo $\mu\omega\rho\alpha\iota\upsilon\omega$ (*moraino*) significa ya estar sosa ó desabrida una cosa, ya estar un hombre tonto ó loco. En latín tenemos *morio, nis*, necio, y *morari*, ser un tonto. Y Curtius (*Grundzüge der griechischen Etymologie*) supone—con una interrogación—si podrá referirse á la misma estirpe la voz *morosus*.

Lo que resulta claro es que el *moré* del Evangelio equivale á bobo, simple, insignificante, tonto, memo, zote, majadero, imbecil, estúpido... y las tantas y tantas expresiones despectivas en que abundan nuestras lenguas cuando se trata de ma-

nifestar el ningún aprecio en que se tiene la inteligencia del prójimo.

Y es ahora de considerar cómo el Cristo, al señalar insultos que merecen el castigo del fuego, no tomó en cuenta aquellos que tienden á deprimir las cualidades de bondad del prójimo, sino aquellos que tiran á rebajar su inteligencia. No amenaza con el fuego al que llama á su prójimo pillo, ó bandido, ó desalmado, ó canalla, ú otra cosa por el estilo, ni al que le inculpe de un vicio cualquiera, llamándole embustero, ladrón, adúltero, asesino, etc., sino al que le llame tonto.

Oímos decir de continuo que lo que hay que ser en este mundo es bueno, que es la bondad lo que más importa. Es idea muy generalizada la de que no depende de nosotros nuestra inteligencia y sí nuestra voluntad, aunque si se examinara la cosa un poco despacio se caería en la cuenta de cuán preñada de contradicciones íntimas está la proposición esa de que nuestra voluntad depende de nosotros. Porque ¿qué es ese mi yo, de que mi voluntad depende, fuera de la voluntad misma?

Mas es el caso, sea de esto lo que fuere, que se estima por la generalidad de las gentes que si es malo un hombre lo es porque quiere serlo y que podría ser bueno, mientras que, por el contrario, si es tonto, lo es sin quererlo, y no depende de él el dejarlo de ser. Claro está que hay muchos—cada vez más—que están convencidos de que el ser malo es cosa que depende tan poco de la libre determinación del individuo que lo sea, como el ser tonto, y no faltan quienes sinceramente—y no por afán insano de apartarse del común sentir, como suponen los ramplones de espíritu endurecido—creen que dejar de ser tonto depende de un esfuerzo de la voluntad, tanto como el dejar de ser malo. Pero no es de opiniones heterodoxas ó paradójicas—en el sentido etimológico y primitivo de estos vocablos, sentido que no he de definir aquí por no acumular más incisos—de lo que hemos de aprovecharnos ahora, sino de la opinión central ú ortodoxa, la del promedio. Y esta opinión estima que la maldad, la perversión de la voluntad es una cosa imputable

moralmente al hombre, y que no lo es la tontería, la deficiencia intelectual. No siendo en ciertos casos en que la tontería sea consecuencia de algún defecto moral. La tontería, lo mismo que la locura, se estima que es una desgracia, aunque no falten personas que supongan que es la locura en muchos casos un castigo providencial. He conocido un sujeto que hablaba de Nietzsche sin conocerlo más que por referencias y por fragmentos—lo cual equivale á no conocerlo ó á conocerlo mal—que sostenía haber sido un castigo de Dios la imbecilidad en que murió el pobre y atormentado soñador.

Quedamos, pues, en que en teoría y como cuestión de doctrina, lo ordinario entre los hombres ordinarios es suponer que la maldad es algo imputable y la tontería una desgracia. Pero cuando se llega á la práctica, las cosas varían por completo, y esos mismos hombres ordinarios que ordinariamente profesan esa doctrina, se sienten más ofendidos cuando se pone en duda ó se niega sus excelencias intelectivas, que no cuando se pone en duda ó se niega sus excelencias morales. Al que les llame pillos, canallas ó bandidos le llevarán á los tribunales ó le pegarán acaso, pero le perdonarán antes que á aquel que les dé á entender que aprecia en poco su inteligencia. Esto no lo soportan, y de aquí proceden sus ciegas antipatías, sus pasiones más mezquinas.

Un conocido mío, persona que ejerce un cargo técnico, hombre de muy buena y muy bien cultivada inteligencia, pero que desgraciadamente la tiene perturbada, se quejaba un día á un amigo mío de que se le quisiera declarar loco. Y como mi amigo, que aunque muy inteligente se suele pasar de cándido con frecuencia, le dijera que el estar loco podrá ser una desgracia, pero no es un delito ni cosa que se le parezca, el supuesto loco se exaltó de mala manera y empezó á exponer todos los perjuicios que se le irrogaban de que se le declarase loco. Una vez hecha esta declaración, podía llegar hasta perder su empleo.

He aquí enfilada la cuestión por el aspecto más práctico,

por el más vivo. Para la lucha por la vida es la inteligencia arma más adecuada que la bondad, y las gentes saben muy bien que los pillos listos prosperan más que los buenos tontos. Y de aquí que aun cuando en teoría y en abstracto se ponga la bondad por encima de la inteligencia, en la práctica y en concreto ¡tan flacos somos! se da á la inteligencia la primacía sobre la bondad.

Lo comprueba la forma de despectiva compasión ó de compasiva despección con que se habla de los buenos poco inteligentes. «Sí, es muy bueno el pobrecillo», «¡es un bendito de Dios!», «es un santo varón»... ¿Quién no se ha fijado en el tono con que se profieren estas frases?

Lo que hay en el fondo de esta antinomia ó contradicción aparente, de esta duplicidad de juicio según que se trate de juzgar en abstracto ó en concreto, es que tenemos una doble moral, ó sea dos morales, una para nosotros mismos y otra para los prójimos. Lo de «no hagas á otro lo que para ti no quieras» lo traducimos por «no me hagas lo que no quieres que yo te haga». En el fondo de nuestro corazón, tejido de contradicciones, nos decimos: yo seré para contigo listo; sé para conmigo bueno.

Sucede, por una parte, que queremos á los demás buenos para con nosotros, aunque sean tontos; mas por otra parte, la experiencia nos enseña que un tonto bueno queriendo hacernos bien nos molesta y perjudica, y un listo malo al pretender hacernos daño nos hace bien. Y en resolución, á un hombre medianamente inteligente le es más fácil defenderse de las malicias de un listo que no de las tonterías de un bueno. Un hombre listo tiene un plan de conducta, una intención, un propósito más ó menos velado, y no es difícil descubrirle ese plan, esa intención ó ese propósito y ponerse en guardia; mas en tratándose de un tonto, por bueno que él parezca—y, como diré luego, cabe la duda de si los tontos pueden ser realmente buenos,—no sabe uno nunca á qué atenerse y está con ellos vendido. Porque el tonto, por bueno que parezca, es casi siempre

instrumento de una tercera parte, y no siempre de la misma, y al tonto, por consiguiente, le falta consecuencia.

Todo esto de un lado, y de otro el hecho de que el hombre tiene momentos de elevación de juicio, hace que no sea tan absoluto, ni mucho menos, lo de que deseemos que los demás sean buenos tontos antes que malos listos. Y sobre todo, la mayor parte de las veces no tenemos que juzgar de la conducta del prójimo para con nosotros mismos, sino para con otros prójimos, y en este caso solemos ponernos, como en el caso propio, de parte del inteligente, ó que creemos lo es, y en contra del que estimamos tonto. Y digo *como el caso propio*, porque á un hombre le es más fácil persuadirse de que es malo que no de que es tonto. Estoy harto de encontrarme con personas que confiesan sus perversiones morales y se declaran, en una ú otra forma, malos, pero apenas he encontrado quien se confiese tonto; y si alguno lo hace, es de tal modo y en tales circunstancias, que no hay manera de creerle. Y sin embargo, estoy convencido de que es mucho más frecuente de lo que parece el caso de un hombre que se siente un majadero, aunque ni á sí mismo se atreva á confesárselo, ó por lo menos que comprenda que sus prójimos le tienen por tal majadero. Y todo esto va resultando, como no puede menos de ser, un tejido de contradicciones aparentes. Y digo aparentes, porque de cada cien veces que se acusa á un escritor de contradictorio consigo mismo, en las noventa y nueve la contradicción está en el que así le acusa y no en el acusado. A los tales acusadores les vendría bien darse un baño de hegelianismo, si es que son capaces de ello.

Digo, pues, que creo es más frecuente de lo que parece el caso de un hombre que se conozca, ó que conozca lo que de él se juzga. A pesar de ser un lugar común lo de que nada hay más difícil que cumplir con el precepto délfico de «conócete á ti mismo», estimo que son muchos, muchísimos, los que á solas consigo mismos se conocen. Y aun creo más, y lo he dicho antes de ahora: y es que cuando el hombre, á solas, en el si-

lencio, se encara consigo mismo en el espejo de su propia conciencia, propende á rebajarse y á estimarse en menos de su valor real. Si ciertas acusaciones les duelen tanto á ciertas personas, es porque antes que nadie se las hiciese se las han hecho ellas á sí mismas.

Hablando de estas cosas con un amigo, me citaba el caso de un conocido de ambos, de él y mío, que siendo un majadero está haciendo siempre ostentación de su saber y de la profundidad de su inteligencia, y me decía mi amigo que el tal lo cree. Y yo hube de replicarle que lo dudo mucho, y que más bien creo que, lejos de creerse él, como da á entender, que es un profundo pensador, está persuadido de cuál es la opinión que á su respecto abrigan los que le tratan, y se defiende con medios de naturalísima defensa. Y al citarle yo á mi amigo, en corroboración de esto, una porción de evidentes mentiras que para darse importancia forja el tal sujeto, me contestó: es que se las cree. Y al punto hube de protestar, como protesto siempre, de esa especie tan difundida de que haya embusteros que crean los embustes que fraguan.

El buscar hacer creer á los demás que se es un hombre de profunda inteligencia y hondo saber, es un medio de legítima defensa. Tan legítima como lo es el de que se vale el lagarto australiano conocido entre los naturalistas con el nombre de *moloch horridus*. El cual es un animalillo inofensivo que, hostigado, toma las apariencias de un espantable animal dañino, fenómeno de eso que se llama mimetismo, y que es corriente en el reino animal. Porque hay, en efecto, animales que se defienden haciéndose pasar por otros y aparentando una ferocidad de que carecen. Casos parecidos á los de aquellas moscas que, aunque desprovistas del aguijón ponzoñoso de las avispas, han tomado la forma de éstas para hacer creer que le tienen, ó por parecerse á ellas é infundir esa creencia han logrado subsistir y perpetuarse.

Pero ¿hemos de creer que el *moloch horridus* humano que infunde pavor á sus enemigos merced á su espantable facha se

engaña él mismo y se cree feroz? Yo no lo creo. El pobrecito lagarto australiano debe de conocer su flaqueza y la cara que lleva debajo de la máscara, lo mismo que su colega en mimetismo el *chlamydosaurus kingi* al poner en erección su gola y abrir fieramente la boca tomando una actitud amedrentadora, está el pobrecillo temblando de miedo. Es el miedo el que le hace amedrentar. Y así también es la tontería la que les hace á muchos aparentar talento; de donde resulta que no es la tontería tan tonta como parece, ó que, por lo menos, no carece de cierto instinto.

Claro está que esto de un tonto que se presenta como hombre de profundo entendimiento, sin lograr engañar á nadie, es caso muy distinto de los casos de los llamados simuladores del talento. La llamada simulación del talento es un puro juego de palabras, pues para simular talento es menester tenerlo, por lo menos el preciso para que haya muchos que crean en él, y es una frase inventada probablemente por los que ni lo tienen ni logran simularlo.

No hay que perder de vista, además, que entre las innumerables palabras de un sentido vago y mal definido—y lo son casi todas las psicológicas, y tanto más vagas cuanto más se empeñan en definir las los que las usen—la palabra «talento» es una de las más vagas y de las peor definidas. Puede decirse que hay hombres muy listos con muy poco talento y hombres muy talentados sin listeza alguna. De Wordsworth se ha dicho que fué un genio sin talento. Y hay hombres más que regularmente inteligentes y muy brutos.

La brutalidad mental, confinante con la ramplonería, es una de las cualidades más características de ciertas inteligencias, capaces, por otra parte, de comprender cosas que exceden algo de la común comprensión. La brutalidad mental, distintivo de los dogmáticos vulgares, y que suele confundirse con la convicción y hasta á las veces con el fanatismo, es ante todo una cualidad moral, es una forma de la soberbia gratuita ó apriorística. Es cosa de inteligencias inimaginativas que

carecen del sentimiento del matiz y del sentimiento de la ironía y del humorismo. Los infelices atacados de esa especie de arterio-esclerosis espiritual ven confusiones y contradicciones que sólo en su cabeza existen. Suele ser gente dada á la polémica y que en ésta se despachan con el ridículo procedimiento de las citas, artimaña abogadesca falta de todo valor serio y positivo. Y con frecuencia añaden aquella singularísima tontería que reza así: «Fulano, cuyo testimonio no puede ser sospechoso para nuestros adversarios», como si se tratase de santos padres declarados doctores de una iglesia, y sucediendo á menudo que toman en serio una *boutade* del Fulano citado ó que éste, que puede por lo demás ser una inteligencia eminente, habló de cosa en que no entendía.

Los brutos mentales toman las cosas en bruto, sin análisis, y para ellos se escribió aquella fórmula tan típica de «la razón y la experiencia nos enseñan de consuno...», y viene una observación en bruto, tal y como la hacen los pueblos bárbaros. Los brutos mentales juzgando á simple vista, que es su órgano único de visión—y suelen jactarse de tenerla buena,—arguyen de visionarios á los que presentan, sin intento alguno de polémica, datos obtenidos á microscopio ó á telescopio.

Conocida es la *salida* de aquel que decía: yo no digo que todos los republicanos sean borrachos, pero sí digo que todos los borrachos que conozco son republicanos. Pues bien, yo no digo que todos los brutos mentales sean dogmáticos, pero sí digo que todos los dogmáticos que conozco son brutos mentales. Y no llamo dogmáticos á los que por pereza mental ó por no querer darse quebraderos de cabeza viven atenedos á estos ó aquellos dogmas. Llamo dogmáticos á los que con toda alma creen y sostienen que hay un número de opiniones—suyas, por supuesto—que sólo pueden negar los locos ó las gentes de mala fe, siendo opiniones que hay muchas personas que las niegan.

Si el ir contra la opinión comúnmente aceptada—aceptada por inconciencia, de ordinario—puede y suele ser un acto de

soberbia cuando se va contra ella no más que por afán de singularizarse—lo cual sucede muchísimas menos veces de lo que los brutos creen,—en cambio el aferrarse á la opinión común, ortodoxa (en el sentido más técnico del vocablo, el empleado al hablar de economía política ortodoxa, v. gr.), puede y suele ser un acto de soberbia, y de soberbia gratuita y apriorística. La soberbia gratuita necesita para sostenerse y afirmarse el sostén de la opinión tradicional común. Cuando un hombre os diga: «Dios, por mi boca, dice esto», traducirlo al punto así: «yo, por boca de Dios, os digo esto». La brutalidad mental tiene esta frase á cada paso: «¡eso es absurdo!»

Observad, en cambio, una cosa que nos enseña la historia y nos enseña, sobre todo, nuestra propia experiencia de la vida, cual es la de que un amable y dulce escepticismo mental se aúna á una austera y rígida conciencia moral, que de entre los escombros amontonados por la razón teórica suele alzarse robusta y firme la columna erigida por la razón práctica. Esto no lo comprenden los brutos mentales, cuyas inteligencias viven en el período prekantiano, que suelen ser intelectualistas en el sentido de que creen que la conducta y los sentimientos morales de individuos y de pueblos dependen de nociones teóricas filosóficas, de principios metafísicos. Cuando hablan de la fe entienden la adhesión de la razón á un principio de doctrina y se escandalizan de la proposición luterana de que sólo la fe salva, porque no han penetrado en cuál es el íntimo sentido luterano de la fe. Y digo sentido luterano de la fe, y no el sentido que á la fe daba Lutero, pues los brutos mentales creen que esto se resuelve con citas de Lutero, que no hizo sino iniciar el luteranismo. La frase de «más papista que el Papa» tiene perfecto valor cuando se aplica á doctrinas libres y evolutivas, y cabe decir que hay hoy darwinistas más darwinistas que Darwin y luteranos más luteranos que Lutero. No es el que enceta una doctrina el que la completa ni el que mejor ve sus consecuencias todas, como no es siempre el autor de un libro el que mejor lo comprende.

La brutalidad mental es algo que entra en lo que llamamos moralidad, aunque no sean más responsables de ella los brutos mentales, que no son los tontos responsables de su tontería. Y así como en la brutalidad mental se descubre un fondo de perversidad moral, también en la tontería, siendo como es tan distinta de aquélla—pues el bruto mental puede no tener nada de tonto,—hay casi siempre cierta perversión moral. Es una idea bastante extendida la de que los tontos no suelen ser buenos. El tonto es mal intencionado, es mezquino y es envidioso. Y cabe proponerse esta cuestión: ¿el tonto avieso es avieso porque es tonto, ó es tonto porque es avieso? Hemos aquí en el complicado problema del valor moral de la tontería.

Podría creerse que en muchos, en muchísimos casos la tontería tiene un origen moral y arranca de mezquindad de espíritu, de mala intención; mas por otra parte puede invertirse los términos y atribuir á la tontería la mezquindad y mala intención. Lo más probable es que ambas cosas son coefectos de una misma causa de origen corporal orgánico, de una deficiencia fisiológica. Mas como á su vez estas deficiencias son, en gran parte, curables, y para su curación cabe emplear medios anímicos—la sugestión y otros análogos,—debe predicarse la obligación de ser inteligente. Y si se dijere que no está en el poder de un tonto hacerse inteligente, cabe responder que no está más en el poder de un avieso hacerse bueno. Los que niegan el libre albedrío no por eso rechazan el que se pida á los hombres que sean buenos y se procure con premios y castigos inducirles á ello, porque saben muy bien que estos premios y castigos, y esos preceptos y exhortaciones, son motivos para inducirles al bien, motivos que entran en la trama de ellos, de que surgen los actos de volición. Y el que se empeñe en ver contradicción entre que se niegue el libre albedrío y se le inflija á un hombre castigo por un acto dañino ó se le premie por uno beneficioso, es un bruto mental que está entrando en el período de la osificación de la inteligencia.

Uno de los medios más adecuados para combatir la tonte-

ría es, sin duda, el de predicar la obligación moral de ser inteligente.

Es muy frecuente oír, cuando se quiere defender á los tontos, aquello de que serán bienaventurados los pobres de espíritu, y, sin embargo, pobre de espíritu no es lo mismo que tonto.

*
* *

Me supongo á un lector que en un momento cualquiera de esta mi divagación me interrumpe para decirme: pero si tú, como parece desprenderse de algún pasaje de este escrito y de otros pasajes de otros escritos tuyos, supones que la conducta no se rige por principios abstractos ó nociones filosóficas, ¿á qué te nos vienes con estas disertaciones de psicología abstracta, si ellas no han de hacer que se vuelvan inteligentes los tontos ni buenos los malos?

Y yo le digo que, en primer lugar, puede y suele escribirse sin buscar un fin de aplicación ética, buscando la verdad por la verdad misma, sean cuales fueren sus consecuencias, y que esto es lo propio de la especulación filosófica. Sólo á los brutos mentales se les ocurre argüir contra la verdad de un principio metafísico por las funestas consecuencias prácticas que en el orden moral le supongan—no suele pasar de suposiciones,—como si fuese un axioma, ni mucho menos, que lo verdadero haya de ser bueno. Lo propio de la brutalidad mental suele ser construirse, bien ó mal, el mundo teórico en vista del mundo práctico, é inventar principios filosóficos para asentar sobre ellos preceptos morales que les precedieron, aunque ni asienten bien ni mucho menos.

Y por otra parte, aun creyendo que los principios de doctrina que un hombre profese no son los que determinan y fijan su conducta, puede uno muy bien creer de eficacia práctica el combatir esos principios, que guardan relación con la conducta, aunque no sea la de causa á efecto.

Es indudable que los movimientos de la aguja del manó-

metro tienen relación con las variaciones de presión de la caldera de vapor, lo mismo que la subida ó bajada de la columna termométrica la tiene con las variaciones de temperatura del ambiente, y sin embargo á nadie que esté en su sano juicio se le ocurrirá sostener que son los movimientos de la aguja del manómetro los que determinan la presión del vapor de la caldera, ó las subidas ó bajadas de la columna termométrica las que producen los cambios de temperatura del ambiente. Y algo por el estilo, aunque en una relación diferente, parece suceder entre las variaciones de conducta de un individuo y sus variaciones de doctrinas.

Sentimos todos la necesidad de justificar y explicar nuestra conducta ante nosotros y ante los demás, y no descansamos hasta hallar la que creemos razón suficiente de nuestro modo de obrar. Aunque ignoremos por qué vomitamos el aceite que se nos hace tragar, no nos importa gran cosa esa ignorancia; pero no nos resignamos á ignorar por qué se nos resiste el robar ó el matar al prójimo, y buscamos razones que expliquen esta nuestra resistencia, razones que son, muchas veces, especiosas. Más de un sujeto que cree de buena fe que no hace tal ó cual cosa, que le han enseñado ser pecado grave, por miedo al infierno, seguiría no haciéndola si perdiese este miedo, y entonces inventaría otra razón cualquiera para explicarse su resistencia á cometer los actos pecaminosos. Y esto, aunque sea frecuente entre los brutos mentales la creencia de que el temor al demonio y á las penas eternas son una de las bases del orden social. ¡Pobre orden social si dependiera de eso!

Y hay en esta necesidad que sentimos de explicar nuestra conducta dos grados, y son: la necesidad de explicárnosla á nosotros mismos, y la necesidad de explicarla á los demás.

Cuando un sujeto busca para los demás una explicación distinta de aquella que se da á sí mismo, decimos que es un hipócrita; siendo, pues, el hipócrita el que tiene dos explicaciones de su conducta: la que se da á sí mismo y la que da á

los demás, y ambas, con mucha frecuencia, igualmente falsas.

¿Y de qué modo el combatir la explicación que uno da de su conducta puede influir en la conducta misma? Si demostramos que la doctrina con que un individuo trata de explicar su conducta es insostenible, y no la explica, le obligamos á que busque otra, sea para justificarse ante los demás tan sólo, sea para justificarse ante los demás y ante sí mismo á la vez, del mismo modo que si á un chicuelo que inventa un pretexto para salirse con la suya se le destruye el pretexto, se le obliga á buscar otro.

Un chiquillo se levanta un día con una cantidad de tensión nerviosa, ó lo que fuere, á que siente necesidad de dar salida con el llanto, y los hay que, como no quieren llorar sin motivo, lo buscan. Piden una cosa, y si se la dan, piden otra, y acaban por pedir la luna, á sabiendas de que no pueden dársela, para tener así un pretexto de llorar. Y no lloran porque no se les ha dado la luna, sino que han pedido la luna, sabiendo que no se la pueden dar, para justificar así su llanto. Y una cosa parecida les pasa á los mayores.

Y así resulta que si se influye en la conducta de un individuo, destruyendo las doctrinas teóricas en que él la cree fundada, es porque al dejarle insatisfecha la necesidad de explicarse á sí mismo su modo de obrar, se le introduce en el ánimo una inquietud de orden sentimental, no intelectual, inquietud que ejerce influencia sobre su conducta.

Las ideas mismas suelen llevar no pocas veces un contenido sentimental ó emotivo, y es este contenido el que influye en la conducta. Pero á medida que un concepto pierde en comprensión, ganando en extensión, á medida que se generaliza y hace más abstracto, va perdiendo de su valor emocional y, por lo tanto, de su influencia sobre la conducta. Y en este sentido digo que las doctrinas abstractas, las nociones escolásticas á que se aferran los brutos mentales carecen casi siempre de verdadera eficacia práctica. Y lo mismo sucede con los dogmas muertos. La disputa teológica del *filioque*, que tanto apa-

sionó en un tiempo los ánimos, sería hoy incomprensible, porque el dogma ha muerto. Para la conducta moral de un cristiano de hoy lo mismo es que crea que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo ó sólo del Padre, ó que no crea ni una ni otra cosa, porque la tal creencia carece de todo contenido sentimental. Y en realidad ni se cree ni se deja de creer en ello, y el incluirla en el Credo no es sino una manera de pedir sumisión á la Iglesia sobre la base de esa horrenda fe implícita ó fe del carbonero, que es la muerte de la vida espiritual. Consecuencias de haber sustituido á la religión con una metafísica teológica.

*
* *

Y volviendo á la relación entre bondad é inteligencia, réstame por hoy decir que en cierto sentido puede y debe decirse que la inteligencia es una forma de la bondad, ó la bondad una forma de inteligencia.

Ya entre los antiguos se discutió si la virtud es ó no es una ciencia, y miles de veces se ha repetido que el ser bueno es lo que más cuenta trae.

Lo más íntimo, lo más exquisito de la bondad, es el perdón; el hombre es tanto más verdaderamente bueno cuanto más propenso está á juzgar bien á los demás, á disculparlos. El triunfo supremo de la caridad es, al tener noticia de un horrendo crimen ó al presenciarlo, sentir un fuerte movimiento de compasión y de piedad hacia el verdugo, tanto ó más que hacia la víctima. Y la fórmula más alta de la caridad es aquella de: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen», fórmula en la que el mismo que conminó con terribles penas al que llame tonto á su hermano pide perdón para el prójimo, fundándolo en que este prójimo obra por deficiencia intelectual.

El famoso aforismo *tout comprendre, c'est tout pardonner*, «el comprenderlo todo es perdonarlo todo», puede muy bien invertirse, diciendo: *tout pardonner, c'est tout comprendre*,

«perdonarlo todo es comprenderlo todo». Es decir, que aquel cuya grandeza de ánimo y nobleza de corazón le lleva á perdonarlo todo, se pone por este espíritu de perdón en situación de comprenderlo todo. Su bondad le da, como fruto, inteligencia.

Pasión quita conocimiento, se dice, y pasión en sentido contrario le añade. Y digo pasión en sentido contrario, y no falta de pasión, porque la bondad que nos hace inteligentes no es la aparente bondad del indiferente, del que parece perdonar porque no siente las ofensas, sino de aquel que, sintiéndolas, perdona por pasión.

La tolerancia es la primera virtud, pero es en aquellos que por naturaleza se sienten intolerantes, y que luchando consigo mismos logran vencerse.

Es una equivocación muy común la de creer que los espíritus tolerantes lo son porque carecen de convicciones arraigadas, y que, por el contrario, todo el que las tiene resulta intolerante. La intolerancia, forma del apego á las propias opiniones, suele ser independiente del mayor ó menor arraigo de las convicciones, y causa, más que efecto, de este arraigo. Los brutos mentales suelen ser intolerantes; pero su intolerancia no procede de que estén más convencidos que otros, sino de su brutalidad mental. Esta, que es, como dije, una forma de soberbia, les lleva á adherirse brutalmente á su propio juicio—hasta en cosas de orden secundario, y que ellos mismos estiman de libre juicio,—y esta adhesión les lleva á la intolerancia. Si para ellos tiene tanto valor el llamado común sentir ó el consentimiento supuesto unánime, es porque se sienten comunes, y sintiéndose comunes se amparan en lo común. Su adhesión personal no recibe su fuerza del valor de la opinión común á que se adhieren, sino que esta opinión tiene valor porque todos ellos, los comunes, se adhieren á ella. Es la ley del sufragio.

Una opinión común puede y suele muchas veces estar basada en una fuente común de error, en una causa de equivo-

cación radicante en la naturaleza misma humana—como lo estuvo y lo está la opinión, común todavía en los más de los pueblos, de que es el sol el que se mueve en torno á la tierra,—y toda su fuerza la recibe de la comunidad del error.

No hay soberbia mayor que la del soldado de fila que se siente formando parte de un grande y fuerte ejército, como no la hay como la del hombre ordinario que se siente parte de un pueblo rico, poderoso y admirado. Hay ciudadano de una gran nación que, siendo el último y el más inculto de sus ciudadanos, cree llevar á la nación toda sobre su cabeza. Y sucede con frecuencia que los hombres de soberbia gratuita ó apriorística ingresen en un gran ejército, en el ejército de la vulgaridad organizada, para poder apoyar con la fuerza de éste la debilidad radical de su soberbia. Y de aquí que el rancharo de un gran ejército tenga más soberbia que el jefe de una banda suelta y aguerrida. El que no tiene nada personal de que envanecerse—decía Schopenhauer—se envanece de haber nacido inglés, alemán, francés ó español. Y lo mismo sucede en el orden de las doctrinas que se profesen. Hay quien se ensoberbece por profesar las doctrinas en que sus padres le educaron ó por pertenecer á esta ó á la otra profesión social, y es que las doctrinas ó la profesión no hicieron sino dar un contenido á una soberbia previa, de puro continente, sin obras, es decir, gratuita.

La soberbia gratuita tiene otra señal en que se la conoce, y es su resistencia á obrar, á producirse á la vista de todos, á exponerse al juicio ajeno. La acción es la muestra de la humildad radical.

Ben fa, chi fa; sol chi non fa, fa male, «bien hace quien hace; sólo el que no hace, hace mal», dice el poeta italiano Pascoli; y el pobre Oscar Wilde escribía: *the supreme vice is shallowness; whatever is realised is right*; esto es, «el supremo vicio es la oquedad; todo lo que se cumple es bueno». O sea que todo lo que produce un resultado es bueno, y malo lo que cae en el vacío.

Me parece haber escrito antes de ahora, y acaso en estas mismas páginas, que el ejemplo de suprema humildad que han ideado los hombres es el de un Dios que crea un mundo que nada añade á su gloria, y luego una humanidad que se lo critique. Es como hacer una comedia, y luego un público que se la silbe á uno.

Fijaos, pues, en el fondo de toda maldad y de toda tontería, y veréis que se basa en pereza, en inactividad, más ó menos larvadas y disfrazadas, y veréis, por otra parte, que la bondad y la inteligencia son hijas de la diligencia, de la actividad, también más ó menos veladas.

La pereza es la madre de todos los vicios, y entre ellos de la tontería y de la brutalidad mental.

MIGUEL DE UNAMUNO

RECUERDOS

Recuerdo, caso extraño, porque generalmente de uno á otro artículo las memorias se borran, que en el último que escribí, hablaba precisamente de mi falta de memoria para todo lo que era individual y aislado: nombres, números y fechas, por ejemplo.

Recuerdo todo un libro de matemáticas con sus teoremas y sus teorías, y olvido por completo el nombre del autor.

Me cuesta trabajo á veces decir de pronto á un cochero el nombre de la calle en que vivo y el número de la casa. Lo digo, sí, pero haciendo un esfuerzo intelectual.

No sé las señas de la mayor parte de mis amigos y parientes, aunque conozca las casas y pueda ir á ellas sin vacilar.

Y resulta de estas deficiencias de mi organismo encefálico que yo no hubiera servido para erudito ni para historiador: no puedo decir la lista de los reyes de España de corrido, sino desde los Reyes Católicos; y en los grandes sucesos de los siglos xv, xvi y xvii, vacilo mucho para colocarlos en el lugar que les corresponde.

He leído enormemente, sobre todo lo humano y lo divino, y aun sobre lo diabólico, y las ideas y las líneas generales están grabadas en mi cerebro, pero los pormenores volaron al espacio, y en él se perdieron como paja aventada en las eras: eras de anchura enorme é infinita.

Y no sólo no podría ser nunca erudito, sino que tampoco podría ser rey.

Porque un rey necesita tener buena memoria, conocer á todo el mundo y hablar á cada cual de aquello que más le interesa; y yo no conocería á nadie por su nombre, aunque los conociese por su fisonomía y por sus hechos.

De donde resulta que me haría antipático á todos los ciudadanos de mi reino que tuvieran contacto conmigo; porque la raza humana es vanidosa, y todo individuo de la raza humana, por insignificante que sea, se ofende, hablando en general, de que no se le conozca y no se conozca su nombre y su apellido.

Muchas veces me ha ocurrido poner un anuncio en los periódicos advirtiendo á todos mis amigos que no deben ofenderse si, al encontrarles yo, no les saludo por su nombre. Esto significa tan sólo una deficiencia lastimosa de mi memoria para las palabras aisladas.

Me sucedió encontrarme con D. Manuel Ortiz y Pinedo, que era amigo mío y muy antiguo, y al ir á saludarle no encontrar su nombre en el registro de mis celdillas cerebrales.

Él ni pudo sospecharlo, ni yo cometí la torpeza de darlo á entender; pero todo el día estuve preocupado y nervioso, hasta que después de muchas horas, y sin saber cómo, brotó el nombre á mis labios.

Me sucedió otra vez, en una discusión del Ateneo, tenerle que contestar á Tomás Maestre, y empezar diciendo: «Afirma esto y esto el señor...»; y me detuve, porque el nombre de Maestre se me borró por completo al querer pronunciarlo. Afortunadamente, uno que estaba junto á mí me dijo: «Quien ha sostenido eso es Maestre», y me sacó del apuro.

Pues lances tales me han sucedido siempre; de manera que no puedo atribuirlos á la edad.

Algún fisiólogo podrá explicarlo.

Si yo, por una de las mil combinaciones de la vida, llegara á perder el estado civil, estaba perdido.

Porque me preguntarían: «¿Cuántos años tiene usted y cuándo nació?» Y no podría contestar con certeza.

Lo he aprendido una porción de veces, y lo he olvidado otras tantas.

Para mí no hay más que tres ó cuatro fechas de mi vida, que sobrenadan en el mar, un tanto revuelto, de mis recuerdos.

Por referencia, y por haberlo oído á mi familia, sé que á los tres años de edad me llevaron en galera acelerada á Murcia, adonde iba mi padre de profesor de Agricultura y Botánica.

Pero ¿qué año fué? No lo he sabido nunca; sólo supe que fué en los tiempos de la primera guerra civil.

Primera fecha que recuerdo, la del año 43, ó sea la de la caída de Espartero, porque las tropas y la milicia, sublevadas en Cartagena, vinieron sobre Murcia, y el marqués de Camacho, con sus huertanos, defendió la entrada y rechazó á los insurrectos; y yo recuerdo un tiroteo enorme, y que quise subir al terrado para curiosear, y que mi familia no me dejó subir.

Otro recuerdo de otra fecha: el año 54, porque yo venía de Almería, en donde había estado de ingeniero, y me encontré en Aranjuez con O'Donnell y la caballería sublevada.

Tercera fecha: la revolución del 68, en cuyo año Zorrilla me nombró director de Obras públicas.

De suerte que, para recordar una fecha, necesito enlazarla con algún suceso importante; de lo contrario, no hay manera de que yo la recuerde: es preciso que el Cosmos y la Historia universal estén al servicio de mi memoria.

De aquí resulta también que, reconociendo como reconozco la importancia extraordinaria de los idiomas, tenga poca afición á su estudio, y que sea para mí un estudio difícilísimo, no por su estructura ni por su armazón gramatical, sino por el léxico.

Estudié griego con mi padre, y entre los dos hicimos bastantes traducciones; pues olvidé todo lo que había aprendido.

Estudié latín y traducía los clásicos con alguna facilidad; pues en cuanto cesó la obligación de aquel estudio, rompí con ellos toda clase de relaciones, y hasta les negué el saludo.

Toda mi vida he estado leyendo libros en francés, de cien-

cias y de literatura y de historia y de filosofía, y, sin embargo, para resolver el problema inverso, quiero decir, para escribir ó hablar, paso grandes apuros, porque me sucede con los idiomas lo que al ratón con las antiguas ratoneras. El ratón entra con facilidad por entre los pinchos, pero no puede salir porque se clava en ellos; pues yo traduzco sin dificultad á fuerza de traducir, pero al tomar el camino inverso se me hace difícilísima la salida.

He leído innumerables obras en inglés: entre obras de historia, de literatura, de ciencia y de novelas podrán contarse centenares y centenares; pero ¡ay de mí cuando quiero salir de la ratonera!

Y otro tanto pudiera repetir del alemán, del italiano y del portugués.

¡Oh! La multiplicidad de idiomas es un verdadero tormento para la raza humana, una barrera entre las almas, un gran obstáculo para la comunicación del pensamiento, y aun para el sentimiento una heladora cruel.

Y todavía hay gente tan ciega que en vez de hacer esfuerzos por el idioma universal, quisiera dividir los grandes idiomas naturales en dialectos.

Si yo dijera sobre esto todo lo que pienso, seguramente que no concluiría este artículo.

*
* *

Volvamos, pues, á lo que iba diciendo antes de engolfarme en estos recuerdos secundarios.

Decía, ó me parece que decía, que todos aquellos meses que precedieron á la apertura de las Cortes constituyentes los recordaba con pasmosa claridad, como si fueran recuerdos de ayer mismo, y no de sucesos que cuentan poco menos de cuarenta años de fecha.

Por recordar, hasta recuerdo algunos expedientes que puse á la firma de D. Manuel Ruiz Zorrilla, y no por su trascendencia—eran expedientes ordinarios,—sino porque en uno de

ellos demostró D. Manuel la rectitud de su conciencia y su espíritu de justicia, sobreponiéndose á sus pasiones políticas, á sus odios de progresista genuino, á sus parcialidades de hombre político. En su honor consigno este recuerdo.

Era un hombre honrado, era un caballero perfecto y, dijeran lo que quisieran decir sus enemigos, era una inteligencia clara y elevada y de gran flexibilidad para adaptarse al medio ambiente.

Buen progresista, el verdadero progresista, acaso el último progresista; y fué, sin embargo, el que más pronto se adaptó á la atmósfera de las ideas democráticas, el que con espíritu más amplio simpatizó con los demócratas, aunque personalmente por algunos de ellos nunca tuvo grandes simpatías. En suma, fué el que fundó el partido radical, que tan poderoso fué y que tan pronto consumió su fuerza en aquella lucha ardiente y formidable.

Pero vamos al pequeño episodio del expediente administrativo á que antes me refería.

* * *

Los meses que precedieron á la revolución fueron meses de mucha ansiedad y de mucha expectación, porque la revolución todo el mundo la veía venir, lo cual trajo consigo una paralización en todas las esferas, y, como en todas, en las esferas administrativas.

La vida del empleado era por aquellos tiempos tan efímera, que vivía constantemente en jaque; y no hay que pensar en lo que pensarían los pobres funcionarios públicos bajo la amenaza de una revolución, porque da pena y tristeza.

¡Qué ganas de trabajar ha de tener un empleado cuando piensa que quizá la semana próxima será cesante!

De aquí resulta que en las oficinas debió trabajarse poco en aquel período, y resultó que cuando entramos en Fomento encontramos, entre grandes y chicos, una masa de expedientes detenidos, que se contaban por miles.

Ahora bien: uno de los empeños de D. Manuel Ruiz Zorrilla era que no hubiese retraso alguno en el despacho de los asuntos.

—Hay que marchar al día—ordenaba de continuo.

Y aun más tarde dió algunas disposiciones generales en este sentido.

Por el pronto dió esta orden terminante: Los negociados se han de poner al corriente en un plazo brevísimo, en el plazo de un mes. Y la orden se cumplió.

El negociado de carreteras, á cuyo frente estaba el ingeniero D. Manuel Pardo, y que era uno de los más atrasados, fué uno de los primeros en cumplir la orden recibida. Y así se lo dije á D. Manuel.

—En el negociado de carreteras ya no queda más que un solo expediente atrasado.

Y D. Manuel se mostró muy satisfecho, pero agregó:

—Ese que queda, á despacharlo en seguida.

—Vamos despacio, D. Manuel. El expediente á que me refiero es un expediente de mucha cuenta, de larguísima fecha, según dicen los que á él se han asomado; de una gran complicación; en él han mediado altísimas influencias; se asegura que están interesadas personas de la más elevada posición: una serie de directores generales y una serie de ministros de Fomento han pasado sin atreverse á resolverlo, y el expediente en cuestión es ya célebre.

—Pues á resolverlo—dijo D. Manuel,—á resolverlo inmediatamente y en justicia; probablemente será alguna picardía, y con las picardías nosotros no transigimos. Conque tráigamelo usted lo más pronto posible.

—Así se hará, y mañana empezará á estudiarlo Pardo.

—¿Ha venido alguna recomendación?

—Ninguna.

—Claro, no se atreverán. Buen chasco van á llevarse cuando lo vean resuelto.

Y transmití la orden al jefe del negociado, y se puso á

estudiar el asunto D. Manuel Pardo con sus cinco sentidos.

El asunto, que en el fondo no era tan complicado como se decía, había venido á complicarse por el número infinito de trámites por donde había pasado.

Era una perpetua peregrinación la del desdichado expediente.

Un director no se atrevía á resolverlo, y pedía para ganar tiempo informe al distrito.

El jefe del distrito lo pasaba al ingeniero.

El ingeniero evacuaba el informe y lo devolvía al jefe, y éste lo elevaba á la Dirección general.

El director tampoco se atrevía á resolverlo, y lo pasaba á la Junta Consultiva.

Y la Junta Consultiva informaba, y vuelta á la Dirección.

Y la Dirección consideraba que el asunto era grave, y le aconsejaba al ministro que se mandase el expediente al Consejo de Estado.

Y al Consejo de Estado iba, y del Consejo de Estado volvía, y menudeaban las recomendaciones, y ni el director ni el ministro se atrevían á dictar una resolución definitiva.

Con lo cual el expediente quedaba descansando, unos cuantos meses, de sus largas peregrinaciones.

Hasta que venía un cambio político: nuevo ministro y nuevo director, y nuevos esfuerzos de los interesados; y para ganar tiempo, nuevo ciclo por los mismos trámites que el anterior sobre cualquier otro incidente enlazado con el asunto: distrito, ingeniero, otra vez jefe de distrito, Dirección, Junta Consultiva, otra vez Dirección, Consejo de Estado, vuelta á la Dirección, y nuevo descanso hasta nuevo cambio de ministro.

Y así indefinidamente.

El expediente iba creciendo: apilados los documentos, la altura se medía por metros casi.

El pobre expediente había visitado el Consejo de Estado no sé cuántas veces; yo creo que si se le hubiera colocado en

la puerta de Fomento, él solo se hubiera ido, con darle la orden, á la Junta Consultiva, y sobre todo al Consejo de Estado.

Este fué el magno expediente que D. Manuel Pardo estudió, desentrañó, ordenó, puso en claro, convirtiendo el caos en luz clarísima.

El resultado fué una nota verdaderamente admirable por el trabajo que suponía, por su claridad extraordinaria y por el espíritu de justicia que en ella dominaba.

Allí no servían ni recomendaciones, ni tampoco prejuicios políticos. No había más que hechos: la Ley y la Justicia.

Y en suma, una liquidación definitiva con demostración matemática y jurídica de todas sus partidas.

El resultado era que el Estado le debía á los interesados una suma de importancia, que no recuerdo con exactitud: algo así como 40 ó 60.000 duros; no quisiera equivocarme.

Yo estudié la nota, la comprobé con el expediente á la vista, discutí con D. Manuel Pardo algunas pequeñas dudas, y aclaradas que fueron, puse mi conformidad y le llevé el asunto á Zorrilla.

Y la empresa era un tanto arriesgada, porque Zorrilla tenía la idea, sin conocer el asunto, sólo por la atmósfera que alrededor de él se había hecho, y por la idea que él tenía de los moderados en general, y en particular de los personajes que mediaban en el asunto, que el expediente debía ser una gran picardía, tan grande, que ni aun los ministros moderados se atrevían á resolverlo. Que no sólo el Estado no les debía nada, sino que, aclarado el asunto, ellos resultarían deudores del Estado por cantidades importantes.

Y con estas ideas, y con el carácter de D. Manuel, decía yo para mí:—¡Vaya usted á llevarle este expediente!

Pues se lo llevé y le dije:

—Mi querido D. Manuel, aquí está el expediente que ha mandado usted que se resuelva y que se ponga á la firma.

—¡Hombre, me alegro! ¿Y cuánto nos deben?

—Pues resulta que no nos deben nada.

—Hombre, eso no es posible.

—Y que nosotros les debemos á ellos.

Y que se ha cometido una gran injusticia no haciendo antes esta liquidación.

Que ha habido miedo al «qué dirán» y un desconocimiento completo del derecho que á los reclamantes asiste, no en todas, pero sí en algunas de sus reclamaciones.

Se entenebreció, como hoy diríamos, la frente de D. Manuel, y con voz cavernosa preguntó:

—¿Y cuánto supone ese jefe del Negociado que la Administración les debe á esos señores?

—No supone; demuestra que se les debe tal cantidad.

Y le dije la cifra.

D. Manuel dió un salto.

Yo no le dejé hacer ningún comentario; le dije:

—Claro es que este expediente no lo puede usted firmar sin estudiarlo á fondo y sin adquirir plena conciencia de su justicia. Aquí tiene usted la nota del Negociado, que es extensísima; usted la estudia, y después la discutiremos juntos.

—Prefiero esto último, porque no tengo tiempo para lo primero. Una de estas noches suspendéremos la tertulia de última hora, nos encerraremos los dos, y juntos leeremos y discutiremos la nota del Negociado.

Y así se hizo.

*
* *

Detenidamente la leímos, se discutió, se comprobaron todas las partidas favorables á la reclamación; en suma, D. Manuel, que era una inteligencia clara, se penetró del asunto y tomó posesión plena del expediente en todo lo que tenía de fundamental.

Y cuando terminamos nuestra tarea, yo le dije:

—Ya conoce usted el expediente. Yo creo que la resolución que propone el Negociado es justa, y por eso he puesto mi

conformidad. Usted puede ó conformarse con mi dictamen, ó formular otro dictamen distinto, ó dejar en suspenso la resolución del expediente. Una de estas tres cosas.

D. Manuel no vaciló un momento, y me dijo con aire triste, severo, y mostrando una gran contrariedad:

—Es una lástima, una verdadera lástima; el Negociado tiene razón: las reclamaciones que coneede son justas.

Por lo demás, yo no retraso nunca la resolución de un expediente, ni la retrasaría aunque favoreciese á mi mayor enemigo, si le asistía la razón.

Y sin detenerse, puso conforme con la Dirección.

Cumplido aquel deber de conciencia, se desató contra los moderados, diciendo que «¡qué idea tendrían ellos de sí mismos, que ni se atrevían á hacerse justicia!»

Y sobre este tema pronunció un extenso discurso lleno de pasión.

Pero él había cumplido como bueno, sin vacilar un instante, sin regatear el crédito, sin retrasar un minuto la solución del asunto.

Al retirarme, me dijo ya en tono alegre:—Ya verá usted, ya verá usted qué cara pone Figuerola, y qué cosas nos dice. Buen rato le vamos á dar. Pero nosotros hacemos lo que se debe hacer, y basta.

Dígale usted al jefe del Negociado que he quedado muy satisfecho de su trabajo.

* * *

Y sucedió lo que D. Manuel había pronosticado: según me contó después D. Manuel, había puesto Figuerola el grito en el cielo, y en Consejo de ministros le acosó furiosamente.

—¿Pero qué han hecho ustedes en Fomento?—le dijo.—¿Cómo se han atrevido ustedes á resolver ese expediente que es un verdadero escándalo, y con el cual ni los ministros moderados se han atrevido?

¿Cómo quieren ustedes que yo entregue esa cantidad á esos

contratistas, que ya sabemos quiénes son y cómo las gastan?

Nada, nada; han sido ustedes sorprendidos; la opinión unánime en Hacienda es que debe revisarse la disposición que ha dictado usted.

Y D. Manuel, que quería mucho á Figuerola, pero que estaba en plena posesión de su derecho, ni siquiera se incomodó.

Riéndose, le preguntó á Figuerola:

—¿Pero usted ha leído la nota del Negociado?

—Ni la he leído, ni necesito leerla.

—Pues necesita usted leerla. Y después que usted la conozca, discutiremos los dos, y si es preciso, traeremos el asunto al Consejo, porque la solución que se ha dado es justa, absolutamente justa, y yo la sostengo, y no porque me sean simpáticos los interesados, de los cuales aun tengo peor idea que usted; pero el derecho es el derecho, y aquí hemos venido usted y yo á hacer justicia; conque no hemos de hablar más del asunto hasta que usted conozca la nota.

—Pues la estudiaré—dijo Figuerola.

Y la estudió, en efecto.

Y á los cuatro ó cinco días habló con D. Manuel, quien me refirió esta segunda escena con aire de triunfo.

—Ya tenemos vencido á D. Laureano—me decía.

Y en efecto, D. Laureano, que era también un hombre recto y una autoridad indiscutible en administración, se declaró plenamente convencido. Más aún, entusiasmado con la nota y con el autor.

—Pero ¿quién es ese ingeniero—decía—de quien yo nunca había oído hablar?

La nota en cuestión es un verdadero modelo de método, de claridad y de espíritu recto.

No cabe discusión. Han resuelto ustedes en justicia, y en justicia procederé yo.

Y en verdad que quisiera conocer personalmente al señor Pardo para felicitarle.

Parece imposible cómo de una cuestión tan enmarañada ha hecho una cuestión clara y sencilla y en que no cabe ni duda ni vacilación.

* * *

—¿Lo ve usted?—le dije á D. Manuel.—Cuando yo le recomendé á usted á D. Manuel Pardo y conseguí que usted le nombrase jefe de Negociado, sabía bien á quién recomendaba; y otro tanto puedo decirle de mis demás recomendados; por ejemplo, Saavedra...

Y D. Manuel me interrumpió diciéndome:—Ya sé, ya sé que Saavedra es una eminencia; cuando sea usted ministro de Fomento—me dijo riendo y poniéndome la mano sobre el hombro—no le hago á usted más que una recomendación: que nombre usted director de Obras públicas á Saavedra.

Dicen que á mí me domina la pasión política; pues sin embargo, no lo dirán por los nombramientos que hago: ni usted era político, ni Saavedra tampoco.

Hablé antes de otro expediente; pero en este último no tuvo que intervenir D. Manuel.

Y sin embargo, vale la pena de que á él consagre un recuerdo. Son notas, por decirlo así, de la Administración por dentro, y demuestran que la Administración no es tan mala como se supone; que abundaron siempre, y con todos los partidos, los buenos empleados.

Esta era también la opinión de Salaverría, y tenía razón sobrada para opinar de este modo.

Pero quede el nuevo episodio para el nuevo artículo.

JOSÉ ECHEGARAY

VIDA ECONÓMICA COMPARADA

Los consejos de la experiencia, que sirven para formar el caudal científico de una nación que está bien organizada, en el orden económico de todo país que se considera con derecho á llamarse civilizado, y con civilización bastante para alternar dignamente con las primeras naciones civilizadas. Esos consejos, su utilidad puede apreciarse convenientemente fijándose en el estudio de los presupuestos generales del Estado, lo mismo en los de ingresos que en los de gastos. Estos, con distinción acertada de los que son productivos y los que son improductivos; aquéllos, para apreciar si los sacrificios del contribuyente están en armonía con los servicios á que se destina la contribución. Además, importa saberse que se paga con relación al desarrollo de la riqueza nacional, sin desigualdades injustificadas, sin ocultaciones insufribles y consentidas por imposición del caciquismo.

Es una lección la situación financiera de Inglaterra, expuesta recientemente en la Cámara de los Comunes por el ministro de Hacienda, Mr. Asquith. En los ingresos del presupuesto inglés ha habido un aumento de 5.400.000 libras esterlinas sobre el cálculo presupuestado. Ese aumento es debido, una parte, á la reducción de los derechos que gravan el té, por cuya reducción ha aumentado el consumo. La reducción de la Deuda pública ha sido la siguiente: En cada uno de los años económicos 1906 y 1907, de 18.714.000 libras esterlinas.

Otro ejemplo que interesa mucho conocer: la exportación

en Francia de frutas y legumbres frescas. Para Alemania fué en el año 1900 de 1.605 toneladas, y en el año 1906 ha sido de 14.008. La exportación para Suiza era antes del año 1906 de 5.042 toneladas, término medio, y en el año 1906 ha llegado á 15.702. Y ha aumentado la exportación para Inglaterra de 2.527 toneladas á 11.378.

Nuestro suelo, consideramos superfluo decir que es susceptible de iguales aumentos de exportación. ¿No se consigue?

No puede conseguirse por diferentes causas. Algunas como éstas: por no estar determinados en la práctica los efectos económicos de los procedimientos de cultivo; por el abandono en que está el cuidado de los árboles frutales, abandono consciente unas veces, inconsciente otras, aunque reconociendo que el estudio del árbol frutal ha mejorado bastante. Por no estar tan atendida como fuese de desear la alternativa de cultivos, sobre todo en las regiones que ya dejaron planteado el sistema los moriscos, los perjuicios son incalculables.

Otro ejemplo de la perniciosa influencia política en nuestro país: nos referimos á las minas de Riotinto, en la provincia de Huelva. El cobre, que su consumo aumenta de día en día, y aumenta también su precio por tonelada, á saber:

AÑOS	PRECIO		
	Libras.	Chelines.	Peniques.
1890.....	51	1	0
1900.....	73	10	7
1906.....	87	16	5

La producción de cobre en las minas de Riotinto y Tharsis el año 1905 fué de 2.575.000 toneladas. El precio regulador en Londres ha sido de 2.700 pesetas la tonelada últimamente.

El Estado español, por apremios políticos, puso en manos del extranjero la riqueza del cobre; en él se recogen las ganancias en su mayor parte. Si nuestro Estado hubiese cumplido bien su misión, hubiera recogido para el país las ganancias

producidas por 500 pesetas, cotización sobre el desembolso hace treinta años al precio de 1905, esto es, 2.700 pesetas; estando demostrado por peritos reconocidos que para ser la explotación remuneradora, basta conseguir del consumo el precio de 1.000 pesetas por tonelada.

Si el Estado hubiese sido único accionista, para él fueren los beneficios en representación de España. Fijando la atención en este ejemplo y otros. Lo que sucede con el hierro de la provincia de Vizcaya, con el carbón de diferentes provincias, con los azogues. Si hubiera paz en España, no sólo la paz que excluye llegar á atacarse con las armas en la mano los combatientes, sino la paz de los espíritus. La paz que da el patriotismo. El amor patriótico, del que se dieron un día ejemplos en Madrid y Zaragoza y se admiró por otros territorios de España, sin que se quiera decir que están los españoles desprovistos de tan hermosa cualidad. Pero sucede por impurezas de la realidad que los obstáculos políticos no dejan prosperar la patria. Cuando el año 1860, antes de comprometerse ésta con la guerra de África, se hubiesen calculado sus resultados probables, seguramente que no se habría ido á la guerra, habiendo otros medios eficaces de conseguir el castigo de las kábilas.

La desamortización de bienes nacionales convertida una parte en despoblación de montes. A haberlo previsto esto, no se hubiese llegado á dictar leyes desamortizadoras, más impolíticas que políticas. ¡La paz! La paz es la vida. Sin paz no puede haber prosperidad económica. Cuando Dios quiso castigar á su pueblo *elegido* para *redimir* á la humanidad, encarnando un día el *Hijo* en una de sus familias. A aquel pueblo lo entregó al castigo de la guerra. Los almogávares, por su predilección bélica, han sido el castigo de bastantes generaciones, sufriendolo ellos á su vez como instrumentos del dios Marte. Cuando llegan á realizarse unas elecciones de representantes de un sistema constitucional más ó menos liberal. Lo mismo en Rusia que en España, si se llega á anteponer intere-

ses particulares á los generales, si el personalismo se antepone al patriotismo, si el más fanático puede sobreponerse al ciudadano sereno. Cuando se deja de oír la voz de los principios, por entregarse á oídos de simbólica sirena. La coalición que envenena las pasiones, los gobernantes que se dejan llevar de su amor propio, todo lo perverso predominante en campos y ciudades, suelto como el diablo de la fábula.

Entonces la realidad del sufrimiento electoral es precursora del sufrimiento legislativo. Como se ve esto es fijándose en tres períodos políticos, á saber:

Período electoral. Surgen las pasiones. El vencido no se conforma con la derrota. Se resigna con la esperanza de mejores días de venganza. Alentada por ésta la situación caída, trata de entorpecer, sin reparar en los medios, los trabajos del vencedor, que no quiere tampoco ser escrupuloso en los procedimientos, convencido de que el fin justifica los medios; consejo maquiavélico por el que se suprime la conciencia. Todo el mecanismo electoral se estudia detenidamente para montarlo á gusto de la perfección egoísta y que dé por resultado montar resortes que pueda usar la justicia, convirtiéndose (no siempre) en instrumento ciego de injustas pretensiones; la Administración sufre alteraciones que perturban su marcha regular: los vecinos se dividen en bandos, que paralizan la acción útil entre ciudadanos. Se va principalmente al triunfo, sin reparos.

La Hacienda pública sufre menoscabo en sus intereses.

De los colegios electorales se traslada la acción al salón de sesiones de representantes de la nación. La filiación se hace, la agudeza se afina, la procacidad tiene atrevimientos, la inconsecuencia revuelos, la audacia recompensas, la ignorancia premios, los principios postergaciones, la infidelidad gracia, las ilusiones desengaños, las esperanzas nublados. Un día de vida es vida en aquel hemiciclo, donde compiten la compostura con la descompostura, donde el orador avasalla y el que no es apesadumbra; donde la atmósfera sofoca y el ambiente puro

es débil; donde el ministro corre el temporal de vientos que desata el diputado; donde éste se expone á sufrir el estigma de aquél; donde la pasión política atrae concurrencia y los intereses materiales la ahuyentan.

Se entra en la discusión de los presupuestos del Estado, y el trabajo resulta enojoso. Enojoso por ir en aumento los gastos de año en año. Porque la Medea económica tiene que devorar sus mismos ofrecimientos á los electores. Es la voz de la naturaleza contrariada.

Suspensión de sesiones de Cortes, ó su disolución. Las leyes que están votadas ó promulgadas van á su cumplimiento por medio de reglamentos, que no son fiel representación de las leyes. La ejecución de éstas y de aquéllas cae frecuentemente en manos sospechosas.

La sospecha puede ser por diferentes causas. La autoridad, por política, podrá ser de tal naturaleza que quiera reservar el favor para los amigos y la justicia para los adversarios. La prensa, que puede hacer mucho bien en los interregnos parlamentarios, se deja llevar con frecuencia del impulso del mal, contra viento y marea de los intereses públicos.

Si á veces delata la inmoralidad, otras la desfigura para conseguir presentar la figura moral, sin serlo.

¡La moralidad! La Hacienda pública tiene que cuidarse de los presupuestos del Estado, laberínticos hasta rayar en lo inverosímil.

Las relaciones económicas internacionales son semillero de discordias, en las que predomina la injusticia. El crédito público en el año 1860, como en casi todos los años, padece lesiones mortales.

Tres períodos, en los que se marcan grandes calamidades.

En el año 1860, en el Congreso de los Diputados dejaron oír su voz los oradores siguientes:

Salazar y Mazarredo, quien dijo impugnando el presupuesto de Marina: que habiéndose detenido á examinar los detalles de este presupuesto, que encontraba la raíz del mal en su or-

ganización administrativa. Añadía: «No se podrá llevar adelante la restauración de la marina hasta convencerse de que es preciso variar por completo los fundamentos sobre los cuales descansa el presupuesto». El escollo de siempre. Una mala administración, de la que no quiere nadie hacerse solidario, ni tampoco antisolidario. Sin embargo, con motivo de la desgracia imborrable de Santiago de Cuba, no han faltado fiscales autorizados, como son Cervera, Concas y Arderius, que han publicado libros con hechos legales, que caen bajo la autoridad de la jurisdicción militar. Por no haber sido atendidos los consejos del marqués de la Ensenada, en su día.

González de la Vega exclamaba el año 1860, en el Congreso, con marcado escepticismo: «Si los pueblos asomaran por esas tribunas y vieran el interés que inspira á sus representantes el fomento de la riqueza pública, ellos comprenderían cuál es la causa, y la hallarían también, del sostén que tiene la exagerada centralización, retrasándose á veces indefinidamente el despacho de expedientes sobre asuntos tan importantes como es el muelle de Cádiz». Esto que se dijo el año 1860 ha podido repetirse cuarenta años después. Como se puede repetir aún el año 1907 lo que dijo en aquel año el ministro de Fomento: «Puesto que carecemos hoy de caminos, de puertos, de faros, de lazaretos, etc., etc., al menos en la proporción y adelantos que tienen en los países que han sabido ponerse á la cabeza de la civilización en Europa, como son Inglaterra, Alemania, Francia.

Nos faltan los establecimientos públicos necesarios de verdadera utilidad para el bienestar general y prosperidad nacional.

En el año 1860 dijo el diputado en Cortes Polo que había dos reformas urgentes que discutir: el arreglo de la Deuda pública y la estabilidad de los aranceles. A tan laudables fines se oponía una política que era verdaderamente obstruccionista (como sucede en el año 1907). Del presupuesto de 1850 al presupuesto de 1861 había un aumento de 250 millones de pesetas,

en números redondos. Para el año 1861 se promulgó una ley por la que se destinaban 500 millones de pesetas para atenciones extraordinarias de material de guerra y construcción de obras públicas.

El plan era aparentemente halagador. Pero ¡oh impurezas de la realidad! Para un presupuesto de 1861 que importaban los gastos 482 y los ingresos 484 millones de pesetas, había además otro presupuesto extraordinario de 105 millones de pesetas. Y se calculaba que, para salir de apuros, á situación desahogada, era necesaria la consolidación de varias Deudas en una Deuda pública que, bien hecha, podía ser de 2.000 millones de pesetas.

La cuestión arancelaria planteada quedaba ya en el año 1860, en las Cortes, por Madoz y Figuerola, por León Medina y Salaverría.

De aquel año son las discusiones censurando aquellas operaciones del Tesoro público en los años 1840, 1841 y 1851; aquellos arreglos de descrédito. Ese sí, las discusiones parlamentarias alternaban las económicas con las políticas. Rivero, con su autorizada voz, decía:

«Cincuenta años de revoluciones, de sangre, de lágrimas; generaciones enteras sacrificadas para entronizar entre nosotros la idea de libertad, no han bastado para que seamos libres.»

A lo que contestaba el no menos reputado parlamentario Posada Herrera:

«Los partidos que niegan la legalidad de los poderes legítimos no son ni pueden ser legales.»

Andando el tiempo, vemos que los partidos que niegan la legalidad y aun la patria común, esos partidos, aprovechándose de leyes benignas, encienden la tea de la discordia, con la que alumbran sus miras hostiles, y con los resplandores de sus luces quieren deslumbrar una historia que, si tiene horrores, tiene glorias.

Así es la historia de las demás naciones.

¡Una cosa es verdad! Que la opinión pública funcionaba deficiente. Deficiente cuando el ministro de Hacienda, en el mes de Enero de 1862, presentó á las Cortes su proyecto de ley de reforma arancelaria. Ahora la opinión pública se presenta pesimista. Y eso que pueden verse aspectos ó hechos que dan alientos optimistas. Ejemplo es el aumento de la riqueza urbana en las poblaciones siguientes:

HABITANTES	1842	1900
Madrid	157.000	539.000
Barcelona.....	122.000	533.000
Sevilla	100.000	148.000
Valencia.....	66.000	213.000
Murcia.....	55.000	111.000
Zaragoza	30.000	99.000
Bilbao	10.000	83.000

Según estadística publicada. Sin que haya disminuído la población rural, puesto que está en crecimiento la población total de España.

La riqueza imponible sobre edificios resulta ser:

El año 1869.....	156.000.000
El año 1905.....	313.000.000

Fijándose en la importancia del comercio, juzgándola por los centenares de millones que suponen las obras de los puertos, tenemos que convenir en el progreso constante que han tenido los intereses materiales. Barcelona aumenta y aumenta sus muelles, y nunca bastan para servir bien el tráfico marítimo. Valencia gasta y gasta en defensa de su abierta rada para guarecerse bien contra las acometidas de sus embravecidas olas, embarcaciones de todos calados y pabellones. Alicante, en la necesidad de mejorar con resguardos artificiales los naturales de sus dos cabos, atiende con nuevas obras su puerto. Sevilla ha empleado cuantioso capital en hacer navegable el Guadalquivir. Y como estos casos pueden enumerarse otros. Tales son el puerto de Gijón, el puerto de Pasajes. Hay otros

ejemplos, y no pocos, de proyectos de puertos mercantiles y militares. Que mucho puede servir ver los puertos de Burdeos, de Hamburgo, etc., etc.

Está convenido que si los puertos sirven para facilitar la exportación de los productos nacionales, como regla general puede darse que se construyen principalmente puertos en todos los países con el fin de atraer, dándole facilidades, á la bandera extranjera. Inglaterra es maestra en esto de requerir para sus naves seguridades en el desembarque de sus mercancías, entre otras razones, para que las estadías sean muy reducidas. Y ahora, como en los tiempos más remotos, de que dejaron pruebas irrefutables los fenicios, el comercio internacional es base segura para la prosperidad mercantil. En nuestra estadística de Aduanas consta una diferencia á favor de la importación en los años

1860, de	96.000.000
1870, de.....	122.000.000
1880, de.....	62.000.000

Si relacionamos estos datos con los anteriores, resulta probado una vez más que el comercio libre de trabas busca siempre satisfacer sus legítimas necesidades. Por no satisfacerlas, puede ser causa esto de atraso con respecto unas naciones de otras.

Pero ¿qué es la libertad para muchos ciudadanos?

Las Exposiciones nacionales y las universales son para darse á conocer su riqueza las naciones. No para amores platónicos, sino por conveniencias interesadas. La lucha por la existencia; reducir los esfuerzos ó penalidades de adquirir. El comercio que disfrutaban libre los italianos, favorecidos en el arte de Bellini, facilita que ellos cobren sumas cuantiosas. La Patti, Gayarre, han podido hacer buenas fortunas por no intervenirles su voz derechos de Aduanas, que podían privar de su canto hermoso al público que demandaba oírlo. Nuestra augusta compatriota la genial Eugenia fueron disputadas sus relevan-

tes prendas por mujeres superiores, propicias á dar su mano á Napoleón III. Él prefirió á la distinguida y digna mujer española, que pudo, libre de aduaneros, ostentar privilegiadamente su persona en París. Copias de Velázquez, ejecutadas por pintores de diferentes naciones, cualquier régimen aduanero no ha podido impedir que traspasen sus fronteras. La maquinaria extranjera, en su mayoría, penetra en España, á pesar de elevados derechos de Aduanas, y por cierto que no poca parte es desembarcada en puerto extranjero, el de Lisboa. Nuestros vinos de muchos grados, la misma uva, la pasa, con buenos envases y demás condiciones económicas; lo mismo el azafrán: por muchos obstáculos mercantiles que se opongan al tráfico, siempre halla éste medio de vencerlos por iniciativas de la actividad humana. La actividad, que es la verdadera y positiva libertad que fructifica el trabajo. Como la suprema *libertad* es instrumento de la justicia divina.

ANSELMO FUENTES

LA ENSEÑANZA DE LA LENGUA CASTELLANA

EN FRANCIA (1)

SEÑORAS Y SEÑORES:

Al aceptar el para mí muy honroso encargo de ocuparme en esta Conferencia de la enseñanza de la lengua castellana en Francia, me sentí impulsado por un deseo que en el fondo tenía algo de patriótico; y á pesar de envolver una responsabilidad moral muy grande y de aparecérseme claras y limpias las enormes dificultades con que había de tropezar, la ocasión se presentaba tan propicia y tentadora, que del mismo modo como los habitantes del Madrid del año 8 se ponían de un salto en medio del arroyo cuando una ventana se abría y se oía el grito de *¡agua va!*, yo tiré por la calle de enmedio, y minutos después pesaba sobre mí, con peso espantable, un compromiso ineludible.

Cuanto más velozmente corría el tiempo, más difícil me parecía el cumplimiento de mi promesa; y pensando un plan, desbaratándolo luego para decidirme por otro que indudablemente había de ser mejor, y destruyendo el mejor para resolverme por uno nuevo que había de ser excelentísimo, llegué al día de ayer sin tener nada resuelto, nada preparado y sin saber siquiera por dónde debía empezar.

Pero las horas pasaban, y si con rapidez increíble el reloj,

(1) Esta Conferencia ha sido dada en lengua castellana, tal como aquí la reproducimos, por su ilustre autor.—*Nota de la Dirección.*

con sus afiladas manecillas de acero, había ido decapitando con fría crueldad las semanas y los días, con mucha mayor aún cortaba la de las horas, de los cuartos y de los minutos.

En tan apurada situación no sabía qué hacer. Me encontraba como suelen encontrarse los hombres que, decididos á tomar un baño de mar, empiezan por meter un pie en el agua con objeto de saber antes si está muy fría. Generalmente después de haber repetido varias veces la operación se visten sin haberse bañado, y eso estuve tentado de hacer; es decir, casi me decidí á buscar una excusa para zafarme de la carga que sobre mí pesa, y que esta Conferencia no se llegase á verificar.

Poneos en mi lugar. Hasta ahora han venido aquí varios españoles, de notable talento é ilustración, á desarrollar con elocuencia, á veces admirable, interesantísimos temas, los más de éstos literarios, y elegidos todos para mayor deleite de los oyentes, mientras yo me presento con un asunto serio y hasta árido. Pero hay más. Yo soy el primer francés que se atreve á hablar la lengua de Cervantes en La Sorbonne, y debiera hablarla tanto mejor cuanto que veo enfrente de mí no sólo á eminentes catedráticos franceses, que muy bien pudiera ser me juzgasen con severidad, sino también á muchos y muy distinguidos españoles, todavía más severos éstos que aquéllos. ¿Por qué no decirlo? No ignoro el mal concepto en que los españoles tienen á los franceses que se atreven á hispanizar. Un entrañable amigo mío me refería á este propósito característica anécdota que tiene la mar de gracia, y es como sigue. Fué á Madrid cierto agregando francés, y allí visitó á varios escritores y críticos para quienes tenía recomendaciones, y uno de ellos, que por lo visto gastaba bastante mal genio, le dijo: —¡Canastos! ¿también usted es uno de esos estudiantes que se vienen acá con su español transpirenaico? Pues hábleme francés, hombre, que le entenderé mucho mejor.—No creo que mi amigo haya inventado dicha anécdota, que cuando menos tiene mucho de verosímil, según lo que voy viendo de poco tiempo á esta parte. Es indudable que algunas veces los españoles

tienen motivos, desgraciadamente muy fundados, para dar pruebas de tamaña desconfianza; pero también quiero y debo afirmar que no siempre tienen razón para ello. Séame lícito recordar aquí á un antiguo compañero é íntimo amigo mío que acaba de fallecer, el Sr. Duffo, catedrático de Lengua Castellana en el Instituto de Carcasona. Fácilmente hubiera podido pasar por español, por castellano viejo, y quiero creer que entre cuantos están encargados en Francia de enseñar la lengua de allende los Pirineos habrá profesores como el citado...

Sea lo que fuere, al fin y al cabo cerré los ojos, y, como el nadador que temiendo la desagradable impresión del frío se arroja de cabeza al agua, me lancé yo también en el peligroso océano de la crítica pedagógica, y heme aquí.

*
* *

A pesar del título de mi Conferencia, no voy á limitarme á hablar de la lengua española en Francia. Con efecto, la enseñanza de un idioma extranjero implica largo roce con los naturales del país que le hablan, trato político y literario, influencias recíprocas y necesidades á veces mutuas. Entonces, ¿cómo hablar del castellano sin mentar siquiera la parte que tuvo en el desarrollo del alma y la literatura francesa? Voy, pues, á echar primero una rápida ojeada sobre las relaciones políticas y literarias de Francia y España; luego examinar lo que fué, es y debiera ser en Francia la enseñanza de la lengua castellana en las Universidades, en los Institutos y en las escuelas mercantiles; cuáles son los libros y los métodos que se usan; en fin, inquirir qué medios pudieran ser aprovechados para difundir é infundir la afición á cosas de España, y á la vez que dicha afición, un movimiento más intenso y más práctico hacia el estudio de la lengua española.

*
* *

Desde un principio, desde la época prehistórica, Francia y España, ó más exactamente los habitantes de las regiones que

iban á formar á Francia y España, nos aparecen en guerras y luchas continuas y penetrándose y mezclándose mutuamente sin cesar. Los celtas invaden la tierra de los iberos. Los iberos atraviesan la Galia del Sur con los soldados de Aníbal. Luego los españoles acuden á socorrer á los de Aquitania contra César, y los de Aquitania, á su vez, van á ayudar á España contra las legiones de Augusto. Después se establece y afirma el dominio de Roma; salvo el rincón en el que siguen libres y luchando los antepasados de los vascongados, el *indomitus Cantaber*, como los llama el poeta Horacio, España y Galia se han hecho latinas; y cuando la corrupción del latín y el nacimiento de las lenguas romanas, los idiomas de ambos países seguirán siendo hermanos durante algún tiempo, y los poetas de Francia llevarán á España el arte de cantar en verso las mocedades y las hazañas de los héroes. Entretanto, Carlomagno viene á España con sus huestes, los vascongados destruyen su retaguardia, y de aquel choque y de aquel desastre sale la primera obra verdaderamente francesa, la *Chanson de Roland*; y en dicha obra, y en los varios *cantares de gesta* que origina, es donde van á inspirarse los poetas de la Península para conservarnos los ecos magníficos é inmortales del alma española en la Edad Media.

No quiero y no puedo recordar aquí un sin fin de mutuas imitaciones. Que si España imitó á Francia, y sigue ahora mismo imitándola, Francia, por su parte, imitó no poco á su inmediata vecina. Los que niegan en España el profundo influjo francés, y los que en Francia se resisten á confesar cuánto debemos al rico tesoro castellano, lo mismo pudieran negar que el sol nos suministra la luz, y el calor, y la vida. Tampoco hay que exagerar y ponderar las cosas. Hay quien dice que Francia debe mucho más á España que ésta á Francia, y recíprocamente, procurando cada cual, para conseguir el triunfo de su tesis, sacrificar una nación á otra. En realidad, á pesar de este cambio casi continuo de ideas, si se deja á un lado las producciones españolas del siglo XVIII, cada literatura supo

conservar su originalidad y caracteres propios, y eso hay que notarlo y hacerlo notar á cuantos lo olvidan.

Sin la *Chanson de Roland*, es muy probable no hubiese nacido el *Poema del Cid*; mas sin el *Poema del Cid*, y los romances, y las *Mocedades*, tampoco tendríamos la tragedia de Corneille; es decir, el teatro clásico francés, ó sea nuestro mayor título de gloria literaria, por mucho que pese á unos cuantos escritorzuelos impotentes contemporáneos que procuran empañar los aciertos de los grandes genios franceses de antaño. Al hacerlo, tal vez piensen engrandecerse y enaltecerse á sí mismos, pero se engañan de medio á medio; con efecto, no aumenta la elevación de un hombre á medida que disminuye la de los demás, ya que se queda siempre enano el enano, é imbécil el asno.

Lo repetiré aún: cada una de las dos literaturas ha aprovechado los elementos suministrados por la otra, pero sin perder por eso su genuina originalidad y el distintivo sello de su índole. Hasta cuando la imitación resulta más directa y completa la obra sigue siendo española en España y francesa en Francia. En el *Libro de buen amor*, v. gr., abundan recuerdos que casi huelen á hurtos. Y sin embargo, ¿quién se atrevería á decir de buena fe, después de leer y volver á leer la obra célebre del Arcipreste de Hita, que el libro no es genuinamente español y que no está lleno de color local y rasgos nacionales? Por otra parte, *le Cid*, del poeta francés, ¿acaso no sería más que mera traducción de la comedia española? No; que hay en Corneille algo que no se encuentra en Guillén de Castro, en cuya obra, más animada, de color más intenso, de estilo más pintoresco que la del poeta francés, se echa de menos cierto carácter más general, cierta hechura más castiza y severa, y sobre todo ese no sé qué gracias al cual un héroe nacional se convierte en héroe de la humanidad. Mientras los poetas españoles del siglo xvii procuraban á toda costa agradar á los espectadores, y sobre todo á los alborotadores mosqueteros del patio, como sin rodeos lo confiesa el mismísimo Lope de Vega

en el titulado *Arte nuevo de hacer comedias*, los autores franceses en el siglo de Luis XIV se proponían estudiar en cada uno de sus héroes, no á un sér á veces estrafalario, á veces des-pintado y siempre inverosímil, como son los héroes de Víctor Hugo y del romanticismo, tampoco á un caso patológico poco más verosímil, como hace el *per se* muy mal llamado naturalismo, sino un tipo de la humanidad, un hombre general, un ejemplar de las pasiones humanas. En una palabra, lo que acierta Cervantes en su inmortal *Quijote*; hé ahí lo que ellos procuran siempre realizar, y no vacilan en dejar á un lado rasgos accesorios y elementos de fácil éxito para lograr mejor su intento. De aquí que la literatura clásica francesa resulta más seria, más alta, pero algo falta de color si se la compara con la castellana de la misma época; y este carácter de medida y buen gusto, á veces demasiado tímido, sigue marcándose en ella á pesar de las excentricidades y exorbitancias del siglo último pasado y la presente niñez del vigésimo. D. Rodrigo, en Corneille, puede pasar por un prócer mozo de la corte de Luis XIII, heroico á la vez que galán; mas, no obstante, cualquier nación puede adoptarle como suyo, y le adoptaron todas; lo que no pudo suceder con el héroe de Guillén de Castro.

Sería fácil demostrar que, teniendo en cuenta la excepción que constituye el siglo XVIII, la imitación no resultó nunca servil en nuestras respectivas literaturas. Hoy pasa lo mismo. La novela española toma la mayor parte de sus inspiraciones en las fuentes francesas; pero salvo cuando se trata de un ingenio mediano, sigue siendo hondamente española. Estoy traduciendo al francés una novela del gran Palacio Valdés, *La Fe*, y periódicos españoles se han dignado anunciar mi traducción, antes de hecha, con elogios que mucho me temo sean inmerecidos. Pues bien, dice un crítico, hablando de dicha obra: «Palacio Valdés ha abdicado gran parte de su nacionalidad en *La Espuma* y en *La Fe*, que podrían tomarse, mediante un ligero cambio de nombres, por traducciones de novelas france-

E. M.—Noviembre 1907.

sas». Me permito decir ¡no! Bien sé, y no lo quiero negar, que en *La Fe*, para hablar tan sólo de esta novela, aprovecha Valdés los procedimientos del naturalismo francés; pero, no obstante, se revelan los personajes españoles, y españoles rancios. Por ejemplo, no sé si me engaño, pero me parece que figuras como la de Don Gil, el clérigo iluminado por la fe, el místico sereno y tranquilo á quien no consiguen turbar cuantos agravios le puede proporcionar la muchedumbre, los demás clérigos, la justicia siempre falible y la ciencia no siempre más segura, me parece, digo, que esta figura la he visto en épocas muy remotas, en la Edad Media, en la historia de España, y más cerca, en la suprema síntesis del misticismo del amor, del misticismo de la gloria y del misticismo de la justicia; es decir, en el mismo *Quijote*.

Así, pues, España y Francia, desde los albores de sus respectivas literaturas, vienen estando en contacto directo. La época en la que se hacen más frecuentes los cambios de ideas es el siglo xvi y el de Luis XIV. Entonces la guerra fertiliza los espíritus, y España es quien despierta el genio en mi patria. Después de la larga y encarnizada rivalidad de Francisco I de Francia y el emperador Carlos V, aparece el hijo de éste, Felipe II, empujado por inaudito afán de dominación universal.

Pretende Felipe II hacerse rey de la Gran Bretaña, de Francia, de Irlanda, y fracasa en todas sus empresas. En cuanto á Francia, sabéis que muerto el rey Enrique III, en 1589, Felipe II quiso disputar el trono vacante á Enrique de Borbón, rey de la Navarra francesa. Era el tiempo en que la parte más importante de la *Liga ó Santa Unión*, los «Seize», se interesaban mucho por el triunfo del rey de España, y París tenía una guarnición española. Pero el día 22 de Marzo de 1593 Enrique IV entraba en París, de donde salía la guarnición española al mando de Diego de Ibarra y el embajador duque de Feria, viéndose en fin precisado Felipe II á ajustar la paz con Francia por el tratado de Vervins de 22 de Mayo

de 1598. Creo ocioso insistir sobre los sucesos posteriores y los matrimonios de Isabel de Francia con el infante que iba á ser Felipe IV, Ana de Austria con Luis XIII, María Teresa con Luis XIV. Tantas luchas, tanta permanencia de españoles en Francia, luego tantos mutuos enlaces, dan á conocer á mi patria la lengua y obras literarias de España, obras que se publican á menudo en Francia; y hasta aparecen primero en francés, como sucedió con los *Comentarios*, de D. Bernardino de Mendoza, cuya versión, hecha por el Padre Pierre Crespet, prior de los religiosos celestinos, se publicó en París en 1591, mientras el original español salía á luz en Madrid en 1592. Por otra parte, César Oudin traducía al francés el *Quijote* apenas publicado éste, en 1616, y tal vez sea la de dicho autor nuestra mejor versión de Cervantes. El mismo escritor daba á luz una gramática y un diccionario de la lengua española. Su hijo publicaba en París, en 1645, un *Tesoro de las lenguas española y francesa*.

Entonces se estilaba hablar español, no sólo para satisfacer á los reyes, sino también por gusto y afición personal. Los franceses conocían la lengua de Cervantes, la conocían muy bien, y la traducción de uno que otro verso de Guillén de Castro en versos franceses por Corneille no hubiera podido ser más exacta aunque la hubiese hecho en prosa. Se ve que Corneille y otros autores conocen á fondo el castellano, con todas sus gracias y finuras, y se encuentran huellas de la influencia española, no sólo en las obras más directamente inspiradas en los originales, como *Le Cid*, *Le Menteur* y *Don Juan*, sino también en comedias como *Le Bourgeois Gentilhomme*, en el que se puede notar, en los cuerdos escrúpulos de madama Jourdain, un eco de las palabras de la sensata mujer de Sancho Panza, negándose á que hagan de su Teresita una señorita principal.

Luego viene el siglo XVIII. Parece que después de tanto sufrir la influencia española, Francia quiso tomar su desquite. En el mismo año en que nace el nuevo siglo, un francés, el du-

que de Anjou, nieto de Luis XIV, sube al trono de España, y con él sube el dominio intelectual de Francia. Los escritores españoles de algún mérito no van á ser por espacio de largo tiempo más que unos afrancesados que renuncian voluntariamente á la herencia de sus padres.

Pero no lo olvidemos. A pesar de la hostilidad y el desprecio que á veces aparenta Francia, sigue pensando en España. *Gil Blas* tiene sus raíces en la Península, Beaumarchais sazona con castellana sal *El Barbero de Sevilla* y *El matrimonio de Figaro*, y en el siglo XIX Víctor Hugo procurará sacar de allende los Pirineos una nueva «maravilla del Cid», Merimée se mostrará tan profundo conocedor del alma española como el más pintado, y muchas obras se basarán en la historia de España.

Mucho debemos á España. Verdaderamente su influencia ha tenido para nosotros una virtud educativa. Su incansable imaginación nos ha suministrado temas excelentes, al mismo tiempo que sus nimias audacias contribuían á mantenernos en justos límites. La misma benéfica influencia la tendría hoy que su fuerza productiva no está agotada, ni mucho menos, y con el estudio de sus obras ganaríamos lo que ni con cien leguas nos acercamos á ganar en las mortecinas literaturas del Norte, con las cuales el genio francés no tiene ni el menor parentesco. Estudiar á España sería preparar el porvenir literario de Francia.

*
* *

Pues ¿dónde y cómo estudiamos la lengua y la literatura española? Primero en las Universidades, y no vacilo en decir que en la Universidad de Tolosa es donde me parece que está realizado el tipo más completo y más práctico de dicha enseñanza, bajo la dirección del conocidísimo catedrático Sr. Merimée, cuyo *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo* es uno de los libros más notables que se han escrito en Francia sobre la literatura castellana. Así como los estudian-

tes de París que cursan italiano con el Sr. Dejob tienen cuantos socorros necesitan, conferencias en italiano, ejercicios corregidos con sumo cuidado, y la abnegación del maestro, siempre dispuesto á sacrificarse por sus discípulos, los de Tolosa gozan de las mismas ventajas y pueden llegar á muy buenos resultados, pues cuentan con el apoyo y el saber del Sr. Merimée.

La Universidad de Tolosa es la única en la que se enseñan realmente la lengua y la literatura. En las demás, á pesar de algunos tímidos ensayos, se trata especialmente de literatura, y esa desigualdad me parece muy sensible.

En la Universidad de París había tan sólo hasta este año un curso de literatura española, hecho en francés, una vez por semana, por uno de los hombres más salados de Francia, señor Gebhardt, un historiador extraviado en el dominio español por mera y muy leve afición. No había que ir á buscar en sus lecciones mucha substancia, pero sí gracia, gracia y más gracia.

No creo que el ingenioso académico conozca mucho á España, pero sí que la tiene cariño. Recuerdo haberle encontrado durante las vacaciones de verano en San Sebastián, paseándose con su ilustre colega mi respetado maestro y amigo Sr. Emile Faguet, y sé que conoce un poco Valencia, y muy mucho El Grao. Dió muchos y muy largos paseos por los alrededores, sin ayuda de coches ni tranvías, aunque se quejaba siempre de sus malditos pies... al emprender la marcha. En la literatura española le gustan sobre todo el *Amadis de Gaula*, que le ha proporcionado mucha materia para divertir á los oyentes, y el *Quijote*, en el que encontraba tantas ocasiones de aludir á los sucesos contemporáneos con esa filosofía tan risueña, tan maliciosa y en el fondo tan indulgente que seducía á su mundano auditorio. Pero todo esto fueron tan sólo palabras. El Sr. Gebhardt, que con mucha facilidad ha escrito tantos libros que resultan otras tantas joyas artísticas, no se ha dignado componer ni un folleto sobre la literatura que estaba encargado de enseñar.

Fué la partida del Sr. Gebhardt ocasión de vivo desengaño para los catedráticos de español. Esperaban que uno de ellos obtuviera, si no el puesto de París, cuando menos uno de los de provincias, y parecía la cosa bastante lógica. Mas el espíritu literario llevó la ventaja al científico. Un catedrático de letras que ya enseñaba en Montpellier vino á París, y otro fué á ocupar la vacante de Montpellier.

Claro está que hago abstracción completa de la personalidad, méritos literarios y conocimientos latinos, griegos, etc., de los catedráticos elegidos, limitándome á referir lo sucedido. Ello es que se ha dejado á un lado á los catedráticos de español, y que ellos lo sienten, y que dicen algunos: *amicus Plato, sed magis amica veritas...*

En Burdeos también hay una cátedra de literatura española, y con mucha distinción la ocupa el Sr. Cirot, antiguo condiscípulo mío, que se dedica especialmente al estudio de las cuestiones históricas y religiosas, en las que ha conseguido verdadera autoridad.

Aparte de las Universidades, hay otros dos establecimientos de enseñanza superior, ambos en París, en los que se estudia á los autores españoles, y son la *Ecole des Hautes Etudes* y el *Collège de France*. En la primera estudian, desde el punto de vista filológico, textos antiguos castellanos, y es el señor Alfred Morel-Fatio quien los explica. Vienen á cursar con él no sólo estudiantes franceses, sino alemanes, ingleses, norteamericanos, etc., deseosos todos de iniciarse en el método tan científico, tan seguro, tan claro, del célebre catedrático del *Collège de France*. Por más obscuro que resulte el texto, sabe el Sr. Morel-Fatio, sin el menor asomo de pedantería, resolver cuantas dificultades se encuentran en él, y las obras medievales más obscuras con tal profesor se hacen obvias.

En el *Collège de France* es donde da el Sr. Morel-Fatio un curso de literatura española muy sabio y muy concurrido. Planteada por él una cuestión, queda, si no resuelta, cuando menos despejada de cuantos errores la empañaban, dificultan-

do la solución de ella, como cuando estudió, verbigracia, el problema del *Lazarillo de Tormes*. Sus *Etudes sur l'Espagne*, de los que ha publicado tres volúmenes, y sus artículos y ensayos publicados en varias revistas de Francia y el extranjero, resultan todos trabajos definitivos. Ahora está el incansable y sagaz erudito estudiando la formación del espíritu de Santa Teresa.

¿Qué Biblia pudo leer la santa doctora de Avila? No conocía el latín, y los pocos textos que cita vienen todos incorrectos. Ahora bien: en castellano sólo existían Biblias protestantes, prohibidas á la sazón en España, y que la santa no hubiese consentido en leer. Yo no dudo que, á pesar de la suma dificultad del asunto, el Sr. Morel-Fatio consiga darnos la llave del misterio.

*
* *

Otras veces no había más que dos cátedras de español en la enseñanza superior: la del *Collège de France* y la de la Universidad de Tolosa. Los estudios españoles, superficiales y descuidados, suministraban profesores menos que medianamente preparados é incapaces los más de ellos para hablar con un español. Después de tanta afición á las cosas de España, era de extrañar semejante descuido, tanto más, cuanto que, á más del interés literario, el español presentaba mucho interés comercial. Así andaban las cosas, cuando en 1891, en la *Revue des Pyrénées*, publicó el Sr. Merimée un artículo en el que planteaba la cuestión de la reforma de la enseñanza de la lengua castellana. No he podido proporcionarme dicho artículo. Ya no lo tiene el autor, á quien lo había pedido, y en la Biblioteca Nacional, después de buscar, no encontrar y por fin conquistar dicha *Revue des Pyrénées*, me hallé con que en el volumen faltan páginas y, precisamente con ellas, una parte importante del artículo del Sr. Merimée...

Sea lo que fuere, de 1891, fecha en que se publicó el artículo del sabio catedrático de Tolosa, data el movimiento que

tuvo por resultado en 1901 la creación de cátedras en los Institutos y de oposiciones á dichas cátedras. La segunda enseñanza estaba organizada tal como sigue ahora.

*
* *

Veamos, pues, lo que pasa en la segunda enseñanza, cuando menos aquí en París.

Uno de los errores garrafales, fenomenales, que se ha difundido acerca de la lengua castellana, error que subsiste aún é influye mucho en la mala organización de su enseñanza, es el que consiste en decir y creer que dicha lengua es fácil de aprender. Tengo para mí que si se exceptúa algún idioma de salvajes que conste de unas cuantas docenas de palabras, que basten para expresar las ideas rudimentales, no existe ni una lengua fácil.

Puede ser, eso sí, que en español uno aprenda pronta y fácilmente á pedir pan, vino, sal, etc., etc., ó á manejar algunas frases muy usuales. Pero esto puede hacerse tan pronta y fácilmente en otro idioma cualquiera: italiano, alemán, inglés, hasta en el mismo ruso. En cuanto á conocer la lengua á fondo, á expresar en ella con toda propiedad ideas algo menos que vulgares, ya es otra cuestión muy distinta, y digo yo que desde este punto de vista el español no viene á ser más fácil que el inglés y el alemán. Sin embargo, dejando á un lado los tres Institutos de Bayona, Foix y Montalbán, en los que me dicen que la enseñanza está organizada de un modo procedente, ¿qué pasa en Francia? Empiezan los alumnos á estudiar las lenguas del Norte, ó sea el inglés y el alemán, en la octava, de modo que durante ocho años van á ejercitarse en ellas. Entretanto, ya que sabemos, merced á unos solemnes majaderos, que el castellano es la lengua más fácil de cuantas se hablan, empiezan los discípulos á aprenderla en segunda, no teniendo más que dos años para leerla, explicarla, escribirla, hablarla y graduarse bachilleres. ¿Voy á sorprender á alguien si digo que, salvo una que otra excepción muy escasa, ni leer, ni ex-

plicar, ni escribir, ni hablar español, ni mucho menos, saben entonces los infelices? Y el que examinase las aludidas excepciones, pudiera convencerse de que las constituyen, por lo común, ora españoles, ora americanos del Sur, ora hijos de franceses establecidos en España.

Me parece que he dicho se exige de los candidatos que sepan escribir español, y os pido perdón. No, que eso no se exige, y desgraciadamente nadie piensa en exigirlo. Ahora en Francia, para salir bachiller, hay que justificar el conocimiento práctico de dos lenguas extranjeras, una de las cuales tiene más valor é importancia en el examen, teniendo los alumnos que hacer en ella trabajos escritos, y, según los programas, pueden escoger como primera lengua la que más les gustare entre alemán, español, inglés é italiano. Pues bien: en la realidad no se tiene en cuenta lo que dicen los programas; salvo en los tres aludidos establecimientos, nunca se enseña el español como lengua principal; no teniendo preparación para las pruebas escritas, pocos alumnos se atreven á arrostrarlas, aparte de los que están en condiciones de aprender la lengua fuera del Instituto ó la saben antes de entrar. Es decir, que hay alumnos que aprenden inglés ocho años, y alemán dos años; otros, alemán ocho años, é inglés dos años; mas ninguno puede cursar español ocho años. Y, sin embargo, ello sería no digo útil, sino preciso, como lo viene demostrando cada día el que hasta entre los alumnos que no tienen preparación especial los hay que desean pasar las pruebas escritas españolas.

A casi todos los candidatos los aprueban, eso sí, y aunque á todos se les pudiera dejar suspensos, sería grave injusticia hacerlo, ya que las más de las veces no tienen ellos la culpa de su ignorancia, y al fin y al cabo hay que mantener y alentar el actual estudio del español, por deficiente que resulte, en espera del día de nueva y más completa reforma de su enseñanza, día que todavía puede ser que tarde en llegar, pero sí que llegará cuando el número creciente de los alumnos llame

la atención de los administradores y directores de Institutos.

Hay más. A los mismos administradores y directores, hostiles hoy á la causa del castellano, les tocaría enseñar á las familias la ventaja que dicha lengua lleva al inglés y al alemán desde el punto de vista de la utilidad práctica. En Alemania, en Inglaterra y sus colonias, ¿qué vamos á hacer, produciendo aquellos países tanto como nosotros, cuando no más? Mientras en España, y sobre todo en la parte tan extensa de América que habla español, hay mucho que realizar: mercados que conquistar para dar salida á nuestros productos; regiones que para contar entre las más ricas del Universo esperan algunos capitales, etc., etc.; siendo de notar que los ingleses y, sobre todo, los alemanes, siempre muy advertidos, nos están quitando la influencia que teníamos en los Estados sudamericanos, los cuales se abrían gustosos á nuestras ideas y á nuestro comercio. Ellos sí que estudian concienzudamente el castellano, que se van á perfeccionar á Madrid, y luego se presentan con malos productos, pero mucha y buena lengua, y se ganan las voluntades y el dinero.

Pues aun prescindiendo del valor educativo del castellano y la literatura castellana para fijarme tan sólo en consideraciones algo rastreras y meramente egoístas, digo que debiéramos desarrollar y perfeccionar en Francia el estudio de la lengua española.

Sí, es fácil, facilísima y, por lo tanto, algo de despreciar. Nunca ha faltado, falta ni faltará en Francia quien lo diga. Sin embargo, no hace mucho, hasta profesores encargados de enseñar lengua tan elemental solían encontrarse algo cortos, si me refiero á cierta anécdota que me contaba un excelente compañero mío. Pasaba esto en muy importante ciudad; veréis que no en París, ya que se sabe que París es la ciudad luminosa, y cada parisiense un sol pequeño. Ya no recuerdo el lugar. Fuese tal vez en el país de los Hurones. En aquella ciudad, pues, vivía un muchacho bastante listo, bastante inteligente, que tenía que examinarse de lengua española en el ba-

chillerato, y la estudiaba con un joven español que entre muchas y muy raras prendas tenía la de conocer personalmente al examinador. Va á visitar á éste, le recomienda encarecidamente al muchacho; viene el día del examen, se verifican las pruebas, y sale de la sala el bachillerando.—Pues bien—le pregunta su profesor, que no había podido presenciar el suceso,—¿qué tal va?—¡Maravilloso! El examinador me ha dado nota excelente. Sin embargo, sea dicho en honor á la verdad, no he entendido ni pizca de lo que me preguntaba.—Bueno. He ahí el joven español que coge al examinador al salir éste, y le pregunta por el bachillerando.—¡Ya está! Ya es bachiller, hombre. Sobre 20 le he dado 17. Ya se ve que debe de conocer mucho español, aunque de fijo no he podido averiguarlo, ya que pronuncia muy mal, y no he entendido ni pizca de lo que me contestaba.—El joven español se tuvo que meter el pañuelo en la boca para no soltar el trapo á reir. ¡Examinando y examinador estaban satisfechos, y ninguno se había comprendido!...

Hubo época en la que cosas por el estilo pudieran pasar por la regla, ya que los profesores de español se parecían todos más ó menos al maestro del que dice Beranger que era

Fier d'enseigner ce qu'il ne savait pas!

De aquel tiempo siguen acordándose, sin duda, los españoles que se forman tan mala idea de los profesores franceses. Pero hoy, con la creación de las oposiciones á cátedras, se ha elevado el nivel de la licencia y el certificado. Varios profesores han vivido en España, y están en tratos seguidos con distinguidos españoles. Los hay que se proponen conquistar el grado de doctor en letras, y con este objeto preparan eruditas tesis ó conclusiones sobre puntos oscuros é interesantes de la literatura española; hasta los hay, aunque pocos, en verdad, que escriben obras en castiza prosa castellana.

Se está formando el núcleo de un cuerpo escogido... ¡no! digo yo: debiera formarse; que á los catedráticos de español

les falta, para ser cuerpo, tener un poco más de unión, de cohesión, de conformidad y concordia. Y eso también es lo que les hace falta para conseguir la realización de cuanto les prometía la circular ministerial de 15 de Noviembre de 1901; es decir, absoluta igualdad con los profesores de alemán é inglés, y obtener que á la lengua castellana, á las lenguas meridionales, se les atribuya la misma importancia que á las del Norte, no sólo en el papel, sino también en la realidad. Mas cada uno va por su lado, y los más de ellos parece que se desinteresen del porvenir de la enseñanza que les viene confiada, y se contenten con poseer un título y una función, aunque fuera con mengua, siendo los que quieren obrar y adelantar unos tiradores aislados, cuyo esfuerzo personal se pierde sin provecho.

He dicho que el movimiento iniciado por el Sr. Merimée en 1891 tuvo por resultado en 1901 la creación de cátedras en los Institutos y de oposiciones á dichas cátedras, y habréis visto que esa es la teoría, mas que en la práctica no resulta del todo exacta la cosa. Tenemos oposiciones á cátedras, eso sí, y por lo tanto catedráticos; pero los más de éstos semejan un poco generales sin soldados, ya que las cátedras, os lo he mostrado, en realidad no son más que cuartos de cátedras, y los cursos, asimismo, cuartos de cursos, y queda su número escaso.

Lógicamente, la lengua castellana se debiera enseñar en Francia: primero, en el Mediodía, en la parte del Mediodía vecina á España; luego, en el centro universal, centro comercial á la vez que literario, artístico y científico, que es París; en fin, en el grupo formado por Nantes y Saint-Nazaire, á causa de los trasatlánticos y las relaciones seguidas con la América latina.

Mas, en mi opinión, antes que la creación de nuevas cátedras hay que pedir el desarrollo de los puestos existentes ya, y para empezar, mero desarrollo parcial, es decir, cursos que duren no ocho años, como los de alemán é inglés, sino cuatro

años, de modo que puedan los alumnos atreverse á presentar el español como primera lengua, y prepararse en los mismos Institutos. A los cursos así organizados, además de los que lo desearan, que en un principio serían pocos, se enviaría á los alumnos que hasta la clase de cuarta no hubiesen mostrado ninguna aptitud para las lenguas del Norte, y sería aliviar á los profesores de éstas, á la par que animar á los de español.

Para ello hay que entablar una lucha contra el común sentir y la costumbre, y lo que más me extraña es que nadie, hasta la fecha, haya pensado en seguir el ejemplo del Sr. Merimée, tomando á su vez la dirección del movimiento,

Et quasi vitæ cursores lampada tradunt,

empuñando el hacha luminosa para enseñar el camino y el fin á sus perplejos é irresolutos compañeros, haya seguido cuesta arriba.

A falta de otro más autorizado, ya que todos parece que desechen la honra de luchar, de ello voy á ocuparme desde el próximo mes de Octubre, y por poco que me ayuden mis colegas, quiero esperar no tarde diez años en producirse nuevo adelanto.

*
* *

Aquí en París hay cuatro escuelas comerciales ó mercantiles: la *École Supérieure Pratique de Commerce et d'Industrie*, fundada en 1820, adquirida y reorganizada por la Cámara de Comercio en 1869; la *École Commerciale*, fundada en 1863 por dicha Cámara, que estableció también en 1881 la *École des Hautes Études Commerciales*; en fin, el *Institut Commercial*, fundado por doscientos accionistas, negociantes é industriales todos, y reconocido por el Estado en 1890.

Dos de las escuelas de París las conozco bastante bien por enseñar en ellas la lengua castellana, y son: la *École des Hautes Études* y la *École Commerciale*. Resulta ésta no sólo la creación más antigua de la Cámara parisiense de Comercio,

sino también el Instituto mercantil más importante desde varios puntos de vista, sobre todo si se atiende al número de los alumnos.

En ella cursan éstos cuatro años, durante los cuales aprenden el alemán y el inglés. Tan sólo en los dos años superiores estudian el español, que se debe advertir es lengua obligatoria.

Aquí, pues, como en los Institutos de segunda enseñanza, se manifiesta la desigualdad en el modo de tratar las lenguas del Norte y las del Mediodía.

No es de desdeñar que las materias enseñadas en la escuela son muchas y muy importantes, casi desconocidos los ocios. Sin embargo, al cabo de dos años y con tres horas semanales debiera el alumno conocer bastante español para arreglárselas directamente con los negociantes de Barcelona, Madrid y la América latina.

A pesar de sus esfuerzos y aplicación, pocos lo consiguen, siendo de notar que entre ellos los hay que escriben bastante bien y hablan muy mal, por causa de la mucha dificultad que encuentra una garganta parisiense en pronunciar un idioma meridional.

Claro que mediante otros dos años de estudio lograrían resultado mejor, y bien lo sabe el director, Sr. Anglès, á cuya firme y emprendedora inteligencia debe la Escuela muchas mejoras. Mas parece que impone el presupuesto la tal disposición, y dicen que al fin y al cabo no perjudica á todos los alumnos, ya que parte de ellos va á entrar luego en la *École des Hautes Études*, donde pueden, si quieren, estudiar el español. Sin embargo, aquí también hay que realizar progresos.

Este año en la Escuela Comercial cursan un centenar de alumnos en las tres divisiones de tercera, y unos setenta en las dos divisiones de cuarta...

Todo no está perfecto y queda bastante por hacer; mas en España no van las cosas mejor, ni mucho menos. Examinemos, por ejemplo, lo que pasa en las escuelas de comercio de la mis-

ma, reorganizadas por el Real decreto de 22 de Agosto de 1903.

La carrera mercantil se divide en tres períodos: preparatorio, elemental y superior.

En el período preparatorio y el primer curso del elemental se estudia la lengua francesa; en el primero y el segundo curso del período elemental, los alumnos estudian la lengua inglesa; y en el primero y el segundo curso del período superior, la lengua alemana ó la italiana.

En el período preparatorio y el elemental se ve tratado el francés en España como el español en Francia; pero donde va mucha diferencia es en el período superior, en el que los alumnos se dedican únicamente al estudio del alemán ó el italiano, mientras que en la *École des Hautes Études* parisiense pueden escoger, según sus proyectos, dos lenguas entre las siguientes: alemán, inglés, español, italiano, anamita, árabe y malgache; y este año, lo digo con sumo gusto, son los más los que cursan español.

En París hay dos establecimientos que mucho recuerdan la organización de los estudios mercantiles en España, y son éstos: la *École Supérieure Pratique de Commerce et d'Industrie* y el *Institut Commercial*. En efecto, los estudios constan allí de dos ciclos: uno elemental, que comprende tres años, y otro superior, que abarca dos años. Pero durante los cinco años que pasan en la Escuela Superior ó en el Instituto, estudian los alumnos dos lenguas extranjeras: una obligatoria, y es el inglés; otra facultativa, y pueden escoger entre alemán y español.

*
* *

No basta haber organizado una enseñanza; no basta tener profesores; es preciso aún que los alumnos tengan entre manos útiles para trabajar por sí mismos; se necesitan libros.

De la enseñanza superior no hay nada que decir, puesto que los estudiantes tienen á su disposición cuanto se ha escrito, ya en España, ya en Francia, ya en otros países, sobre la

lengua y la literatura castellana. Tal vez sea todo esto poco, puesto que no bien procura uno profundizar una cuestión, cuando se encuentra ante dificultades, á veces insolubles, y obras en que, las más de las veces, hay mucha forma, muchas galas de estilo, todavía más ripios y poca substancia. Si el movimiento iniciado en España por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y en Francia por Alfred Morel-Fatio, y que viene acentuándose cada día, no ha dado aún muchos frutos, es precisamente por causa de la gran dificultad de tratar los asuntos, y es su primer beneficio el haber demostrado la necesidad de dejar á un lado las frases sonoras y sin materia y acudir á los mismos documentos, sacando paulatina y penosamente del polvo cuantos tesoros y cuanta verdad pueda encubrir.

En cuanto á la segunda enseñanza, hace pocos años no tenía nada, ó cuando menos nada digno de consideración, y todavía muchos puntos dejan que desear. Por ejemplo, es cierto que los alumnos no pueden hoy día consultar un diccionario sin recelo. Casi todos los que se han publicado hasta la fecha, no vacilo en decir que resultan meros mamarrachos. El último salido á luz, que es al mismo tiempo el menos malo—que bueno no lo hay—suministra un sinnúmero de ejemplos característicos, de donde se infiere lo deficiente y descarada que resulta la ciencia de su autor. Y sin embargo, dice el prospecto, después de hacer acerba y mordaz crítica de los diccionarios anteriores:

«Este Diccionario es indispensable á todas las personas deseosas de estudiar estos dos hermosos idiomas y de perfeccionarse en ellos, ó que necesiten traducir ó escribir correctamente el español y el francés.

»No se hallará ninguna palabra licenciosa ó trivial que pueda ofender á la sana moral, ni tampoco galicismos, errores ó impropiedades, que abundan en otros diccionarios similares.»

El prefacio es todavía más categórico y más laudatorio.

Vamos, y ¿qué pensar de traducciones como ésta:

ANGÉLUS, m. *Angelus?*

En vano buscaréis *angelus* en el Diccionario de la Real Academia y en los demás diccionarios españoles. Bien sé que unos escritores de los que más fielmente imitan á los franceses han usado la palabra esa, insertándola, sin embargo, en bastardilla para llamar la atención sobre el latino-galicismo, y recuerdo haberla visto impresa en *La Regenta*, de Leopoldo Alas. Pero parece que nuestro lexicógrafo ignora que hay tres rezos y otros tantos toques distintos llamados en Francia *angélus*, uno por la mañana, uno al mediodía y otro por la tarde, y también que se llaman respectivamente los tres en España *toque de alba*, *plegaria* y *oraciones*. ¿Dónde están las tres voces castellanas?...

Venga otra palabra: la de *carillon*. El español que se dignare consultar al muy mejorable Diccionario, verá, no sin asombro, la traducción siguiente: *carillón*. Mas no encontrará la menor huella de *juego y torre de campanas*.

Ejemplos por el estilo los encuentran á centenares y á millares en aquel libro, el menos malo, repito, de cuantos conozco, y bien creo que de todos.

Lo que más notable se ha hecho hasta la fecha para los alumnos, es, indudablemente, la colección de autores clásicos españoles con notas, creada, se puede decir, por el Sr. Merimée, y que viene publicándose en Tolosa. El Sr. Merimée ha dado por fin á su obra lo que expresa el epígrafe del Diccionario de la Real Academia Española—*fixar, limpiar y dar esplendor*,—y bajo su dirección, catedráticos de español sacan á luz las obras más hermosas de la literatura clásica castellana. Según muy acertadamente lo advierte el mismo Sr. Merimée, ediciones anotadas de autores castellanos no las hay en España, explicándose el hecho este por la ausencia del estudio filológico de los textos en la segunda enseñanza de la Península. De aquí que, merced á buena memoria, la mayor parte de los bachilleres españoles pueden recitar trozos brillantes de Calderón ó Zorrilla, de cuyas dificultades no se enteran. Con efecto, así como conocer el francés del siglo xx no basta para entender las obras de Cor-

neille y Pascal, asimismo el que hable perfectamente la lengua castellana actual puede ser no esté, sin embargo, en condiciones de explicar á Lope de Vega ó á Solís, tanto más cuanto que los textos vienen impresos con sumo descuido y sinnúmero de erratas. ¿Qué mucho, pues, que españoles de los muy listos y advertidos tropiecen en los textos clásicos con muchos obstáculos, no encontrando, en cambio, ellos el menor en las más enmarañadas ó chulescas del día? Sin duda, dicen que se les da un pito lo pasado, que es la erudición una broma pesada, y que en resumidas cuentas les parecen los famosos clásicos unos tíos muy extravagantes é insufribles. Claro que todo esto va en gustos, y que los hay que prefieren la Bombilla ó el *Moulin Rouge* al Teatro Real ó al *Théâtre Français*. Figurando yo entre los que tienen más afición á las cosas hermosas aunque resulten algo severas, no me toca decir que los partidarios de los clásicos lleven la ventaja á los demás, y tengan para sí la razón y el sentido común.

A la colección del Sr. Merimée tan sólo me permitiré hacer un reproche, y es que las notas estén escritas en francés. Las quisiera yo en español, para mayor ventaja de los alumnos franceses más adelantados, y también para que los españoles aprendiesen á conocer libros tan útiles, y que los catedráticos de la Península publiquen á su vez, un día más ó menos próximo, ediciones por el estilo, que resultarían en provecho de los españoles y de los franceses. Rozar siempre las dificultades sin procurar resolverlas nunca, tal vez sin verlas, acostumbra el espíritu á demasiada superficialidad, á la ausencia de método, y hasta le incita á despreciar el esfuerzo, lo que viene á ser el suicidio del arte.

A los españoles correspondía iniciar el movimiento en cuanto á los autores de su patria. Sería de desear que cuando menos lo siguiesen, ya que de toda evidencia están en condiciones mejores que cualquier francés para tratar de sus cosas.

*
* *

Los libros escritos para uso de las escuelas mercantiles resultan por lo común muy deficientes. Hasta sus títulos huelen á estrambótico. El más común es el de *Español comercial*; de lo que se infiere necesariamente que deben de existir dos lenguas españolas, una para uso de los comerciantes y otra para uso de los que no viven la vida de los negocios. Su principal defecto consiste en suministrar á los alumnos casi tan sólo voces técnicas, mientras que los más de ellos no han estudiado aún el castellano. Esto, sin hablar de las muchas erratas que van incluidas en ellos. Por ejemplo, en uno cuya sexta edición obra hoy entre manos de los alumnos, se puede leer en la sexta como en la primera datos tan preciosos y valiosos como éste:

PRETÉRITO PERFECTO DEL VERBO CABER

Cupe.
Cupiste.
Cupió, etc.

El verdadero curso aun queda por hacer. Debiera corresponder á los dos años en los que los alumnos estudian el español, conteniendo el primer libro datos sobre la vida y trato social en España y América, formado casi todo el texto con trozos escogidos de los autores contemporáneos, sobre todo novelistas y cómicos, con mucha conversación y algunas cartas, y suministrando cada trozo el tema de una pequeña lección de gramática elemental en francés puesta al pie de la página. Al final del libro iría un vocabulario muy completo y exacto. Cada trozo sería de explicar y comentar, y cuál ó cuál más importante de aprender de memoria, de modo que el alumno, al acabar el primer año, poseyese un caudal de palabras, frases, giros, á la vez que los rudimentos de la gramática. El libro del segundo año sería destinado sobre todo para el estudio de la tecnología y la correspondencia mercantil. En una palabra, ya no se trataría de *español comercial*, sino de un curso de español para uso de las escuelas de comercio.

En cuanto á diccionario, me creo con derecho á afirmar

que lo habrá tan sólo dentro de dos años, ó tres á más tardar, pero tan perfecto como lo permita la humana imperfección; y será debido á la estrecha colaboración de dos profesores literatos, uno francés y otro español.

*
* *

De poco tiempo á esta parte se han publicado unos libros escritos en español, ó, más exactamente, en palabras españolas, con arreglo á un nuevo método impuesto á la Universidad.

En efecto: la enseñanza de las lenguas vivas sufre en Francia importante y penosa crisis ó transición.

Otras veces, dicha enseñanza resultaba teórica toda. Al discípulo le cebaban, si me es lícito decirlo así, con reglas y más reglas gramaticales. Hacía composiciones y más composiciones, digo yo traducciones de francés á alemán, á español, á inglés, á italiano, ayudándose del diccionario para buscar, y no siempre encontrar, la mayor parte de las palabras, y salía de sus exámenes aprobado sin estar siquiera en condiciones de sostener una conversación de cinco minutos con un súbdito español ó inglés, sin conocer á veces ni por el forro la lengua extranjera.

Claro está que aquel método adolecía de muchos y muy graves defectos. Entonces, hombres á cuya buena voluntad é intenciones me apresuro á tributar el debido homenaje, pensaron en cambiarlo, y les pareció que el más práctico era el empleado por ciertas escuelas, que, más que escuelas de idiomas, semejan bazares de ropas hechas. Hay que decirlo: ellos nada inventaron. Limitáronse á copiar servilmente lo que se usaba en los famosos establecimientos esparcidos hoy por Europa y América, y recientemente transformados en sociedad mercantil. Tal vez, sin embargo, los catedráticos franceses hayan inventado la denominación del nuevo método, llamándolo *método directo*.

Es decir, que ya no se trata de valerse de la lengua patria para enseñar las demás. Se coloca al discípulo directamente

ante las lenguas extranjeras, sin que medie ningún intermedio. Antes, decía el profesor: «Cet objet, que nous nommons *chapeau* se nomme en espagnol *sombrero*» Ahora, nada de eso. Señala el sombrero á los discípulos, y les dice en voz alta, casi á gritos, y con ademán y gesto amenazador: «¡Sombrero! ¡Sombrero!», hasta que repitan los alumnos, con el tartajear de los parisienses: «¡Sombjejó! ¡Sombjejó!» Palabras y más palabras: he ahí lo que se ve obligado á aprender, ó mejor dicho, á engullir el alumno. En cuanto á la gramática, ahora se queda en segundo, tercer ó cuarto término, muy callada y muy despreciada.

Dicen los promotores de la reforma, que de este modo adquieren mucho más fácil y rápidamente los alumnos el uso de la lengua extranjera, consiguiendo, no sólo entenderla perfectamente, sino también pensar realmente en ella y expresarse con cuanta facilidad se requiere.

No todos los profesores y catedráticos han sido convencidos de que fuese tan cierto el pregonado resultado, y confieso que soy uno de los que más lo dudan. Al pronunciar la palabra *sombrero*, al mostrar el objeto que así se llama, ahorráis al niño—dicen los reformistas—el trabajo que consiste en decir ó pensar, primero, la palabra francesa *chapeau*; luego, en buscar la equivalente voz castellana; se acostumbra á que la palabra se presente siempre al mismo tiempo que el objeto, y piensa ya en el idioma extranjero. Pues bien: sostengo yo que, en la práctica, si no pronuncia siempre el niño la palabra *chapeau* sigue pensándola cuando menos al principio, así como hacía con el antiguo método, y que el primer y quizás único beneficio consiste en un poco menos de franqueza en el procedimiento.

En cuanto á pensar en castellano el alumno, de puro pronunciar palabras y frases pequeñas y muy sencillas, como *quiero pan* y *la tinta es negra*, de buena gana lo consentiría, á haberlo visto yo realizar en la práctica. Desgraciadamente, todavía me queda eso por ver. Añaden los reformistas que el

profesor, sin ayudarse del francés, ora por definiciones, ora por comparaciones, ora por ilaciones, puede llevar á sus oyentes hasta manejar cómodamente ideas abstractas. Muy al revés: resulta para mí cosa obvia y patente que si, hasta cierto grado, y después de largo quedar en el atolladero, parece que efectivamente logra el alumno adelantos y progresos indudables merced al método directo, viene luego otro momento en el que se pára cual un caballo en medio de la carrera, relincha y resopla negándose á seguir en su esfuerzo, y es el preciso instante en el que se ve obligado á salvar los umbrales de la abstracción. Y lo digo yo hablando de los alumnos que llegan hasta dicho punto sin tropiezos ni caídas, siendo de advertir que los tales no son muchos.

Luego si fuese verdad que el alumno, el buen alumno, olvidara la palabra francesa y pensara en inglés ó en español, cierto que esto resultaría provechoso para los que se destinan al comercio, pero vendría á ser notable causa de inferioridad para los demás. En efecto, queda entendido que las lenguas vivas han tomado en Francia cuanto sitio se ha quitado al griego y al latín. Ahora bien, el ejercicio más difícil y más útil que se practicaba en el estudio de esas lenguas, es decir, la traducción, se ve descuidado cuando no imposibilitado, y la inteligencia almacena sin adquirir como antes flexibilidad; de modo que, á pesar de lo paradójico que parece, conozco á jóvenes que poseen el francés y el alemán, hablan y escriben ambas lenguas, y se encuentran metidos en un lío tan pronto como se trata de verter una línea, resultando los dos idiomas en su mente como dos carriles, siempre vecinos y siempre separados.

Sí, ya lo sé. El alumno que traducía penosamente un trozo de Cicerón, no hubiera escrito, y menos aún hablado, en latín, pero había en su trabajo algo de más provecho que la adquisición de un centenar de palabras, y era el esfuerzo de la inteligencia, mientras que hoy tan sólo se alienta la memoria. Por eso decían otras veces los encargados de enseñar matemáticas

superiores:—Nuestros mejores discípulos son los que han estudiado latín y griego;—por eso en los países que se nos proponen siempre por modelos de espíritu práctico, en Inglaterra y los Estados Unidos, se pasa tanto tiempo en estudios clásicos.

Lejos de mí el despreciar la memoria, que considero facultad utilísima, por más que Bacon haya declarado que se encuentra siempre en razón inversa de la inteligencia. Claro que la memoria desempeña papel muy importante. Pero me parece que á la inteligencia no se la ejercita bastante hoy en día.

¿Y qué pensar del mismo principio del llamado método directo? Se considera al francés que vive en Francia como á un niño español en España, y no se advierte que el niño habla español todo el día, mientras que en nuestros Institutos el alumno francés puede hablar unos cinco minutos cuatro veces por semana, ó sea próximamente un total de veinte horas durante los dos años que cursa español. Además, un niño, apeteciendo algo que no conoce, debe aprender las palabras necesarias; se ve empujado por la necesidad, y al alumno francés no se le puede pedir más que buena voluntad.

También es de notar que, salvo algunas excepciones, una clase ó aula de cualquier colegio ó Instituto nada tiene que ver con las lecciones dadas en las casas mercantiles de que tengo hablado y se han inspirado nuestros reformistas, casas en las que tres ó cuatro alumnos, cuando más, están encargados á cada profesor. En las escuelas de comercio, por ejemplo, hay divisiones hasta de cuarenta alumnos, y entonces usar el método directo es cosa verdaderamente irrealizable, siendo fácil calcular que durante una hora puede el profesor más concienzudo ocuparse especialmente de cada alumno un minuto y medio cabal.

Por otra parte, el principal objeto del nuevo método, si es que tiene uno, es procurar que el alumno conozca realmente la lengua extranjera sin salir de su patria, y esto me parece que peca todavía más de cándido, puesto que, aun suponiendo á un joven en condiciones excepcionales, con notable aptitud

para aprender las lenguas y aleccionado hasta por un español, no conseguirá hablar español sin ir á España. Y eso lo saben muy bien los sostenedores de la reforma, y que no puede su método resultar provechoso sino cuando el alumno pasa por lo menos sus vacaciones de verano en el país cuya lengua aprende. Pero no quieren confesarlo, y en sus estadísticas y entre sus triunfos, enseñan ufanamente lo bien que hablan alemán jóvenes alemanes ó alsacianos criados en Alemania, y los buenos resultados obtenidos en el estudio del inglés por... alumnos ingleses.

¡Cosa divertida! Dicho método, adoptado con entusiasmo casi frenético por ilustres catedráticos franceses, ¿constituye realmente un remozamiento? No creo yo lo puedan sostener, después de reflexionarlo un poco, pues, sea dicho de paso, no es sino el método que usaban los jesuítas antes de la Revolución, para enseñar el latín. Sucede con dicho método lo que con las Universidades que Alemania ha copiado de la Francia de antaño, y que hace pocos años han creído descubrir en Alemania, y luego han importado parcialmente á Francia otros sabios de mi patria, que fueron ellos también muy aplaudidos, condecorados, etc., etc. Y eso que en Francia conocemos generalmente un poco la historia de otras naciones, sobre todo la de Egipto y sus momificados reyes, pero la nuestra nos parece que carece de interés en absoluto.

Cierto que había de hacer algo, de rejuvenecer los métodos y dejar á un lado lo que tenían de demasiado especulativo. Pero en la reforma hecha, en la adopción tan rápida del poco aumentado y nada corregido método de los antiguos jesuítas franceses, explotado por comerciantes extranjeros, parece que haya habido excesiva precipitación, y que al salir de un exceso se haya ido sin vacilar hacia otro exceso no menos perjudicial.

He indicado ya el error garrafal que consiste en considerar al alumno francés colocado en las mismas condiciones que el alumno alemán en cuanto á la lengua alemana, que el alumno español en cuanto á la lengua española, etc., etc. No es así, ni

mucho menos, puesto que él no mama el alemán ó el castellano con la leche; él no habla alemán ó español todos los días, todo el día. Así, pues, yo rechazaría del todo el nuevo procedimiento para los principiantes, no pudiendo él sino molestarlos y desconcertarlos, como bien se ve cuando confiesa el mismo proto-promotor de la reforma que con ella andan los estudios más tardíos en los primeros años. — Al principio, y con este método, se va despacio—dice el Sr. Firmery. Bueno. Al principio, dejémoslo, por consiguiente, á un lado.

Luego, sí; después de poseer el alumno el caudal de palabras, y frases, y giros, y los elementos de gramática de que hablaba al ocuparme de la enseñanza en las escuelas mercantiles, pudiera con provecho el profesor usar el método directo durante una parte de la clase, reservando otra parte para los ejercicios de traducción, ejercicios esenciales. Además, hubiera que cuidar mucho de la gramática á medida que progresase el alumno. Otras veces la gramática se consideraba el único medio para aprender las lenguas. Yo quisiera que ahora fuese el fin, y, en efecto, me parece que el orden más lógico, el que se observa en cada país al aprender la lengua patria, es proporcionar primero elementos muy sencillos de gramática al alumno, y luego, poco á poco, completar y perfeccionar dichos conocimientos.

¿Acaso no sería ello conciliar ambos métodos? ¿y no ha dicho la antigua sabiduría: *in medio stat virtus*?...

Por lo demás, pudiera citar á catedráticos que saben hacer interesantísimo el método directo y conseguir con él que pronto realicen muchos progresos los alumnos; entre ellos el señor Gourio, cuyo curso de inglés puede pasar por modelo; mi excelente amigo Sr. Sénil, cuyo curso de alemán no va en zaga del anterior; otros aún.

También conocí en mi juventud, mientras cursaba en el Instituto Condorcet, á uno que otro profesor admirable, que con el antiguo método lograba interesarnos y hacernos realizar adelantos muy rápidos en la lengua alemana.

Sí, que una cosa se sobrepone á todos los métodos, y es ella la abnegación del profesor. Con tal que se dedique éste á la enseñanza con verdadero espíritu de apóstol, con el firme propósito de pasar por cuantos disgustos y molestias y cansancios le asaltaren—y muchos los hay en la enseñanza,—cultivando siempre con amor las inteligencias encargadas á su cuidado, digo yo que el método de aquel hombre es y será siempre bueno. En efecto, lo que en ello más importa y lo que menos fácilmente se puede adquirir, si es que realmente se adquiriera, es el dón de enseñar.

La natural afición á la enseñanza y la abnegación, eso se debe buscar en los maestros con afán, y también el dón de interesar, que por lo general acompaña estas cualidades. Es preciso, en efecto, que no se aburra el alumno, lo que le sucede demasiadas veces, ora por culpa del profesor, ora por culpa de los libros.

Respecto á éstos, diré que quisiera ver entre manos del alumno, ya que se trata de lenguas vivas, obras vivas también y no libros que, á pesar de los grabados y estampas, resultan para él cansados. Claro que siente muy bien la mucha diferencia que va de un libro compuesto para la enseñanza á un libro destinado para todos. Del primero distingue perfectamente lo torpe y artificial, y protesta en sus adentros diciendo:—Eso no es natural; eso no es la vida, sino mera falsedad; eso no me conviene.

Por eso deseo libros compuestos casi enteramente con trozos escogidos en los autores extranjeros, en los autores más vivos, en los cómicos, siempre que pueda ser.

Por eso desearía — pido perdón por el mucho atrevimiento,—desearía, digo, que leyesen los alumnos en el aula periódicos extranjeros.

Ahora, ya lo sé, tienen la facultad de leer, en el mismo Instituto, mas fuera de la clase, periódicos redactados para ellos por catedráticos franceses, y unas revistas soporíferas de puro insignificantes, y todo esto viene á ser inmediatamente menos que nada, porque no les interesa.

¡No! Hay que tomar periódicos extranjeros, periódicos que relaten y traten los asuntos del día, periódicos que muevan la curiosidad, periódicos escritos en alemán, en español, en inglés, en italiano, y no en jerga. Y sepan que, en rigor, también los hay para niños, para principiantes. Citaré, para los que cursen español, el titulado *Gente Menuda*.

Si lo digo, es porque lo tengo experimentado desde hace ya varios años, porque lo aconsejo á cuantos adultos me participan su deseo de aprender el castellano, y siempre fué con éxito.

* * *

Ya me he extendido más de lo que quería, y, sin embargo, á riesgo de abusar de vuestra benévola atención, no quiero dejar de hablaros, siquiera de un modo sucinto, de los medios que me parece serían más á propósito para llamar la atención sobre la lengua castellana y los países en que se habla.

Ante todo hay que dirigirse al gran público, hay que enseñarle que España sigue existiendo y produciendo primorosas obras literarias. Se ignora generalmente en Francia que un verdadero renacimiento literario se manifiesta en España desde hace unos treinta años, y los nombres de Juan Valera, Pareda, Palacio Valdés, Pérez Galdós, etc., etc., apenas si salvan la frontera, mientras conocemos muy bien á escritores italianos que no siempre tienen tanto talento como aquéllos. Es preciso verter al francés las novelas más notables de los autores contemporáneos, para que el público se entere; en eso me ocupo con mucho celo y esmero, y deseo que otros muchos vengan á ayudarme en mi empresa; he decidido una casa de París, conocida por lo artístico de sus ediciones, á empezar la publicación de esas obras maestras españolas, la primera de las cuales saldrá á luz á fines de Octubre; ya es algo.

Pero se necesita también acudir á las revistas, á los periódicos, publicar estudios de crítica literaria, relaciones de viajes, artículos de costumbres. No deben limitarse egoístamente los eruditos á los trabajos especiales, en los que encuentran á

veces tan delicada fruición. Hay que salir de la «torre ebúrnea», bajar á la tierra, y con abnegación luchar en la batalla por la vida.

No sólo hay que escribir, sino también hablar, hablar mucho, dar conferencias, mostrar el fruto que se puede sacar del estudio de la lengua y la literatura española, enseñar á los futuros negociantes lo que pueden y deben hacer en España, en América y en las Filipinas.

Conferencias en París no puede haberlas sino en español, y hay que dar las gracias á la Sociedad para la propagación de lenguas extranjeras. Sabéis que cada mes, bajo sus auspicios, se da en La Sorbonne una conferencia en lengua castellana; pero, como es lógico, tan sólo vienen á escucharla los que pueden entenderla; es decir, españoles, americanos y estudiantes. Se necesitaría, además, conferencias en francés para atraer el público lego é interesarle con las cosas de España. Por eso sueño yo con la creación de una *Société d'études espagnoles* por el estilo de la *Société d'études italiennes*, fundada con tanto éxito por el Sr. Dejob, y que nos proporcionase la posibilidad de hablar aquí en francés sobre España y la literatura española. He tentado el vado, y cuento ya con el apoyo de varios miembros de la colonia española, de periodistas, de profesores franceses, y el año que viene puede ser la haya organizado y empiece á funcionar.

Lo único que estoy deseando es que algunos compañeros, dando prueba de desinterés y renunciando, como yo, á ambiciones más aprovechables, acudan á secundarme para ganar el pleito y salir con el triunfo de la causa común, de la enseñanza de la lengua castellana en Francia.

*
* *

Decía Jefferson, el célebre tercer presidente de los Estados Unidos, que todo hombre tiene dos patrias: la suya propia y Francia; y son muchos los que lo han dicho después de él. Pues yo también lo repito, y tal vez con más derecho y pro-

piedad que otros muchos. Yo también tengo dos patrias, y son Francia y España. Francia, es decir, la mía propia; España, la de mi madre. A ambas les tributo igual amor. Es la lengua española la primera que conocieron mis oídos cuando con hechiceras palabras me arrullaba el cariño naternal, y lejos, muy lejos, ¡ay!, mucho tiempo atrás, divisó montes y picachos en cuya falda parecía que reía un valle encantador, con un pueblecito muy blanco, muy limpio, á orillas de un río tan azul como el mismo cielo, y que siempre iba cantando en sus guijas, y recuerdo romerías en las que jóvenes, bellos como los modelos griegos más hermosos, bailaban al compás de los aureskus y zortzicos de la tierra.

Luego, después de muchos y muchos años sin ver á España, me ha latido el corazón al salvar la frontera. ¿Iba yo á encontrar la realidad tan hermosa como lo que veía en mis recuerdos? Sí, y todavía más, porque siempre, para ver bien las cosas tales como son, hay que amarlas. Y yo amaba á España no sólo en mis recuerdos, sino también en mis estudios, en la comunión diaria con tantos admirables escritores, historiadores, novelistas, poetas, y, ¿por qué no decirlo?, hasta filólogos y críticos serios, ya que á pesar de cuantos niegan á España la posibilidad de lucirse en los trabajos de erudición, tengo para mí que cualquier nación puede justamente enorgullecerse con nombres como el de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Sí, á España la amo y admiro, á la vez que á Francia tributo el cariño filial más profundo, más ardiente, y el mayor agradecimiento por haber hecho de mí, merced á sus obras más excelsas, un nieto de la Grecia antigua, amante de la luz, de la hermosura y de la libertad. Por eso quisiera yo de todo corazón que la aproximación y la cordialidad existente entre mis dos patrias se haga cada día más estrecha, y que los españoles conociesen más bien á los franceses y éstos á los españoles; tan sólo dura y perdura lo que nace de la comunión voluntaria de las almas, y tengo el convencimiento de que la base

más sólida en que puedan reposar las corrientes de simpatía es la intelectualidad.

Estudiemos, pues, las obras de España, y para entenderlas mejor demos á la insuperable lengua de Cervantes el rango á que tiene derecho, organizando más práctica y lógicamente su enseñanza en nuestras Universidades y en nuestros Institutos ó Liceos...

¡Ojalá haya conseguido interesaros hoy y lo consiga en las Conferencias sucesivas que llevo el propósito de hacer, el curso próximo, sobre la lengua y la literatura castellana! Por mi parte he de hacer cuanto esté al alcance de mi inteligencia; y como quiera que nadie me obligaba á aceptar tarea que sin duda alguna requiere preparación larga, más tiempo del que yo le puedo dedicar y un talento en mucho superior al mío, diré lo que los nobles medioevales de España decían al acometer una empresa:—Si salgo bien della, Dios me lo premie; y si salgo mal, Él me lo demande.

JULIO LABORDE

EL SIGLO DE LOS MARIMACHOS

Decía Ernesto Renan que el siglo XIX pasaría á la posteridad como uno de los más *divertidos* de la Historia, y yo, parodiando al gran exégeta, me atrevo á afirmar que este siglo XX será conocido algún día con el nombre de siglo de lo *grotesco*. No hay contradicción, paradoja ó extravagancia que no tenga copiosos cultivadores y panegiristas.

Unos cuantos pseudo-filósofos han proclamado la *bancarrota* del Cristianismo, sosteniendo que aquí abajo lo único sensato es vivir tumbados á la bartola en el surco de la sensualidad y la holganza, como cualquier cerdo de Epicuro. Otros han dado honores de verdad dogmática al fatalismo heleno y oriental, pregonando á cuatro vientos que no existe libertad ni responsabilidad, por tanto, y que el hombre es como una veleta sacudida acá y acullá por todos los huracanes del instinto, y á merced de la tiranía de las leyes fisiológicas.

Algunos, con objeto de evitarse el trabajo de luchar para vivir, han delegado en el Estado todas sus facultades y deberes, haciendo de él algo más que el órgano de la justicia: el dispensador del bien, el racionero, el pedagogo y el comadrón universal.

También existe un buen número de hombres que, creyendo el progreso parte de un programa de juegos olímpicos, se dedican á correr vertiginosamente, atropellando á sus semejantes, olvidando, como dice Tolstoi, que el caminar con rapidez

en automóviles y bicicletas no constituye una función esencial de la vida.

Y, por fin, existen unos seres privilegiados y singulares (salidos, á no dudar, de todas y cada una de las partes del cuerpo de Brahma), llamados *sociólogos*, que entre otros empeños tienen el muy original de enmendar la plana á la Naturaleza, otorgando á la mujer iguales derechos que al hombre.

Ya no es sólo Cupido quien levanta tempestades bajo los blondos cabellos y los artísticos corsés; es un Jano nuevo, que tira á dos *naturas*, como diría el rey sabio, el promotor de esta revolución del feminismo, que hará (si Dios no lo remedia) de nuestras bellas compañeras unos seres incatalogables en los casilleros de la Zoología.

Y no es lo peor que el hombre sople esos vientos de fronda en el minúsculo cerebro de las mujeres; lo peor es que á esos vientos de discordia responden con gritos de guerra las *amazonas* capiti-disminuídas, las *tribaditas* (perdón por el tecnicismo, pero en castellano es difícil calificar ciertos *oficios* de repostería amorosa), las *célibes* (bien á pesar suyo) que se dieron á las letras porque no encontraron hombres que las tomaran para fines más vulgares, los *marimachos*, en una palabra, que tienen lo peor de ambos sexos, sin atesorar las bellezas de ninguno, pues encarnan del hombre la petulancia y la dureza, sin poseer el vigor mental y físico; y de la mujer, la *logorrea*, la *vacuidad* y la frivolidad, sin reunir su gracia, su adorable ligereza y su hermosura.

Todo está perdido (lo digo muy en serio) en una sociedad cuando la manía de los reformadores pone mano en las esencias de las cosas, pretendiendo sacar de quicio el buen sentido, desfigurar la realidad, violentar las leyes naturales, trocar en chalecos los corpiños, y en seres huraños, sabihondos y egolátricos á las representantes de ese sexo que nació tan sólo para amenizar la vida con sus hechizos y educar el corazón de las generaciones con el gran instrumento pedagógico de la ternura y el amor.

Libre es el hombre de hacer cuantos disparates se le antojen en orden á lo que hemos dado en llamar transformación de la materia; libre es (y harto abusa de su libertad) para empolvar los campos y las calles con el rodar de sus antiestéticos automóviles; libre es de tiznar y cubrir de roña el recinto de las grandes urbes con las emanaciones de sus fábricas, y atornar nuestros oídos con el estrépito de los artefactos industriales; libre es para reglamentar la prostitución, aunque sería más justo y sincero proclamando la poligamia (pues la prostitución es una poligamia vergonzante); libre es de seducir á la mujer, de corromper su alma y á menudo manchar su cuerpo con las heces de su lujuria; pero, por Dios, no toque al sexo, no trate de adulterar la substancia fundamental de los seres; que una substancia adulterada pierde toda *substancia*. Déjenos la mujer íntegra y sana, sin ribetes de erudita ni ínfulas de pseudo-sabia, sin letras ni ciencias (que huelgan para el cumplimiento de funciones orgánicas) ó con las menos posibles, sin adornos de pedagogía novísima; pero con el fruto sabroso de su sensualidad ardiente, con sus bellos lineamientos, su encantadora coquetería, su sano sentido de la realidad y su ciencia doméstica, más útil, trascendental y redentora para el porvenir de la especie que las novelas de Jorge Sand, los acrobatismos pseudo científicos de madame Severine y las masturbaciones cerebrales de Gracia Deledda y Carolina Invernizio.

Cuando en una mujer se dan, por caso fortuito, el vigor analítico del varón con la sensibilidad delicada de la hembra; cuando, por poco frecuente que el fenómeno sea, la mujer reúne en sí la potencia intelectual en su más alto grado y la tierna efusión cordial en su expansión más generosa, recordamos la frase del naturalista Buffon: «La Naturaleza revela en los monstruos sus mejores secretos». Pero los monstruos de talento y sensibilidad, las grandes mujeres Proteos, como Teresa de Cepeda y Concepción Arenal, que fueron al par santas y sabias, hombres superiores por el cerebro, mujeres admirables por el corazón, no llegan á media docena en la Historia.

E. M.—*Noviembre 1907.*

Lo frecuente es lo contrario: mujeres que de niñas juegan á *madres* con las muñecas, y coquetean después con muñecos, *pero vivos*; se casan, paren como conejas, cosen como máquinas, rezan como autómatas y nos quieren con santa impetuosidad y celos santos; de viudas, están deseando reincidir en el dulce pecado, por aquello de que más vale casarse que arder; y de viejas, empuñan el rosario y se mueren como unas benditas, rodeadas de sus nietos, é implorando para todos nosotros la absolución ó misericordia de Dios.

Esto es lo frecuente y lo humano, lo verdaderamente femenino y natural. ¡Lejos de mí las solteronas híbridas ó los lirios marchitos por precoces y eróticas lecturas, las vírgenes cloróticas de D'Annunzio, las graves y necias doctoras-indoctas, que hablan y escriben de *omni re*, mientras se quema el guisado en la cocina! ¡Lejos de mí las *librepensadoras*, que se burlan del sentimiento religioso y de Dios y del Estado, y llaman tirano al hombre porque no supieron hacerse amar de él! ¡Lejos de mí las contrahechas, los viragos, los marimachos de alquiler! ¡Venga á mí la hembra dulce y piadosa, que cree, con intrépida ceguera, en el cielo y en su marido; que canta hasta enronquecer y ama con la santa voluptuosidad del amor honesto; que hace de la alcoba santuario, de la antesala altar, del despacho taller y de la cocina academia; que, sin haber leído á Rousseau ni Pestalozzi, sabe educar á sus hijos en el culto al honor, á la desgracia y á la patria; que condensa su ciencia toda en hacerse amable y en enseñar á amar á los suyos! Pues, como dijo el gran poeta leonés,

De esta breve vida en la jornada,
el que no sabe amar, no sabe nada.

¡Tiempos de feminismo! No hay tiranía mayor que la de los *ismos*, desde el radicalismo, que es la tiranía ejercida en nombre de la libertad, hasta el feminismo, que es la tiranización ejercida sobre las leyes naturales que fundamentan psíquicamente á cada sexo. Pero examinemos los fundamentos

del feminismo, siquiera sea á la ligera y con la menor gravedad posible, porque difícilmente puede conservarse la seriedad que impone la dialéctica cuando se glosa ó analiza lo esencialmente ridículo.

Conozco muchas hembras, no pocas señoras y señoritas, algunas damas, unos cuantos marimachos y mayor número, por fortuna, de mujeres. Y como la creación del *marimacho* es el ideal que persigue el feminismo *radical*, y este marimacho, que tira más á natura de varón que de mujer, como diría Alfonso X, es cosa en sí grotesca, sólo en broma puede ser tratada. El Sr. González Blanco ha combatido hábilmente y con escrupulosidad las pretensiones del llamado feminismo. Yo voy á limitarme á reir un poco con los lectores que piensen como yo (que serán los más) de esta manifestación patológica, de este sarampión á flor de piel, inofensivo por el pronto, pero molesto, en pruritos de picazón, que le ha salido al cuerpo social, y del que ofrecen huellas mórbidas en la ciencia y el arte los delirios novelescos de Jorge Sand, las brutales impiedades de Clemence Royer, los iconoclastismos de madame Severine y las monstruosas creaciones del teatro de Ibsen que se llaman *Nora* y *Hedda Gabler*.

Hablemos, pues, de las excrecencias de ese sexo llamado bello, que dejaría de serlo cuando fuera grave y sabio, como dejaría de ser humano, gracioso y atrayente cuando se hiciera híbrido é infecundo. Comienzo por declarar que me *revientan* las *heroínas*, las *vengadoras*, las *eruditas de acarreo*, las *doctoras en amor y pensamiento libres*; en una palabra, todas las que salen del *tiesto*. Esta declaración mía no valdría nada, (por ser mía) si no fuera un corolario de aquel principio filosófico y de buen sentido de que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. La mujer ha sido construída física y psíquicamente para amar y ser amada, no para odiar. Catalina II de Rusia, mujer de la que decía Voltaire «que tenía el cielo en los ojos y el infierno en el corazón», mujer ilustrada y buena (aunque algo ligera de cascos y dadivosa de sus gracias),

que hizo la felicidad de los rusos con sus reformas, me parece más humana partiendo su regio lecho con un kalmuko, que la heroína Juana de Arco degollando ingleses. Lucila Desmoulins acompañando al patíbulo á su esposo para morir á su lado, me parece más noble y heroica que María Pita matando sajones en el asalto de la Coruña y la condesa de Bureta disparando su fusil en el Coso de Zaragoza sobre los granaderos de Lefebre. Y por de contado que admiro á D.^a María de Molina y la reina Victoria más que á Isabel I de Inglaterra y Carlota Corday. Y si se me aprieta un poco, diré que encuentro más natural á cierta simpática reina española que prodigó sus favores, á menudo acompañados de bondades sin tasa, á sus súbditos, que aquella heroína romana que se dejó violar... y se mató después para no sobrevivir á su deshonra.

Algunas feministas conozco que lo son por eso... por no haber encontrado en su camino romanos desaprensivos... y vigorosos.

Pero comprendo que estoy saliéndome de la materia y generalizando sin lógica, lo cual no es de extrañar, estudiando como estudio una cuestión que representa el viceversa de la lógica natural. La mujer que mata, la rebelde ó jacobina que perora en la tribuna, la que discute de *omni re*, la que induce y deduce, la que glosa artículos del Código y, sobre todo, la que predica la guerra al hombre, son insoportables. ¿Concebís algo más grotesco que una mujer haciendo la apología de la castidad? Enhorabuena que algunos hombres la hagan, porque les conviene, ya que en amor quien más pone más pierde, y el hombre lo pone casi todo. ¡Pero la mujer casta! Si hay alguna de corazón, que alce el dedo. Una cosa son las virtudes prácticas de honestidad natural, y otra el sano instinto orgánico. La mujer ha nacido para amar al hombre, porque representa lo que el filósofo alemán llamó el genio de la especie. El Cristianismo reglamentó sabiamente la pasión, dignificando el matrimonio con la monogamia, pero la castidad la recomendó

como máxima de perfección evangélica. Demasiado sabía el Hijo de Dios que el reino de la castidad no era de este mundo. Y si alguna duda le cupiera, hubiérale bastado contemplar á las mujeres de Palestina, intrépidas luchadoras de amor, que parían como conejas. La mujer casta lo es muy á pesar suyo (salvo alguna que otra excelsa excepción de mujeres extraordinarias, cuya atrofia sexual es consecuencia del espléndido desarrollo de los órganos intelectuales). Para mí es indudable que el sexto mandamiento de la ley de Dios debió pronunciarlo Moisés en voz muy baja, pues los hebreos, y sobre todo las hebreas, no le hicieron el menor caso. Verdad es que lo propio viene ocurriendo con los otros mandamientos, y que el hombre reniega de Dios y de su padre, y roba, estupra, miente y mata, y creo que seguirá haciéndolo hasta la consumación de los siglos, porque tiene más de bestia que de ángel, por lo que el Cristianismo es manjar hartado delicado para que puedan asimilarlo bien su economía moral y orgánica.

Pero se me objetará: «¿Es preciso que todas las mujeres sean madres y no tengan otra misión que la de parir y educar la prole?» Contesto: «Preciso no es, y hasta sería conveniente (de ser posible) que algunas se abstuvieran de dar á luz ciertos seres, que más se asemejan al mico y al oso que al hombre; pero sí es preciso que todas amen, para cumplir su misión, que no es otra que amar». Y al hablar de amor no me refiero sólo al amor legal, ni al de *encrucijada*. El amar es algo más que cohabitar y ayuntarse: amar es enjugar lágrimas de la desgracia, velar enfermos, socorrer infortunios, compartir con amigos dolores y dichas, sentir y soportar la humana flaqueza, darse en *espíritu* á los que sufren, como lo hacen esas admirables siervas de San Vicente (calumniadas cobardemente por una prensa tabernaria), tres veces más respetables, á mi juicio, que las madres de familia, porque el parir es acto involuntario, pero el exponer la propia vida por salvar la del prójimo, el respirar atmósferas de muerte en el hospital y el campamento por arrancar presas á la muerte misma, eso es voluntario,

tan voluntario como difícil, y tan difícil como sublime, meritorio y heroico. Si me dieran el encargo de establecer las categorías ó jerarquías femeninas en orden al valor psicológico, las formaría del modo siguiente:

Aristocracia. — 1.^a, la hermana de San Vicente de Paúl; 2.^a, la mujer soltera que mantiene á los suyos con el producto de su trabajo honrado; y 3.^a, la madre de familia.

Mesocracia.—1.^a, la mujer que se da por amor; 2.^a, la que se vende por hambre; y 3.^a, la que se alquila por codicia.

En la jerarquía de la vulgaridad (también hay clases de vulgo) pondría: 1.^a, la mojigata que se da á Dios por mediación del cura; 2.^a, la que no se da á nadie por amor á sí misma; y 3.^a, la que no se da á nadie porque nadie la toma.

La última jerarquía es la de lo grotesco, y la formaría de este modo: 1.^a, el marimacho *radical* (escritoras anarquistas, antimilitaristas, partidarias del voto y de la igualdad de derechos); 2.^a, el marimacho incrédulo ó *librepensador* (tomando esta palabreja en el sentido usual), forma la más aguda y patológica del llamado *feminismo*.

Estas cuatro categorías pueden reducirse á tres, parecidas á las que creó el ingenioso novelista Alfonso Karr al ocuparse de los hombres que hablan mal de las mujeres. Decía el ilustre escritor que aquéllos eran: 1.º, los que *no las aman*; 2.º, los que *las aman demasiado*; y 3.º, los que *no han sido amados de ellas*. Otro tanto digo de las feministas, á pesar de que conozco algunas que *aman como escriben, rápidamente, radicalmente, brutalmente*, al modo de las revoluciones legislativas preconizadas por D. Antonio Maura. Sobre todo, las más de las *feministas* del grupo *iconoclasta*, que hacen alarde y gala de no creer en Dios, están siempre dispuestas á darse al diablo, ó sea al hombre.

Y ahora hablemos seriamente un poco. ¿Qué aspiraciones tiene el feminismo? Ni sus mismos defensores y apologistas lo saben. La igualdad absoluta es absurda. El hombre y la mujer son seres desiguales, y la justicia pide que sean tratados des-

igualmente. De lo contrario había que dar á la mujer el derecho de votar, por ejemplo, y exigirla que pagase la llamada contribución de sangre. Y ¡quién sabe: acaso el triunfo del derecho internacional y la abolición de la guerra vendrían por ahí! ¿Qué soldado no caería desarmado ante una bella de cualquier parte del mundo? ¡Perdón, lector! Prometí hablar un poco en serio, y estoy infringiendo mi promesa. No tengo la culpa. La tiene la *tesis* misma sobre que escribo, que es de por sí risible y cómica. Decía que la igualdad absoluta era utópica, y digo ahora que la igualdad proporcional es razonable. Que la mujer no se ejercite en faenas rudas, reñidas con su debilidad muscular; que *soltera*, se la respete (llegando si es preciso á elevar á delito todo acto de procacidad ó falta al pudor); *casada*, se la guarde fidelidad (el adulterio del varón, en pura tesis moral, es igual al de la mujer); y *madre* de familia, se la venera; que sus bienes se pongan á cubierto de la rapacidad y la codicia (pues, como decía el ilustre Comas, la mujer en la sociedad matrimonial debe tener el carácter de socia privilegiada; sus bienes han de reservarse como en un puerto seguro, para prevenir los días de adversidad, al paso que los del varón constituirán el fondo activo y permanente de la especulación y el tráfico); que se la dé la intervención que en justicia debía tener en las cuestiones sociales, cuando su inteligencia pruebe la aptitud suficiente (la extensión de un derecho tiene por medida la idoneidad para ejercerlo, ha dicho no recuerdo quién, pues cito siempre de memoria); todas estas y otras ventajas que la lógica reclame y la necesidad pida, me parecen equitativas y útiles. Concepción Arenal (una mujer que valía por una generación de hombres) lo reconoce.

Pero esto no es *feminismo*. El propio John Stuart Mill, á quien muchas marisabidillas pedantes nombran como uno de los verbos de su doctrina y paladines de su pretendida emancipación, es contrario á ésta. «La esfera del hogar — dice — es tan extensa, y tan múltiples los deberes y cualidades que presupone, que la mujer no necesita repartir su actividad por

otros caminos.» Y tiene razón sobrada el ilustre utilitario, pues la mujer que educa bien en el orden sentimental y volitivo á sus hijos, hace más por la patria que todos los legisladores juntos.

Si alguna mujer, por caso fortuito, surge con facultades suficientes á regir un pueblo, á ser tutora de colectividades, justo será que las leyes, y más que éstas la sociedad y la opinión, la lleven al lugar que de derecho le corresponde.

La culta sociedad del Ateneo de Madrid ha nombrado recientemente presidente de la sección de Literatura del Ateneo á mi ilustre amiga y protectora D.^a Emilia Pardo Bazán, mujer Proteo que ha cultivado con singular aptitud casi todas las disciplinas del arte literario, y cuya labor, en su mayoría delicada y genial algunas veces, pasa de cuarenta volúmenes. ¿Qué perdería la cultura española con que la insigne gallega regentara el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes? ¿Acaso son más capaces que ella los que antes y ahora desempeñaron el cargo?

Pero Emilia Pardo Bazán es única por hoy. La matriz que produce los genios de uno y otro sexo, agotada por el esfuerzo que emplea en concebirlos, se arruga y seca por largo tiempo.

Las más de las mujeres hacen consistir su fuerza *política* en la propia belleza, cuando no en el chismorreo y la intriguilla. La mujer es el animal menos político de la creación, á pesar de ser el más astuto y ladino. La razón es porque lo que le sobra de sagacidad le falta de serenidad, de tacto, de constancia. De las tres llamadas facultades del alma, la mujer tiene cuasi atrofiada la última (la voluntad). Y ésta es la que hace y forma á los grandes estadistas. La mujer es más instintiva que intelectual, más *emotiva* (como ahora se dice) que sentimental, más impulsiva que autónoma.

Cerebro minúsculo coronando un almacén de nervios enredados y mal regidos, trozo de materia graciosamente amasado al servicio de los fines de la reproducción, la mujer está re-

velando por su misma fábrica anatómica y su pobreza ideal que no ha nacido para otra cosa que para esposa y madre. Y esto no es poco.

¡Ojalá supieran todas ser madres por entero en el doble aspecto físico y tutelar! ¡Ojalá supieran todas formar hombres, ya que con harta frecuencia sólo dan vida y forman engendros! La mujer no ha nacido para ser libre, y mucho menos en el sentido que el feminismo pregona. La fuerza de la mujer está en seguir siendo *esclava* para el *derecho público* y en reservar su señorío para el privado. No hay estadista, desde Licurgo á Maura, que después de legislar para todo un pueblo desde su bufete no se haya visto obligado á delegar en su cónyuge todas las facultades legislativas en el estado doméstico y caer de rodillas ante el menor de sus caprichos.

¡Venir del foro, del Parlamento ó la clínica, con el cerebro abrumado de ideas y logomaquias ó la retina impresionada con trágicas visiones; venir de allí acaso lacerado el espíritu por el dolo y la maldad ajena; llegar á nuestro hogar sedientos de sinceridad, de amor humano, de frescos besos, y encontrarse en lugar de la mujer apasionada y mimosa á un engendro presumido y grave, que discute la última novela de D'Annunzio, la tercer partida del arancel de alcoholes, el proyecto de reforma del Código ó los últimos progresos de la electroterapia, es tortura que sólo los mansos ó imbéciles pueden sufrir sin detrimento de su orgánico equilibrio! Y es que no hay nada tan insoportable como una *mujer* empeñada en no *parecerlo*. Prohudon decía: «El día que el legislador conceda á mi mujer el derecho de votar, ese será el día de mi divorcio». Yo diría más: el día que mi mujer aspire á sabia me venceré de que debo ser tonto y pediré el divorcio, fundándome en haber infringido con mi matrimonio las leyes de la lógica y el buen sentido. Pienso, como Angel Ganivet, que el ideal de todo hombre inteligente debe ser unirse á una mujer proletaria.

Se me objetará: ¿y la diferencia de educación? ¡Ah, el amor

es gran pedagogo! La mujer más zafia del mundo es capaz de hacer feliz á un sabio sólo con quererlo con amor humano. Los hombres inteligentes son muy fáciles de contentar. No piden al otro sexo sino aquello que el sexo puede darles. ¿No fué Sócrates feliz con Xantipa, á pesar del genio endemoniado y neurótico de ésta? ¿No se amaban tiernamente? Para la dicha conyugal basta que un cónyuge comprenda al otro, y comprendiéndolo (que es más que amarlo) lo perdone. La mujer ideal en que sueña el feminismo la ha retratado vigorosamente en dos de sus dramas el genio selvático y subyugador de Enrique Ibsen. La *Nora* de la *Casa de muñecas* es un *marimacho* presuntuoso, como algunos de los que hoy padecemos, que cree que la grandeza femenina está en la expansión de su individualidad, mejor que en la abnegación y el culto al hogar y la familia, y abandona á su marido é hijos so pretexto de que no están ni ella ni su cónyuge suficientemente transformados para hacer verdadero matrimonio.

Edda Gabler es una infeliz neurótica tocada de delirio de grandezas, una *librepensadora* que reniega de Dios, se mofa del deber, é, incapaz de vivir con dignidad, cree, con el Dante, que un bello morir honra una vida, y no encuentra otro medio más bello de rehabilitación por la muerte que saltarse de un pistoletazo la tapa de los sesos.

En buen hora que Ibsen (cuyo genio artístico admiro) exaltara el individualismo del varón afirmando en *El enemigo del pueblo* «que el más fuerte es el que está más solo»; pero esa tesis (muy discutible por lo demás) es absurda con aplicación á la mujer. La mujer más fuerte es la que sabe hacerse amar mejor y sobre los delirios y excentricidades de una emancipación *contra natura* pone los santos deberes de maternidad.

No hay ni puede haber grandeza en tratar de burlar las leyes naturales. La verdadera grandeza está en seguirlas, en rendirlas culto, en sacrificar la individualidad que *pasa* á la especie que queda, lo contingente á lo eterno. De sobra sé que el matrimonio, unas veces por incompatibilidad orgánica, otras

por disconformidad moral, suele convertirse para algunos casados en dogal que oprime y asfixia, lejos de ser, como debiera, vínculo y amorosa piña de solidaridad y auxilio mutuo.

La cosa es lógica. Nos dan por esposas seres vanidosos y pródigos, educados para la molicie ó la frivolidad, incapaces para el trabajo, inadaptables á un régimen de sana sobriedad que á veces ni aun saben ser madres, pues entregan sus hijos á pechos mercenarios y tutelas extrañas por pagar tributo á eso que llaman *buen tono* y que no es á menudo otra cosa que una rutina *bárbara* elevada á precepto social por la estolidez ambiente.

Nos casamos sin conocer bien á nuestras esposas, y viceversa. ¿Cómo puede amarse bien lo que no se conoce, y menos por tanto podrá comprenderse? Hay en las relaciones anteriores al conyugio un mutuo escamoteo de almas y de cuerpos, mantenido por un falso pudor.

Tomás Moro decía: «El hombre tiene derecho á examinar y reconocer el caballo que compra, y no lo tiene para hacer lo propio con un sér que ha de vivir con él toda la vida.» Y lo que el insigne autor de *Utopia* dice del hombre, es igualmente aplicable á la mujer. Las leyes tienen el deber de velar por la pureza de los conyugios, y han de procurar impedir que el vicio y la pobreza fisiológica se ayunten para engendrar, bajo el pabellón del sacramento y el contrato, una prole infeliz que viene de antemano condenada al vencimiento por los gérmenes de morbosidad transmitidos al darle vida por sus causahabientes. Formar hombres, dice un pensador, es quizá el único medio de devolver á los Estados su perdida grandeza. Inspeccionar y fiscalizar el matrimonio físico es no sólo un deber higiénico, sino un deber patriótico. El *parasitismo* que roe y consume la vida nacional viene de ahí. Se procrean seres encenques y desprovistos de vigor para la lucha, y luego los autores de esas vidas (responsables del aniquilamiento y pobreza de la raza) ponen el grito en el cielo implorando del Estado piedad para sus canijos descendientes; como si el Estado

fuera un cuartel de inválidos, y su misión la de asegurar las vidas de los abortos del vicio con detrimento de la especie sana, que pelea valerosamente por su propio derecho y bienestar, que forma parte del derecho y bienestar sociales.

Un materialismo grosero ha hecho del matrimonio moderno tan sólo una sociedad para los *bienes* y su disfrute: de ahí que las clases medias, careciendo de esos bienes y viviendo de precarios destinos, se consuman en un *celibatismo* enervador, que las madres de familia inconscientemente fomentan presentando á sus hijas ante el mundo con todos los *atavíos* de la *riqueza* y ninguna de las virtudes de sobriedad y trabajo que hacen tolerable la existencia en la mediocridad.

A hombres y mujeres corresponde toda la culpa (que reparten por mitad) del descrédito del matrimonio y de los progresos del feminismo. Ya no se lucha por conquistar á la mujer como en las tribus primitivas, cuyas costumbres describe con tan maravillosa claridad el insigne Spencer: luchan ya las mujeres por la conquista del hombre y hasta por su compra. Tagliani hace tiempo lo decía, y en nuestros días lo ha expresado con gran elocuencia Nordau. Las ricas consiguen su deseo; las bellas lo alcanzan también, aunque con menos frecuencia; pero las humildes, las no agraciadas, sucumben en legión, para ir después á engrosar los burdeles ó las filas del feminismo. Los remedios que podían atajar este daño son de orden moral, y no están ni caben en la farmacopea legislativa del Estado.

El Estado reglamenta jurídica y económicamente el matrimonio como uno de tantos contratos. ¿Qué le importa á él que los cónyuges hagan permuta ó compraventa? Es la autarquía individual la única eficaz á curar la dolencia, y esta autarquía no parece por parte alguna. En el matrimonio, la fuerza mayor está en la simpatía psico-física de los cónyuges. Ante ella deben callar los intereses y convencionalismos sociales. Los hijos del amor sano son bellos y fuertes; los del interés, degenerados y entecos. Una sangre rica en glóbulos puede conquistar más tarde el oro; pero el oro por sí solo no puede dar una

sangre generosa. La obra del matrimonio es la creación y la educación. La primera es resultado de la salud, la segunda del consejo, y ninguna de las dos se produce con la riqueza.

Dignificado é higienizado, por decirlo así, el matrimonio, rotas las trabas y anuladas las preocupaciones que embarazan su desarrollo, el feminismo se acabaría ó quedaría reducido á la estéril garrulería de unos cuantos seres teratológicos ó andróginos, dignos de compasión. Mientras esto no se haga, seguiremos escuchando el grito de rebeldía de las menospreciadas, de las marisabidillas; grito que, aunque ridículo por su lema y sus aspiraciones, es en el fondo una acusación justísima, una protesta enérgica contra el egoísmo ó cobardía del sexo fuerte, que en lugar de cumplir su misión, que es la de servir á la debilidad de escudo, la menosprecia y abandona, dejándola á merced de las asechanzas de la pública lascivia y de las tiranías del medio.

Recuerdo que hace algunos años asistí á una especie de asamblea de *sastras* ó *pantalonerías* celebrada en cierta populosa é industrial ciudad de la Península.

Habíanse reunido para tratar de ponerse de acuerdo á fin de mejorar su situación y salario, poniendo dique á la explotación de que eran víctimas por parte de los oligarcas del trabajo. Creo inútil decir que se pronunciaron fogosas arengas, se habló de huelga, represalias, etc., y hasta hubo un marimacho que propuso se extendiera la protesta á las *amas de cría*, las cuales debían negarse á lactar hijos de burgueses por el hecho de ser hijos de *explotadores*, que más tarde las explotarian también. Sólo una mujer de buen sentido dejó oír la voz de la justicia en aquel tempestuoso congreso feminista. Aquella mujer dijo: «En vista de que se nos pagan los pantalones que cosemos á menos precio del que vale nuestro trabajo, voto por que nos dediquemos á otra cosa hasta tanto que los propietarios de los pantalones *sepan llevarlos con dignidad* y no exploten á débiles mujeres».

En resumen, y para no cansar más al bondadoso lector

que me cupiera en suerte, la *protección á la mujer*, tanto más *intensa y eficaz* cuanto mayor sea su *debilidad y desamparo*, es un deber de los individuos y del Estado (deber cristiano y cívico á la par). El seductor, el sátiro, el lascivo, son una roña social de que hay que limpiarse por decoro colectivo. Don Juan Tenorio está bien en la leyenda y en el drama; pero estaría mejor en la *cárcel*.

Si la protección á la mujer es un deber, su pretendida emancipación es una ridiculez y además un absurdo.

Pensaba el tan manoseado Nietzsche (y en esto pensaba quizá bien) «que la mujer (la corriente) ha descargado sobre el varón los cuidados más graves, reservándose ella los más gratos ó sencillos y quedando siempre en simpática actitud de víctima». Pues bien: nosotros los hombres nos dejamos engañar de buen grado por una tan graciosa criatura; aceptamos hasta con gozo las cláusulas de un contrato verdaderamente *leonino*, en que soportamos los más de los riesgos y trabajos á cambio no más de una ventaja: la de tener á nuestro lado un sér sencillo, ingenuo y cariñoso, que pone sus frescos labios sobre las crueles heridas que recibimos en la lucha diaria; que cuida de nuestra salud, nuestra ropa y nuestra comida; y que ya que no nos ayude á llevar la cruz á medias por el áspero camino del Calvario de la vida, nos consuele y fortalezca con sus besos y caricias y nos enjугue la sudorosa frente con aquel lienzo de piedad con que enjugo la divina frente del Redentor la bella pecadora Magdalena.

PASCUAL SANTACRUZ

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

V. BLASCO IBÁÑEZ: «EN LA SOMBRA DE LA CATEDRAL»

(Con este título, que es con el que se ha traducido al francés la novela *La catedral*, de Blasco Ibáñez, encontramos en la *Revue Bleue* el siguiente artículo de crítica, que firma Lucien Maury.)

Es una sombra funesta... Rabelais aseguraba que, en su tiempo, hasta la sombra de los campanarios de los conventos era fecunda: fecunda lo es quizás también la sombra á que aquí aludimos, en el sentido que lo entendía el gran cáustico, pero en el sentido amplio, metafórico, de la palabra; esta sombra esteriliza; en la sombra de la catedral no viven más que seres mezquinos, de cerebro anémico, incapaces de iniciativa, de audacia, de pensamiento libre; en esta sombra, que no es una penumbra, sino una noche terriblemente opaca, tales gentes perpetúan antiquísimas modalidades, una mentalidad, una vida, que, defendibles en el siglo xv, nos parecen hoy desprovistas de sentido... Introducid en esas tinieblas un rayo de luz, un hombre moderno, un hombre de hoy ó, mejor, de mañana entre esos supervivientes de un estado social abolido..., y se originará la revolución.

Blasco Ibáñez evoca la catedral de Toledo; describe el extraño reducido mundo que se agita en la sombra del templo

metropolitano; anota los hechos y los gestos de un revolucionario ingenuo, cuyos discursos conmueven á la somnolienta tribu de bedeles y campaneros, de sopladores de órgano y maestros de capilla; Blasco Ibáñez acomete una triple empresa: la catedral, que solicita el celo descriptivo del novelista, no le hace olvidar á éste los pobladores del claustro alto; si se detiene en relatar costumbres que se tomó el trabajo de observar con precisión, no es porque pretende sacrificar nada de los abundosos propósitos del compañero Luna. Todo se relaciona en el asunto: la catedral explica los hombres; ¡ah! ¡qué poder tienen esas piedras! ¡cuánta es la sugestión con que atemorizan ó deleitan alternativamente á las almas sencillas! ¿no veis que ese navío inanimado obra á la manera de un sér vivo? El compañero Luna ha de desenmascarar las astucias de ese monstruoso adversario...

¡Lucha apasionada! Hugo, Zola... ¡con qué prodigiosa vida hubiesen animado ese drama nuestros románticos! ¡Con qué rara psicología hubiese ilustrado las peripecias un Huysmans! Blasco Ibáñez no es, en grado alguno, un romántico; no tiene el prodigioso soplo creador de Zola; no aletean en su espíritu las curiosidades místicas de Huysmans. Ciertamente su novela no podría ser equiparada á *Notre Dame de Paris*; menos justo todavía—pese á ciertos admiradores demasiado prontos á exaltar los méritos de Blasco Ibáñez—sería compararla con la *Catedral* de Huysmans.

* * *

Blasco Ibáñez describe ampliamente la catedral de Toledo; la describe en profano; la ha visto por la mañana, por la tarde, por la noche; la ha contemplado en la irradiación de una luz esplendorosa; ha sorprendido los aspectos más fugitivos de aquella nave, de aquellas vidrieras, de aquellas torres; sabe con qué preciosos tintes se revisten aquellas piedras al amanecer y á las indecisas luces de los atardeceres; con los serenos, ha contado las horas nocturnas bajo las bóvedas sombrías. Y Blasco Ibáñez enumera concienzudamente las puertas, las ca-

pillas, los pilares, las estatuas, los bajorrelieves, los altares; deplora que una oleada de horribles construcciones asalte los solemnes muros, y piensa con melancolía en la orgullosa belleza de otras catedrales emancipadas de humillantes vecindades; piensa también en esas habitaciones de los países orientales, sórdidas y miserables por fuera, todas de alabastro y de filigrana por dentro. No en vano vivieron durante siglos en Toledo los judíos y los moros. Su aversión por las suntuosidades que se exponen en público parece haber inspirado la arquitectura de este templo, ahogado entre las casas que se agolpan y se amontonan en rededor, como si tratasen de sumirse en su sombra.—Blasco Ibáñez describe la fachada principal, la puerta del Perdón, flanqueada por las puertas de la Torre y de los Notarios, cuyos arcos, de un gótico exuberante, no estaban destinados primitivamente á sostener un piso de estilo greco-romano, una Cena en alto relieve, de discordante efecto, dos galerías italianas... Blasco Ibáñez se lamenta de esto. La riqueza de la iglesia ha sido un mal para el arte. En una catedral pobre se hubiera conservado la unidad de la fachada primitiva. Pero cuando los arzobispos de Toledo poseían once millones de renta, y el Capítulo poseía otros tantos, no se sabía ya en qué emplear todo aquel dinero, y entonces se emprendían trabajos, se hacían reconstrucciones, y el arte, en decadencia, engendraba horrores como esa Cena. En el tercer piso, un rosetón, sobre el que se extiende una balaustrada sinuosa entre dos masas salientes, la torre y la capilla muzárabe...

Blasco Ibáñez describe la catedral de Toledo; la describe en profano; no hay ninguna de esas precisiones técnicas á las que nos ha acostumbrado un siglo de literatura descriptiva; Blasco Ibáñez desprecia esa erudición de pacotilla que tantos novelistas toman apresuradamente de los manuales; no le censuramos por ello; lamentamos, sin embargo, que no tenga un conocimiento más profundo de la arquitectura y del arte de la Edad Media; de tenerlo, su descripción hubiera ganado en exactitud y en relieve, y tal vez hubiese negado con menos

E. M.—*Noviembre 1907.*

aplomo la fecundidad del sentimiento religioso en los siglos de fe católica...

¿Es bella la catedral de Toledo? A la verdad, no estoy seguro de ello. Blasco Ibáñez me permite la duda. ¿Acaso tiene una opinión sobre el asunto el mismo Blasco Ibáñez? ¡Qué tío admirador! ¡Qué descriptor tan indiferente! Y si no ha experimentado el involuntario estremecimiento que producen las obras maestras del arte, ¿qué emoción ha de animar sus descripciones? No las anima emoción alguna; son descripciones objetivas, secas y, sobre todo, superficiales. Blasco Ibáñez no se entusiasma sino cuando abandona el dominio del arte humano para expresar los encantos de un jardín florido.

(Aquí el crítico de la obra de Blasco Ibáñez transcribe de la traducción francesa la descripción que el novelista hace del jardín de la catedral, y sigue diciendo:)

Este jardín, contiguo á la catedral y encerrado en el cuadrilátero del claustro, es un delicioso jardín; los más humildes habitantes del claustro alto son sensibles al triste encanto de aquellas flores descoloridas y de aquella atmósfera de paz religiosa. ¿Serían insensibles á la poesía de una suntuosa arquitectura? Esta poesía huelga en el libro de Blasco Ibáñez: su catedral carece de misterio; no inspira ni temores ni amores excesivos. ¡Ah! Esta catedral no tiene alma, no *vive*. Y he aquí el gran defecto de este libro: esta embarazosa catedral no toma parte en el drama que Blasco Ibáñez quiere contar; el mismo drama, apenas entrevisto, se desvanece; queda una especie de guía impersonal y fría: pesadas disertaciones históricas—historia de la catedral, historia de los arzobispos, listas de los dones y privilegios concedidos al templo en el transcurso de los siglos—y un cuadro vivo y franco, pero entrecortado, desperdigado, de costumbres populares.

*
* *

Y aquí es en donde el arte de Blasco Ibáñez, impotente y sumario en el marco de un vasto asunto, recobra sus fueros.

¡Qué dotes de observación rápida y justa! ¡Qué trazos tan vigorosos, de palpitante realidad, aun cuando el autor se descubre, divertido unas veces, compasivo otras ó irritado también, violentamente irritado, ante el espectáculo de los sufrimientos injustos! ¡Qué cuadro tan lleno de vida el de aquel claustro alto, que aun se llama las *Claverías*, en donde vive, al nivel del tejado del templo, una población chocante! A la caída de la tarde, cuando se cerraba la escalera de la torre, aquella población se encontraba enteramente aislada de la ciudad. Era una tribu semieclesiástica que se reproducía y moría en el corazón de Toledo, sin bajar casi nunca á las calles, ligada por instinto atávico á aquella montaña de piedra blanca y trabajada como un bordado, cuyas bóvedas le servían de refugio. Vivía allí, saturada de los perfumes del incienso, y respiraba ese olor particular de moho y de hierro viejo que tienen las catedrales, sin otro horizonte que las ojivas de enfrente ó el campanario, cuya mole ocultaba un gran pedazo del cielo.

Los Luna son de padres á hijos los jardineros de la metropolitana; y si se preguntaba al padre del compañero Luna de qué época databa aquel contrato tácito que retenía á todos los suyos al servicio de los arzobispos, sonreía con aire de complacencia, y su mirada se perdía á lo lejos como si quisiera explorar la inmensidad de los tiempos. Los Luna eran tan antiguos como los fundadores de la iglesia. Los Luna mayores son jardineros; los menores no abandonan las Claverías; desempeñan oficios menudos. Esteban Luna es *silenciaro*; su sobrino Tomás, apodado el Tato, es *perrero*: el tío impone á los fieles el silencio; el sobrino echa á los perros de la iglesia; funciones descansadísimas, por extremo respetables: dignidad, seguridad... ¿Qué locura arrastra á aquel mala cabeza del Tato á ambicionar arriesgados triunfos? Tato anhela los laureles de los toreros. ¡Un Luna torero! ¡Qué decadencia! ¡Ah! Comprended el justo resentimiento de Esteban: convenientemente zurrado, el Tato aplazará sus ambiciones, satisfecho de improvisar en

la catedral desenfundadas corridas en cuanto se le señala la presencia de un perro. La intransigencia de Esteban es aprobada por Eusebio, sacristán de la capilla del Santuario, llamado el *Azul de la Virgen*, por alusión al traje azul celeste que luce los días de gran ceremonia. ¿Y quién no hace caso del asentimiento del poderoso sacristán? Su función es la mejor retribuida; goza del favor del arzobispo y del Capítulo; el Azul es envidiado, temido, respetado. ¡Cuidémonos del Azul! y no olvidemos aquel grueso cuerpo adiposo; aquella cara granujenta; aquella frente baja y arrugada, rodeada de pelos hirsutos; aquel cuello de toro, en el que la respiración difícil hacía un ruido de soplo... La misma tía Tomasa condena la desatinada insubordinación del Tato, y no por timidez. Esta tía Tomasa no es solamente el personaje más importante de las Claverías; es el único que haya sabido sustraerse á la influencia debilitante de la catedral. ¿No fué la compañera de infancia del cardenal arzobispo? Por haberse pegado muy á menudo con el niño de coro, á quien esperaba una fortuna tan extraordinaria, la animosa anciana conserva un sentimiento muy vivo de la relatividad de las grandezas humanas; ciertamente, el cardenal arzobispo no es más que un hombre, y no son sino débiles hombres aquellos imponentes canónigos, aquellos beneficiados, y también aquellos «santos» á quienes rodea la veneración popular. La tía Tomasa, que conversa familiarmente con el arzobispo, sabe muy bien habérselas con D. Antolín, viejo cura tiránico, avaro, usurero cuando la ocasión se presenta, que guarda las llaves de los claustros y rige al personal subalterno de la metropolitana... Ahora bien, la tía Tomasa aprueba á Esteban, y con ella todos los bedeles, los campaneros, los jardineros, los porta-estandartes...

¡Extraño mundo pequeño, que parece, en plena España moderna, un resto del pasado!; ¡mundo bien vivo, sin embargo!; grupo humano al que dividen las rivalidades y los odios, que sufre y que padece. De estos hombres, de estas mujeres, Blasco Ibáñez sabe la historia, que os contará largamente.

Este novelista sobresale en evocar los trabajos y las penalidades de los débiles y de los pobres; simpatiza con los humildes, con los desheredados, con los pacientes; sin adularlos, los pinta, como Gorki, con pincel fraternal; no excusa sus vicios, no absuelve á un Azul que roba el tronco de la virgen, sustrae las velas y escamotea el dinero de las misas; pero sabe que una resignación casi heroica y una sabiduría acomodaticia sostienen á los más débiles. Escuchad las confidencias del viejo guardián Fidel:

«No sé los años que hace que arrastro este maldito catarro, decía el viejo; ¡un regalo de la catedral! Los médicos me aconsejan que deje mi empleo; pero yo les contesto: «¿Quién me alimentaría?...» La paga es pequeña y el hambre es grande.»

Y Fidel prodiga los consejos á su compañero recién llegado.

«Sin duda le habrán recomendado que tenga una actitud respetuosa, que coma en la sacristía, que vaya á la galería de Locum si tuviera deseos de echar un cigarrillo. Lo mismo me dijeron cuando entré al servicio de la catedral... Todo esto es fácil de decir cuando uno es de los que duermen tranquilamente en su cama. Pero, en realidad, la única cosa esencial es abrir el ojo; y en cuanto á lo demás, se las arregla uno lo mejor que pueda para pasar la noche. Después de haber empleado el día en oír invocaciones y cánticos, en respirar los vapores del incienso, verdaderamente lo menos que uno puede hacer es concederse un poco de descanso... A esta hora Dios y los santos duermen; nuestro oficio es velar su sueño; y ¡qué diablo! no se les falta al respeto porque se permita uno algunas pequeñas libertades... Vamos, compañero, ya es de noche. Juntemos nuestras pitanzas.»

* * *

Y he aquí que de repente, entre los campaneros, los sacristanes, los bedeles, los silenciarios... reaparece Gabriel Luna, ex seminarista, ex combatiente de las bandas carlistas, refugiado en París, en donde se hizo socialista; es una lamentable

odisea la de este revolucionario escapado de Montjuich, hostigado, agotado, moribundo. Su hermano Esteban le acoge; Gabriel, reconfortado, no puede disimular su fe; las gentes de las Claverías le escuchan con gusto. Predica la emancipación, anuncia la sociedad futura... ¡La sociedad futura! ¡Ah! ¿Por qué este plazo? A los bedeles y campaneros les molesta. Una noche en que Gabriel ha asumido él solo la custodia de una imagen ricamente adornada, tres de aquéllos le asesinan para robar brillantes y rubíes: así comprendieron el Evangelio nuevo, entendiendo que su *derecho* al bienestar era lo primero y los desligaba de toda obligación moral; en vez de emanciparlos la enseñanza de Gabriel, los ha precipitado al crimen...

Este Gabriel Luna, á pesar de la imprudencia que paga con su vida, sería un personaje eminentemente simpático si— como lo habéis adivinado—fuese menos elocuente. Gabriel Luna nos expone con una fogosidad, con una verbosidad, con una ciencia imperturbable, y siempre iguales á sí mismas, la historia de la catedral de Toledo, la de los arzobispos y hasta la del Reino de España; diserta sobre la música, el comunismo, la política, la economía social; esboza conferencias de cosmografía, una declaración de fe panteísta. Sus lucubraciones son ingeniosas, brillantes, elocuentes, pero son muy á menudo de una vulgaridad satisfecha; convenid en que no era indispensable infligírnoslas todas ellas... Pero Gabriel Luna parece no ser frecuentemente sino el portavoz de Blasco Ibáñez, y recordamos que Blasco Ibáñez es ó fué diputado: ¿elocuencia electoral? Sacaríase de todos estos discursos un resumen de anticlericalismo rancio en sus violencias y su moderación, que sin duda seduciría á los liberales de ultra-Pirineos...

Y tal vez convendrá estudiar algún día en Blasco Ibáñez al político; alabaríanse sus intenciones si no fuese evidente que el político perjudica al artista. *La Catedral* lo probaría si se estuviera en el caso de dudarle. Deseemos más bien que se nos presente un nuevo motivo de trabar un conocimiento más amplio con el artista, el artista solo.

MEMORIAS DE UN HUÉRFANO

CUARTA PARTE

(CONCLUSIÓN)



Aquella fantástica imaginación, aquella loca de la casa que tantas veces me había extraviado, recobraba sus dominios; de nuevo me arrebatava á las regiones quiméricas. Pero en un instante me vi forzado á volver á las perspectivas de una realidad cruel: Blanca, la delicada Blanquita, presa de la fiebre escarlantina; su madre, atacada por la misma enfermedad después de haber cuidado á la niña durante varios días sin descanso; nuestra asistenta, huyendo asustada y declarando que á ningún precio querría subir nuestra escalera; nuestros vecinos, espantados por estos rumores, alejándose de mí como de un apestado y preguntándose si por motivos de salubridad pública no sería urgente llevarnos á un hospital. Un mozo de cuerda que ha oído á la frutera, á la portera y á las otras comadres del barrio hablar de las fiebres contagiosas, creyó hacer un acto de valor al ofrecirme sus servicios. Los pobres aman á la vida tanto como los ricos, y algunas veces más. Si se les ocurre llamar á la muerte en un momento de desesperación, en cuanto la ven aparecer, como el leñador de La Fontaine, se apresuran á pedir gracia.

Fuí á una casa en la que no se teme á la muerte, en donde se la desafía con heroica sencillez por piedad hacia el prójimo. Fuí al convento de Nuestra Señora del Buen Socorro á in-

vocar la asistencia de una de aquellas religiosas, de una de esas santas mujeres que se han desposado con la pobreza, con el sufrimiento humano. No saben ellas nada de las alegrías del mundo, no ven sino sus lágrimas y no oyen sino sus suspiros. Allí en donde algún sér doliente las reclama, acuden á rezar y trabajar: ¡nobles hijas de la caridad, humildes siervas del dolor!

Una de ellas, llamada Catalina, volvió conmigo. Estaba pálida y parecía fatigada. Acababa de realizar el día anterior una tarea penosa. Pero estas almas consagradas á las obras de beneficencia no quieren descansar en este mundo. Como el valiente Arnaud, piensan que tienen, para descansar, la eternidad entera.

Al llegar á mi casa sor Catalina se acercó á las dos enfermas, las contempló con una dulce expresión de piedad, vió en seguida lo que había de hacerse con una y otra, y se puso á la tarea.

Fuí también á buscar á los médicos más sabios, más ilustres. Llegaron sucesivamente, examinaron de prisa á mi pobre Clara y á mi pobre Blanca, dirigiéndome algunas breves preguntas. Observé con mortal ansiedad sus rostros; busqué en sus ojos, en sus gestos, un indicio de esperanza. ¡Oh Dios! ¡si pudieran decirme solamente una palabra, una sola palabra que me tranquilizase!... Todo lo que tenía, todo lo que pudiera tener un día, daríalo por semejante consuelo, toda mi vida por salvar á aquella amada mujer y á aquella querida niña. Pero nada; los médicos conservaron una expresión severa, no quisieron decir nada concreto, y se limitaron á hablar de la influencia de un aire demasiado concentrado en una habitación demasiado estrecha, y estas palabras añadieron á la intensidad de mi angustia el aguijón del remordimiento. Yo, por mi necedad, había despojado á aquellas dos criaturas de la fortuna que necesitaban. Yo las había privado de las amplias habitaciones en las que respiraban un aire sano, para obligarlas á vivir en una casa insalubre; yo las había reducido á no tener

para su servicio sino una estúpida asistente en vez de los excelentes criados que no las hubieran abandonado al verlas enfermas. No, sin duda yo no había expiado aún mi vanidad y mis errores; pero juré muy sinceramente que, si por bondad del cielo me vivían Blanca y Clara, no me dejaría arrastrar de nuevo por ninguna vana fantasía, no volvería á pensar sino en proporcionarles una existencia mejor y marcharía con paso firme y resuelto por el camino del deber.

Gracias á la actividad y á la inteligencia de su admirable enfermera, Clara y Blanca recobraron algunas fuerzas. Los médicos se atrevieron por fin á declarar que estaban fuera de peligro; pero su estado exigía aún asiduos cuidados, y la pobre hermana estaba exhausta. Quería continuar estando en pie durante todo el día, seguir velando de noche; y sus fuerzas no son ya proporcionadas á su voluntad, sus movimientos no tienen ya la misma firmeza, y á menudo cae en una silla y se duerme con profundo sueño.

La dije que sentiría que se fuera, pero que, sin embargo, tal vez fuera necesario que se marchara á descansar en su convento.

—En nuestro convento—me contestó—no somos, desgraciadamente, bastantes para atender á todas las solicitudes que se nos dirigen. Si me voy, la superiora no podrá quizás proporcionar á ustedes otra religiosa que me reemplace, y la señora y la niña, que han sido tan dulces y tan pacientes, tienen todavía necesidad de asistencia, y no me parece que ha terminado aún mi misión en esta casa.

No tuve que objetar nada á este razonamiento, y lo que pensé fué en buscar alguna buena mujer á quien la hermana Catalina pudiera dar instrucciones y confiar una parte de los quehaceres.

Una mañana, mientras que me preguntaba á quién podría recurrir para procurarme una persona de confianza, escuché de pronto en la escalera una voz que me pareció reconocer.

—¿El señor Max Nerbier?—dijo aquella voz.

—Ahí es—contestó uno de mis vecinos.

—¿Está en casa?

—Probablemente. Llame usted.

Llamaron y fuí á abrir.

Una mujer corpulenta, envuelta en un fuerte abrigo y con una maleta en la mano, entró muy sofocada.

—¡Genoveva! ¿Es posible? ¡mi buena Genoveva!

—Sí—contestó ella;—Genoveva, que no hubiera debido acordarse de usted, ya que usted no se ha acordado de ella, á pesar de haber sido tan desgraciado.

—¡Cómo! ¿Por dónde ha sabido usted...?

—Por Marcelino, el hijo del tío Francisco, que ha vuelto al pueblo. Como me dijeron que había estado al servicio de usted, quise verle... Y me lo contó todo... el pobre muchacho estaba muy apenado y echaba pestes contra el que le robó á usted. ¡Ese desdichado Vernois! Su padre, al que conocimos tan orgulloso, es ahora muy digno de lástima. Apenas le queda nada, y tiene una enfermedad negra en el alma. Marcelino juraba también contra el señor Chamblay, que para nada se cuidaba de su sobrina ni de usted. Y á mí, la verdad, cuando supe todo esto, se me ocurrió que tal vez podría servirle de alguna cosa; hice mi lío, me fuí á pie á Morez á tomar el coche del tío Simón, que me llevó á la diligencia de Sous-Sannier, la cual me ha traído aquí. Los del pueblo me decían que estaba loca por querer venir, y que no sabía lo largo que es el camino de París. Cierto que es largo y que este pueblo no es bonito, como Besanzon, y no es agradable. ¡Qué ruido! ¡cuánta gente y cuántos coches! Pero es igual: aquí estoy, y, para decir la verdad, hubiera sentido morirme sin volver á ver á usted. ¡Cuando pienso que le he conocido tan pequeño y que se ponía usted tan contento cuando le hacía saltar sobre mis rodillas!... Vaya, abráceme.

Y diciendo esto, Genoveva, cuya ingenua charla escuchaba yo sin atreverme á interrumpirla, me dió un par de besos, y mirándome detenidamente me dijo:

—Está usted muy pálido; antes parecía usted una manzana... Las penas, sin duda... También á su señora, que es tan bonita, según me han dicho, la vi correr de niña con usted por los prados de la Doye. ¿Cómo está ahora?

—Ha estado en grave peligro, y todavía está en cama, así como nuestra hijita.

—¡Dios mío! ¿Y quién las cuida?

—Una monja.

—¿Una monja? Las monjas son muy buenas, pero no entienden nada de arreglar una cama y preparar un caldo. Voy á ponerme á trabajar.

—Gracias, mi buena Genoveva. ¡Qué servicio me presta usted! Me parece que la misma Providencia es la que en estos momentos la envía á usted á mi lado.

—Bueno, está bien. Aquí me quedo. Dígame un rincón en el que pueda poner mi abrigo, mi manteleta y mi cofia, porque he traído para el viaje lo mejor que tengo. Pero antes, tome, guarde eso. Es el dinero que me dió usted de la herencia de su abuela, que de Dios goce. ¡Pobre señora! Yo no sabía qué hacer de ese dinero. Me aconsejaban que lo pusiera en casa del notario Nenni. Esto no me parecía seguro. No hace mucho tiempo que se escapó un notario con un dinero que no era suyo. Escondí el mío en un granero. Me alegro mucho ahora de haberlo conservado.

Mientras que así hablaba, Genoveva sacó de su maleta una tosca funda de tela, y añadió:

—Aquí tiene usted todo lo que me dió, excepto algunas monedas de cien suses.

—Guárdelo en el cuarto que le voy á decir y que será el suyo.

—No. No conozco París, y no me fío. Me han asegurado que sus calles están llenas de rateros. No estaría tranquila si tuviera yo ese dinero. Guárdelo usted, y haga de él lo que se le antoje. Después, cuando quiera, haremos cuentas.

La delicada intención de Genoveva estaba demasiado

clara para que me fuese posible no reconocerla. La digna mujer se había enterado de mi ruina; pensaba que tendría necesidad de dinero y me traía cuanto poseía: si rechazaba yo su proposición, la heriría dolorosamente. Me decidí, pues, á recibir su dinero en depósito. Le enseñé cerca de la cocina un cuarto que podía ocupar, y fuí á anunciar á Clara y sor Catalina la inesperada llegada de una excelente auxiliar.

No tardó Genoveva en familiarizarse con el barullo que la asustara en las calles de París, y á encontrarse en su nueva residencia tan á sus anchas como si en ella hubiera pasado muchos años. Aunque ya no era joven, conservaba su antigua actividad y un fondo de buen humor que le hacía todo fácil. Se conquistó la confianza absoluta de Clara; divertía y alegraba á Blanca; y sor Catalina, después de haberla visto en el trabajo durante una semana, nos dijo:

—Ahora puedo dejarles sin temor: se quedan con una excelente mujer.

Y se fué la amable religiosa. Con la módica cantidad que se le entregó para su convento, pidió solamente llevarse los restos de las medicinas que quedaban todavía en nuestra mesa, y que, por fortuna, ya nos eran inútiles. Su comunidad las daría á quienes, necesitándolas, careciesen de medios para adquirirlas. De las enfermedades de los ricos, la ingeniosa caridad obtiene así un alivio para las enfermedades de los pobres.

Sor Catalina y Genoveva ayudaron más que los médicos al restablecimiento de mis queridas enfermas. La amistad de Guillermo no les fué menos propicia. Guillermo supo por casualidad mis desastres, y al punto acudió á mi lado.

Al volvernos á ver experimentamos ambos la misma emoción, y sin explicación alguna nos tendimos cordialmente la mano. Guillermo me expresó solamente dos quejas afectuosas.

—Siento—me dijo—que no acudieras á mí cuando ese tunante de Vernois te engañó tan miserablemente. Tal vez hubiese podido perseguirle y hacerle restituir una parte de lo robado. Siento también que no hayamos sabido la enfermedad de

tu mujer y tu hija. Mi mujer hubiese venido á verlas y hubiera podido serles útil. Sin embargo, todavía es tiempo ahora, puesto que están en la convalecencia. Para que se restablezcan completa y prontamente hay que llevarlas al campo. Nos encontramos en el buen tiempo, y puedo precisamente ofreceros una casa muy agradable: la casa de mis suegros, que se van mañana para hacer un viaje de algunas semanas. Hoy mismo les diré que vais á ocupar su casa durante su ausencia. No me digas que temes ocasionarnos alguna molestia, ó ser indiscreto, ó cualquiera cosa por el estilo. Estas son frases de cumplido de las que yo no entiendo nada. Queda decidido que pasado mañana llegarás por la diligencia con tu mujer, tu hija y esa buena Genoveva, á la que me he alegrado mucho encontrar aquí. Tú conoces la casa: allí se celebró nuestra boda. Te esperamos á comer; no faltes. Adiós; te dejo, porque tengo mucho que hacer.

¡Qué bien nos recibieron en Bougival! ¡Qué contenta se puso mi querida Clara al volverse á encontrar allí, como en su infancia, en pleno campo; al abrir su ventana frente á un delicioso paisaje; al sentarse por la mañana á los rayos de ese buen sol, al que los provenzales llaman la chimenea del rey Renato; al respirar el aire aromático de la llanura y de los bosques; al sentir renacer su vida y aumentar sus fuerzas día por día!

Y no era esto todo. Guiller mó tenía un hijo de alguna más edad que Blanca; un niño hermoso é inteligente, vivo, cariñoso, alegre, y con razón alegre. Poseía una cabra de sedosa lana, sin una mancha, á la que llamaba Nieve; una perra negra, á la que llama Negrita, y una ardilla encerrada en una jaula, á la que llama Lista.

Y el hijo de Guillermo llevaba el nombre famoso de Alejandro. A pesar de todo esto, no era orgulloso. No, al contrario; era afable como los verdaderos grandes señores, modesto como los hombres realmente superiores, muy sensible á una muestra de afección y muy dispuesto á querer á los demás.

Simpatizó con Blanca, y se complacía en hacerla disfrutar de sus tesoros...

Blanca iba blandamente acomodada en un cochecillo, y el bueno de Alejandro disputaba á Genoveva el placer de llevarla. Yo daba el brazo á Clara, rogándola que se apoyase bien en él. Todo en nosotros corresponde á las arterias de nuestro corazón, y me parecía que nuestros dos corazones se unían por la mano que le presentaba, y por la suya al apoyarse en la mía. Ibamos así por los agrestes senderos del valle y de la colina, hasta los bosques de castaños que rodean la aristocrática posesión de la Jonchère, hasta los matorrales que decoran la meseta de la Celle-Saint-Cloud.

Dícese en las montañas del Franco Condado que el aroma de los pinos refresca los corazones débiles y dolientes. Pero yo no puedo atribuir exclusivamente este poder saludable á los bosques balsámicos de mi país natal. Los que aman la naturaleza encuentran en todas partes las benéficas influencias de sus perfumes, de sus armonías, de su calma solemne. La naturaleza es el tabernáculo de Dios, una de las imágenes de su grandeza, una de las obras de su bondad, y, en todas las circunstancias, uno de los mejores refugios del hombre.

Volvíamos á la casa, y terminábamos, en dulces ensueños ó grata conversación, el hermoso día con nuestros amigos.

«Los días hermosos — ha dicho Mme. de Krüdner — son como otras tantas fiestas dadas en el mundo; pero el final de un día hermoso, como el final de una vida, tiene algo conmovedor é imponente; es un marco al que van á colocarse los recuerdos, y en el que todo lo que concierne á los afectos parece más vivo, como parecen más calientes los tonos en la puesta del sol.»

*
*
*

La enfermedad de Blanca y de Clara me había aterrado. Su convalecencia no me daba una completa seguridad. Al verlas por fin tan bien curadas, me sentí como tonificado y dotado de una nueva confianza y de una enérgica resolución. Me

pareció que había sufrido mi última prueba, que en adelante podía sin temor seguir mi camino.

Desde nuestro regreso á París me puse con ardor á la obra. Esta vez el señor Pletimer quedó contento de mis grabados; tan contento, que, sin que se me ocurriera pedirlo, él mismo aumentó liberalmente el precio que habíamos convenido para cada uno de mis trabajos. Otros editores quisieron también obtener mi colaboración. Tuve tanta obra como podía hacer, y en las mejores condiciones.

El buen éxito que alcancé con mis grabados me animó á componer dibujos originales. Este era también el deseo de Clara, que pretendía que yo tenía suficientes ideas para limitarme perpetuamente á no ser sino el humilde reproductor de las ideas ajenas. Mostré mis primeros ensayos á Mermot, quien, después de haber sido mi leal consejero, seguía siendo mi amigo, y al señor Pletimer, que unía á una benevolencia natural un juicio muy claro. Ambos me animaron vivamente á continuar. Púseme entonces á ilustrar un viaje por comarcas que seducían á mi imaginación, después una historia de Francia, luego una Biblia. Una tras otra, estas tres obras me dieron una honrosa reputación. El público se aficionó á mis paisajes, á mis grupos de figuras, y los libreros ofrecían con seguridad á sus parroquianos un libro en cuya portada se leyeran estas palabras impresas en caracteres salientes: *Ilustrado por M. Max Nerbier.*

Clara me asistía fielmente en estas nuevas empresas. Decíale mis concepciones. Unas veces las aprobaba sin reservas. Otras veces me invitaba á modificarlas, y en ocasiones también á rechazarlas despiadadamente. Cuando trataba yo de defenderlas, después de haber argumentado y discutido en grande, mientras que ella me explicaba tranquila y modestamente su idea, concluía por reconocer que estaba ella en lo cierto, y que lo mejor era someterme á su parecer.

Su parecer era que hiciera yo algo para las exposiciones, y también en esto tenía razón. A la verdad, en ese gran palen-

que de los artistas, los sueños de gloria, á los que me abandoné un tiempo en ciertos momentos, no se han realizado. Mi nombre no ha sido enaltecido por la prensa, ni aclamado por la multitud.

Mis cuadros, sin embargo, no pasaron inadvertidos. Llamaron la atención de más de un aficionado, y me proporcionaron numerosas simpatías.

Así transcurrieron algunos años, años serios y dulces, años benditos. La consideración adquirida por el trabajo; la paz de la conciencia por el cumplimiento del deber; la alegría del corazón por el cariño; en fin, la satisfacción de haber procurado á Clara por mi labor, si no la fortuna, al menos un digno bienestar: ¿qué más podía apetecer?

Mientras que yo daba gracias á Dios por mi felicidad, vivía aún, en una calle próxima á la nuestra, un hombre que voluntariamente ha alejado de él los dos elementos esenciales de la dicha: la confianza y la ternura. Era el señor Chamblay.

No le habíamos vuelto á ver desde el día en que nos cerró terminantemente las puertas de su casa; y como tampoco habíamos vuelto á tener noticias suyas, teníamos motivos para suponer que vivía más retirado, más salvaje que nunca.

Una mañana encontré á Claudio, su antiguo criado, que tan adicto le era. Se me acercó y me dijo:

—Iba á ir á su casa para decirle que desde hace algún tiempo mi señor está muy enfermo.

—¿Muy enfermo? Espero que no habrá peligro.

—¡Hum! Está muy débil, y cada día se debilita más. Lo raro también es que ya no se enfada, él que tan arrebatado era, y que le soltaba á uno alguna fresca antes que da otro los buenos días. Está triste, abatido, y se deja manejar como una criatura. Ultimamente se puso á hablar de su sobrina; hablaba de ella en tono doliente y enternecido, como si la echara de menos. Entonces le pregunté si quería que fuese á buscarla, y me contestó bruscamente que no; pero creo que la señorita haría bien en ir á verle, y esto es lo que quería decir á usted.

—Gracias. Daré cuenta á mi mujer de las buenas intenciones de usted, y no dudo de que las aprovechará.

—¡Pobre tío!—exclamó Clara cuando le conté mi entrevista con Claudio.—Fué muy duro con nosotros cuando nos casamos, es verdad; pero sufre, y es digno de lástima. Vamos á verle, Max; vamos en seguida.

Diciendo esto, se puso el abrigo y el sombrero, y salimos.

Claudio se alegró mucho al vernos. Sin embargo, me invitó á que me quedase por de pronto en una habitación contigua á la del señor Chamblay, y dejase que primeramente entrase sola Clara. También á mí me pareció esto más prudente, y desde el sitio en que me quedé podía ver, por la puerta entreabierta, lo que pasaba en el cuarto del anciano.

Estaba sentado ó, más bien, medio echado en un sillón, con la cabeza apoyada en una almohada, las manos extendidas sobre las rodillas, las mejillas pálidas y hundidas, los ojos semientornados. Seguramente estaba muy enfermo.

Al oír el roce del traje de Clara, hizo un ligero movimiento y preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, tío—contestó ella dulcemente.

—¡Ah! ¿Eres tú?—exclamó él con voz todavía sonora y con su antigua expresión sardónica.—Sin duda te has enterado de que me encontraba mal, y has querido ver por ti misma si podrás entrar pronto en posesión de mi herencia.

—¡Oh, tío!

—Estás equivocada: te dije y te repito que cuando muera no percibirás absolutamente nada.

—Querido tío, también yo le he dicho y le repito que no pido ni deseo nada; no ambiciono nada de su fortuna. He sabido, en efecto, que estaba usted enfermo, y he creído que en estas circunstancias podía venir á su casa para ofrecerle mis servicios.

—¿Cómo? ¿Lo has hecho sencillamente por propio impulso, sin otra idea, sin ningún motivo de interés?

E. M.—*Noviembre 1907.*

—Sí; he venido por deber, por afección. ¿No es esto bastante?

—Acércate. Es singular: un sér humano que puede dar un testimonio de afección, sin ninguna razón secreta de interés.

Clara, que hasta entonces había permanecido tímidamente á algunos pasos de distancia, obedeció á su invitación. Él la miró fijamente, y le dijo:

—Tu cara parece anunciar que no mientes. ¡Es singular, una mujer que no miente! Pero no, me engaño. Shakespeare, el poeta más grande, el más profundo escrutador de la naturaleza humana, Shakespeare lo ha dicho: *Woman, thy name is frailty*. Y yo he conocido mujeres que mentían con la fisonomía más abierta y la más dulce sonrisa: las unas, por una vil cuestión de dinero; las otras, por un indigno proyecto ó una vana coquetería; algunas, sencillamente por el placer de mentir. Conocí una que tenía ojos azules, límpidos, luminosos y, en apariencia, inocentes como los de un niño, y que mentía descaradamente el amor más abnegado. No; cuando pienso en las torturas que he sufrido por mis locas ilusiones, toda la sangre que todavía queda en mi viejo corazón gastado se subleva: no; yo he sido demasiado cruelmente engañado; no quiero serlo más ni por un simulacro de afección, ni por un testimonio de piedad. Retírate, Clara, y déjame concluir mi existencia solo, como el ciervo que huye al fondo de los bosques, llevándose el venablo que le penetró en el pecho, y muere, derramando sus últimas lágrimas, lejos del cazador que le hirió.

—¡Oh querido tío!—replicó Clara;—no me hable usted así, se lo ruego, y no me atribuya una astucia que no puedo tener. Usted es el hermano de mi madre, el único pariente que me queda. Me acogió usted bajo su tutela cuando me quedé huérfana. ¿Qué más se necesita para que considere un deber el acudir á su lado al saberle enfermo, y el tratar, si puedo, de serle útil?

—Siéntate ahí—dijo el señor Chamblay, indicándole una silla al lado de su sillón.—¿Has perdido tu fortuna?

—Sí.

—¿Completamente?

—Sí.

—Y nunca recobrarás nada de ella. Ese miserable Vernois tampoco tiene ya nada. Por eso han renunciado sus acreedores á pedir su extradición. Después de haber corrido de un lado á otro de Alemania con esa supuesta baronesa, que se burlaba de él y que no trataba sino de arrebatarle su último escudo, un día se encontró solo, sin apoyo, sin recursos, y últimamente he sabido que había llegado á servir como ayuda de cámara en casa de un funcionario prusiano. Tu marido estuvo muy ciego.

—Fué víctima de su buena fe.

—Y ahora ¿tendréis necesidad de dinero?

—De ningún modo.

—¿Cómo así?

—Mi marido gana con su trabajo más de lo que necesitamos. Si pudiera usted ver lo bonita y alegre que está nuestra casa, se alegraría mucho, y también Genoveva podría decirle si hay alguien en el barrio que tenga mejor fama que nosotros.

—¿De modo que sois felices?

—Muy felices.

—¿No te has arrepentido nunca de haberte casado con el señor Nerbier?

—Ni por un instante.

—¿Tienes una niña?

—Sí, una niñita buenísima y monísima. Si me hubiese atrevido, se la hubiera traído.

—¡Ah! Hubo un tiempo en que me gustaban los niños.

—Espero que le gustará á usted mi Blanquita. ¿Me permite usted que vuelva con ella y con mi marido?

—Tu marido debe odiarme: le traté muy mal.

—Jamás ha entrado un pensamiento de odio en su corazón. Créame usted, querido tío. Si hay, como usted dice, mujeres que mienten, son más todavía las que no pueden mentir.

—Pero ¿y cuando sepa tu marido que he tomado todas las disposiciones necesarias para que no recibáis nada de mi herencia?

—No le sorprenderá esa resolución, puesto que ya nos lo anunció usted, y no se apenará por ello. No hay mejor fortuna para él que la que se crea por su labor asidua, por su talento y también por los hábitos de orden de la sobrina de usted. Si supiera usted lo tranquila y regular, sin monotonía, que es nuestra vida... Por la mañana, Max entra en su estudio y comienza su tarea. Yo voy allí en cuanto me lo permiten los quehaceres de la casa. Me siento frente á él, ilumino estampas, dibujo, doy lecciones á Blanca. Pasamos así la mayor parte del día, trabajando juntos. Por la tarde salimos de paseo ó leemos. Y los domingos, si hace buen tiempo, vamos á ver á nuestro amigo Guillermo á Bougival.

—Guillermo... ¿No es aquel obrero que invitó á tu marido á su boda?

—Precisamente.

—¿Es feliz también?

—Sin duda alguna.

—¿De suerte que hay realmente hombres á los que no se engaña y que son felices?

—Ciertamente. Si quiere usted ver uno, permítame que le traiga á mi marido.

—Más adelante. No digo que no. Os avisaré por Claudio cuando pueda recibiros... Ahora es menester que me dejes... Estoy fatigado... Necesito quedarme solo y descansar.

Estaba, en efecto, fatigado de hablar.

—Antes de irme—dijo Clara,—¿no puedo hacer algo por usted: preparar una de sus pociones ó ayudarle á ponerse más cómodamente en la butaca?

—No. Gracias. Eso es incumbencia de Claudio. Adiós. Déjame.

Dijo esto en tono brusco, como si la insistencia de su sobrina le impacientase, y dejó caer la cabeza en la almohada.

Nos retiramos.

Pasaron dos, tres días. No vino Claudio. Clara, inquieta, quería volver á casa de su tío. Le hice observar que corría el riesgo de irritarle si no se sometía por completo á sus mandatos.

Por fin, al cuarto día se presentó Claudio.

—Vengan los tres—dijo,—y lo más pronto posible.

—¿Cómo está?—preguntó Clara.

—Mal anteayer, y ayer estaba mejor. Él mismo lo reconoció. Estuvo examinando unos papeles que por orden suya fui á buscar á casa de su secretario, hizo cifras y escribió no sé qué. Después tuvo un momento de buen humor, como si acabara de quitarse un cuidado. Hasta me dijo que en cuanto recobrase un poco de fuerzas haría conmigo un viaje á Suiza y que al atravesar el Jura se detendría en mi pueblo. Esta mañana se encuentra más débil que nunca, y el médico, al dejarle, se mostraba muy inquieto.

—¿Le cuida usted bien?—dijo Clara.

—Como usted sabe, á menudo es un poco rudo y violento. A menudo también me enfado yo y le replico. Soy como un perro viejo que enseña los dientes cuando le fastidian. Eso es lo que soy para el señor Chamblay. Pero cuando necesita de su feo montañés (así es como me llama algunas veces), cuando está preocupado ó enfermo, puede contar conmigo, porque le soy realmente afecto. Ha tenido pesares. Eso es lo que le ha hecho tan duro... En el fondo no es tan malo como parece. Si muere antes que yo, ya no tendré otro amo. Me ha asegurado una rentita, con la que iré á concluir mis días en mi país, y mandaré decir misas por el descanso de su alma.

Mientras que nos hablaba así el bueno de Claudio, Clara vestía apresuradamente á Blanquita, sintiendo el no poder en-

galanarla como quisiera. Le arregló, sin embargo, su pelillo rubio con maternal coquetería; le puso una cinta azul en la cabeza y otra de igual color al cuello con una crucecita colgando. Luego la recomendó que fuese muy buena con el tío, que estaba enfermito el pobre.

El señor Chamblay estaba, como ya lo habíamos visto, sentado en su sillón, pero evidentemente más débil todavía que en nuestra primera visita. Nos indicó con la cabeza que nos acercásemos, y nos miró á uno tras otro con expresión melancólica. Después tomó la mano de Blanca y quiso atraérsela. La pequeña se resistió al principio. Aquel anciano desconocido, con su cara amarilla y macilenta y su larga barba, la asustaba. Pero su madre la besó y la animó. El señor Chamblay la hizo sentar en sus rodillas, la contempló en silencio, la acarició sus lindos rizos y terminó por estrecharla entre sus brazos.

Entonces, de sus pupilas secas dos lágrimas cayeron lentamente y se deslizaron á lo largo de sus mejillas, sobre aquellas arrugas sinuosas, como dos gotas de agua por las asperezas de una roca.

¡Lágrimas del corazón, lágrimas felices, signos de amor y de arrepentimiento!...

—¡Ah!—dijo;—me he burlado á menudo de lo que llamaba la locura ó la necedad de la extrema credulidad. Pero hay algo peor que creer en todo: es el no creer en nada.

Hizo una pausa, y añadió:

—El mundo es, sin embargo, malo; y vivimos en una época en la que se puede repetir con más justicia que nunca las palabras de Goetz de Berliclingen: «Cerrad vuestros corazones con más cuidado que vuestras puertas; porque he aquí llegado el tiempo en que los malos reinarán por la astucia, y en que los buenos caerán en las redes del engaño». Esto es verdad, y sin embargo hay plantas saludables en las marismas malsanas y justos en la perversidad de Israel.

Desde aquel momento el anciano se nos mostró otro hombre completamente distinto del que habíamos conocido.

Antes tan acerbo y tan arrebatado, se convirtió en dulce y paciente. Hablaba poco, pero parecía contento de vernos, é íbamos á su casa todos los días. Clara le cuidaba con delicada solicitud. Blanca le había perdido el miedo. Se le acercaba en cuanto entraba, le besaba, y él sentía una verdadera satisfacción cuando la tenía á su lado. A veces, hasta se divertía y jugaba con ella como un niño. No olvidaba, sin embargo, la gravedad de su estado; pero no le afligía. Si Clara le decía en ocasiones que esperaba verle recobrar las fuerzas poco á poco, sonreía con la expresión de un hombre que sabe á qué atenerse, que no quiere precipitarse al encuentro de la muerte y que, al mismo tiempo, no se cuida de prolongar su existencia.

«Hay que aprender de la vida á sufrir la vida», ha dicho un filósofo que no hacía profesión de componer cánticos para la Sociedad de la Tumba.

En efecto, en todas las diversas escuelas en que entremos, según nuestros diversos destinos, en la del rico ó en la del pobre, en la de los salones de la alta sociedad ó en la del oscuro taller, todos debemos aprender esa austera lección de la vida. Pero puede llegar un día en que sea aquélla tan penosa ó tan enojosa que no sienta uno concluir con ella.

El anciano mismo reclamó la asistencia de un sacerdote y cumplió muy piadosamente con sus deberes de cristiano. Después le vimos gradualmente marchitarse, deperecer, triste, pero tranquilo.

Al final de un día de tempestad aparece á menudo un crepúsculo nebuloso todavía, pero apacible y, en ciertos puntos, impregnado de luz.

Así se nos mostró el final de aquella existencia atormentada.

Una tarde dijo á Clara al entregarle una carta cerrada:

—La leerás cuando yo haya muerto.

Al día siguiente podíamos leer su carta, que estaba concebida en estos términos:

«Querida Clara: Ante el temor de que me engañaras, te

engañé yo. Tenía miedo de que vinieses á mí por un motivo de interés, y te dije que había dispuesto de toda mi fortuna. Cierto es que así lo pensé hacer cuando te casaste. Gracias á Dios, mi indigna resolución no se ha realizado sino en parte. Me quedan doscientos mil francos, que te lego con mi mobiliario, además de los títulos de una renta de mil francos que doy á Blanca para su dote de boda. En mi mesa de despacho hay un estuche con un collar de perlas que perteneció á mi madre. Los guardarás para tu hijita. En la cabecera de mi cama cuelga mi reloj de oro de Breguet. Deseo que le guste á tu marido, con el que fuí cruel.

»¡En qué fatal error de orgullo y de egoísmo he envejecido! ¡Qué tesoros de afección he perdido! A menudo pienso en esto cuando te veo entrar con tu rostro franco y simpático en mi cuarto, cuando Blanca llega con su inocente sonrisa á sentarse en mis rodillas, y entonces me encuentro avergonzado y dolorosamente arrepentido. ¡Ah! Si pudiese rescatar el pasado ó si se me concediera permanecer algunos años todavía en este mundo... Pero no... mis fuerzas están agotadas... mi vida se acaba, y tú, Clara, á quien tan injustamente alejé de mí, endulzas mis últimas horas.

»Que Dios te recompense por tu generosidad y tu virtud.

»Yo no puedo hacer otra cosa que darte gracias por el bien que me has hecho con tu excelente marido, con tu angelical niña, que ya se te parece, y rogar á Dios que os bendiga...»

* * *

Leímos esta carta con grave emoción, y Clara lloró más de una vez al hablar de su desgraciado tío, que tanto sufrió, decía ella, y que tan excelente fué en sus últimos días.

Acompañamos al pobre anciano á su última morada. Cumplimos religiosamente todos los deseos expresados en su testamento, y al tomar posesión de la inesperada fortuna que nos dejaba, nos propusimos no cambiar nada en nuestras costum-

bres; vivir como en el pasado nuestra dichosa vida de orden y de trabajo.

Pero como yo no podía dejar de soñar, urdí dos sueños con Clara.

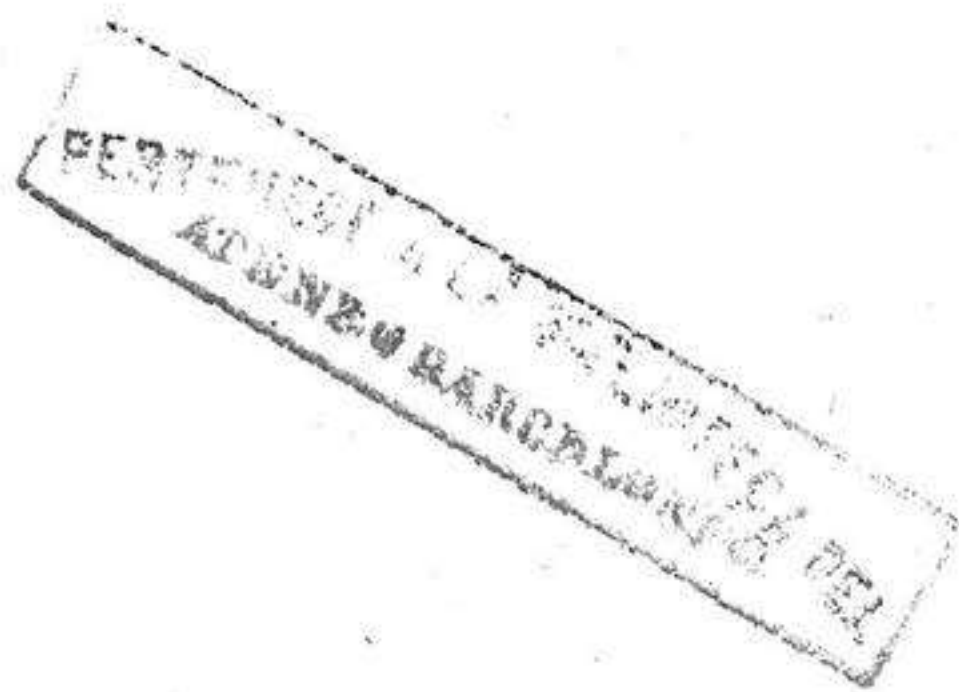
El primero era casar algún día á nuestra querida Blanca con el hijo de nuestro amigo Guillermo, si, como todo lo parecía indicar, aquel muchacho permanecía fiel á las lecciones y al ejemplo que le daba su padre.

El segundo es volver, después de casada nuestra hija, á la Doye; comprar, no la suntuosa morada del señor Miery, que se nos antojaba harto pomposa, sino la humilde casita de mi abuela, el jardín, el campo en que por providencial destino Clara y yo nos encontramos cuando niños, y vivir allí con un dulce acuerdo y terminar tranquilamente nuestros días.

Así es como á veces, un poco tarde, el que seriamente lo ha buscado, llega á encontrar en la tierra su apacible retiro, su cuartito silencioso, en el que enciende su lámpara, y en el que se hace un rincón cómodo para la noche, en espera de la hora solemne.

X. MARMIER

De la Academia Francesa.



DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

EL RETRATO DE FRAGA

Desde que estalló el levantamiento de Cataluña (9 Junio 1640) se había hecho público el deseo de que el rey fuera en persona al lugar de la guerra para dar impulso á las operaciones con su presencia. Él mismo lo quería. Desde la batalla de San Quintín no había entrado en campaña ningún rey español. La miseria de la destrozada monarquía; las bur-las de los que le comparaban con su cuñado Luis XIII ó con los heroicos príncipes del siglo; las alusiones del púlpito y de la escena (1); el clamoreo tumultuoso del pueblo, que consideraba su partida de Madrid como postrera tabla de salvación; todas estas excitaciones movieron su vacilante voluntad, determinándola á aquel viaje que el pesimismo consideraba como su ruina. Entre el júbilo de la apiñada multitud que le vitoreaba y que hasta el último momento no creyó en su partida, salió, el sábado 26 de Abril de 1642, en un carruaje de seis mulas y con extraordinario séquito, del Buen Retiro. Al recibir el saludo de los soldados (la mayor parte veteranos), sintió que aquello era otra cosa muy distinta que contestar á los memoriales

(1) El soldado valiente á la vista de su rey. CALDERÓN: *La exaltación de la cruz*, III. El pueblo exclamaba cuando se disponía á cazar lobos: *Señor, cazad franceses, que son los lobos que tenemos.*

con un *Miraremos* y poner al pie de las consultas *Yo el Rey*. Escribió á la reina que aquel había sido el momento más feliz de su vida.

Al principio las esperanzas se mostraron defraudadas. Su tutor le siguió y supo encerrarle en Zaragoza, donde la agitación de la corte comenzó de nuevo con un «sin fin de gastos». El rey no se ocupaba de su ejército, en tanto que Lamotte entraba en Barcelona y el grito de *España se pierde* llegaba á sus oídos. Cuando Perpiñán con el Rosellón se perdió para siempre, lloró con Olivares, el cual, al llegar la mala nueva, le pidió permiso para tirarse por la ventana. Cuando más tarde cayó de veras, el rey pretendió dar un impulso por sí propio. «Sólo en un punto, decía en el Consejo de Estado (Enero 1643), os declaro que me opondré á vuestra resistencia; es á saber: en mi decisión de salir al campo y ser el primero en el peligro, exponiendo mi vida y vertiendo mi sangre por el bien de mis vasallos, para hacer que renazcan sus antiguas energías, tan agotadas por los acontecimientos de este año» (1).

En este viaje á Aragón le acompañaba su pintor. Ya se empleaba entonces á los artistas en la guerra para dibujar los sitios y las batallas. Cristóbal García pintó en el año 1642 la fortaleza de Cuenca; Mazo, el castillo de Pamplona. En 1643 fué enviado el aragonés Jusepe á Monzón, recientemente recuperado, para copiar las obras de sitio. A este escritor debemos algunas noticias sobre las ocupaciones de Velázquez por aquel tiempo. «Un caballero de Zaragoza le rogó que hiciese un retrato de su querida y encantadora hija. El pintor accedió gustoso, y puso manos á la obra con mucha voluntad, lo que dió por resultado un magnífico retrato, que, por decirlo en una palabra, era digno de los suyos. Para terminar la cabeza (era una media figura) se lo llevó á casa con objeto de no fatigar demasiado á la dama. Pero al entregarlo, la niña declaró que no lo aceptaría á ningún precio. Como el padre la preguntase que por qué,

(1) MEMORIAL HISTÓRICO, XVI, 27 Enero 1643.

ella contestó que le disgustaba *en todo*, pero especialmente porque la valona que ella llevaba puesta estaba guarnecida de más fino encaje flamenco.» Martínez aprovechó la ocasión para adquirir el título de *pintor del rey ad honorem*, que le fué concedido, por cierto, por recomendación de Velázquez, el cual, si se ha de sacar alguna consecuencia de esta historieta, pudo decir sin exageración que Martínez era allí el mejor (1).

Durante el viaje de 1644 pintó Velázquez en Fraga el ya mencionado retrato del rey. Se ha encontrado un legajo de cuentas de la *Jornada de Aragón*, que hacen referencia á dicha obra. El carpintero Pedro Colomo tuvo que abrir una ventana en el cuarto que carecía de ellas, después hizo un caballete (por 10 reales), y luego en Julio una puerta, «pues no se podía entrar». El gabinete (*retrete*) de las habitaciones reales donde tuvieron lugar las sesiones de pintura, era, como expresan las actas, no mucho mayor que una campana de chimenea, y carecía de piso; las ventanas no tenían marco; hubo que enjabelgar las desconchadas paredes y esparcir durante las tres sesiones una carga de espadañas. El enano *El primo* alivió las sesiones á Su Majestad, siendo también él retratado. Ambos retratos fueron embalados en cajas y expedidos á Madrid (2).

(1) V. CARDERERA: *Discursos practicables*, págs. 41, 132.

(2) Casa Real, cuentas de Furriera, 1644. Legajo 124. Jornada de Aragón.—1644 Mayo.—D. P.^o de Torres.—Mas mandó Su Mag.^d que en la cassa que tenía de apos.^{to} *Diego Velázquez* en *Fraga*, se le adereçase y echase una bentana que no la tenía, para que pudiese trauajar y pintar; costó todo, yeso i manos, diez reales.—A primero de Junio de 1644 en Fraga, mandó Su Mag.^d que se adereçase el retrete para retratarse por estar muy mal parado, y sin suelos, y cayendose las paredes, que todo el aposento era una campana de chimenea; costó todo y de apuntalarlo, madera, manos y yesso y abrir una ventana, veinticuatro reales.—Mas se pagaron al dicho carpintero (Pedro Colomo) seis reales por la echura de un caballo que hizo para que *Diego Velázquez* hiziesse un retrato de Su Mag.^d, que así lo mando.—Mas al dicho, otros seis reales por dos marcos que hizo para poner en dos ventanas de el aposento de Su Mag.^d para retratarse.—Mas tardó en hacerse el retrato tres días en diferentes veçes se compró cada día una carga de espadañas para el suelo; costó cada carga cuatro reales, y todas doze R.^s — Mas mandó Su Mag.^d que se hiziese una carga de ma-

Felipe viste el traje con que solía mostrarse á las tropas como capitán general.

Nótase en la figura que estaba lejos del alcázar. Es más suelta que aquellas otras largas, vestidas de negro, y en actitud de recibir memoriales, símbolo de la rigidez, monotonía y tedio de la etiqueta. Mucho de ello se debe al color: el retrato está pintado á toda luz y claridad. Las piernas aparecen de perfil, pero el resto del cuerpo y la cabeza están vueltos hacia la derecha; apoya la bengala blanca contra el muslo; la mano izquierda sostiene el sombrero, mientras el codo se apoya en el puño de la espada; este brazo, que cae más bajo que el otro, está arqueado; de modo que la actitud de los dos es casi paralela.

Las líneas del rostro (de treinta y nueve años) son más fuertes que hasta entonces; el colorido más fresco. En la guerra debía cambiar la inseparable *golilla*, cuya introducción celebró en otro tiempo con una fiesta, por el ancho y caído cuello de encaje. Las manos son blancas, en armonía con el blanco de las mangas, el punto más claro de todo el cuadro; manos reales, bien cuidadas, sin anillos, y de ningún modo «borradas», como se ha dicho por personas poco familiarizadas con el estilo del pintor, los dedos poco marcados por sombras. El retrato no estaba muy en armonía con el gusto dominante. Se han citado las palabras de W. Burger, que lo calificaba de «claro y tierno como el más fino Metsu» (1), como muestra de lo inverosímil de que una pintura de tal especie pueda ser de

dera para imbiar un retrato del *Primo* enano que auía echo Diego Velázquez, con dos anjeos, uno por dentro y otro por de fuera; costó diez y seis reales.—Jullio.—En 1.º de Jullio mandó Su Mag.^d que porque la cassa en que viuia Diego Velázquez estaba sin puerta y mal parada, que no podía entrar en ella, se bolviesse adereçar y echar una puerta; híçose, y costó todo 42 reales.—Mas se híço una caja de madera para llevar el retrato que híço Su Mag.^d. Dios le g.^{de} á la Reyna nuestra señora, y se embolvió en dos anjeos; costó todo 16 reales.

(1) C'est clair et tendre comme le plus fin Metsu. Chef d'œuvre de couleur et de distinction.

Velázquez. Pero ¿por qué no pudo siquiera una vez, él que tan diferentes cuerdas tenía en su lira, al pintar para una amada reina al esposo en campaña, hacer un cuadro completamente claro y de bellos colores?

Viste rico jubón rosado con mangas perdidas, y cuya estrecha abertura deja ver el colete de ante. Del mismo color y con los mismos bordados de plata son la pluma del sombrero, la banda y el calzón. El único dorado del retrato es el Toisón de oro; todo lo demás es blanco. El cuello, las mangas del jubón, de tono «aperlado», guarnecidas de encaje, así como las botas, el puño de la espada. Este blanco con rosa forma el tono rojo más claro: el «rojo de camelia». Sólo el sombrero es negro, lo que no está en armonía con el traje, y no es sino un capricho del pintor, que quiso evitar el blanco sobre el blanco y proporcionar al tono general rojo y plata un contraste. El asombroso relieve está obtenido merced á la superficie vacía y gris obscura del fondo y á los puntos y líneas de sombra repartidos en la cara y en la figura que marcan el cuello, los brazos y el sombrero.

Se comprende cómo precisamente este retrato, aparte del ecuestre, fuera el único del palacio desaparecido que podía interesar á los aficionados de la época siguiente. Palomino, que escribió bajo Felipe V, lo vió aún; pero ya antes de mediar el siglo XVIII había salido para París. Probablemente, pasó de la sucesión Bouchardon á la colección Trouchin; de allí á poder de Desenfaus, agente del rey Estanislao, y por último, á la Galería Dulwich (1).

(1) En el catálogo de la subasta *François Trouchin* de 1798 se lee: «Il tient beaucoup de Van Dyck. Il est peint avec une naïveté, une légèreté et une fraîcheur de couleur admirable. La vérité et l'effet y sont au plus haut point. Il vient du célèbre Bouchardon.» Una antigua copia que procedente de la colección de SEBASTIÁN MARTÍNEZ pasó á la GALERÍA SALAMANCA, comprada en 1867 por 71.000 francos, apareció en la Exposición de París de 1874, y se encontró después en una finca de MRS. LYNE STEPHENS, antigua bailarina en Lynford Hall, Norfolk.

El retrato de Fraga fué la última alegría que Felipe dió á su reina, que no debía volver á verle; fué recibido en Madrid poco antes de su enfermedad de muerte. El monarca, al partir para el teatro de la guerra (1642), la confió el gobierno como *gobernadora*. Su aparición en aquellos difíciles tiempos la hizo pronto el ídolo de todas las clases. Cuando se formó en Madrid el «Regimiento del Príncipe», visitó en persona toda la guardia de corps; comunicó á los indolentes capitanes algo de su ardiente celo; dirigió alocuciones á los soldados. En cierta ocasión, un comerciante se comprometió á donar 10.000 ducados para ayuda de la guerra; pero encantado por la presencia de la reina, firmó 50.000, y como ella le diera las gracias muy conmovida, la condesa de Olivares la reprendió, diciéndola: «Una reina no debe emplear tan dulces palabras con sus vasallos». A lo que contestó Isabel: «Los reyes y reinas mis predecesores fundaron, cimentaron el trono en la cortesía; vuestras descortesías y las de vuestro esposo han acelerado su decadencia». Mostró un concepto varonil de los deberes principescos, cuando negó á su hijo el perdón para su cochero, asesino. «Hijo mío—exclamó,—á toda costa quisiera agradaros; pero no creo poder hacerlo mejor que ejerciendo la justicia. Si algún día llegáis á ser rey, nada pongáis más alto que la justicia, lo que os traerá todas las bendiciones á vos y á vuestro reinado.» Aconsejó al rey más de una vez la destitución de su desgraciado ministro.

«La fuerte y valerosa Isabel, llena del temor de Dios (son palabras de Bossuet) debió una parte de su gloria á la desventura de los españoles, los cuales hallaron su salvación en su celo y en sus consejos, que vivificaron á los grandes y al pueblo y, por decirlo así, al mismo rey». Tres días antes de la caída del ministro, en una visita á las Descalzas, dijo Felipe á sor Margarita: «Recomendad á Dios mi *privado*, que él le ilumine para gobernar».—¿Quién es vuestro privado?—«Mi *privado* es la reina».

Pero la fatiga la acarreó una grave enfermedad. Presentía

su fin. Cuando el prior del Escorial la invitó para que visitase los jardines recientemente amplificados, le dijo: *Venirò ma non a vedere*. El rey la envió de Zaragoza un adorno de diamantes con la protesta «él aprecia más vuestra salud y vuestra vida que su reino». Le contestó que «no debía venir por no comprometer el resultado de la guerra de Cataluña», y añadía: «Ahora ya tengo asegurado el corazón del rey; pero esta joya no llegaré á lucirla; sólo después de muerta llegará á verme». Leemos que los médicos el día 2 de Octubre, después de una larga consulta, convinieron en practicarla por sexta vez una sangría. La reina murió de ella. Un embajador dice de ella: «Unía á la más alta *prudenza* una indecible bondad; mostró sus virtudes por amistad y benevolencia, que se destacaban sobre las tradicionales costumbres de los príncipes españoles, y despertó un tierno amor en todos los que la rodeaban» (1).

RETRATOS DEL REY

En la galería del duque de Hamilton, *premier peer of Scotland*, en Hamilton Castle, hay una figura de Felipe que ostenta la siguiente extraña firma del pintor sobre un pliego de papel á la derecha del monarca:

Señor:
Diego Velazquez,
Pintor de V. Mg.^a
1636.

El cuadro debió de ser tomado por el general Desolle, en remota fecha, del palacio de Madrid. Aunque pintado ocho años antes que el de Fraga, parece de la manera posterior, y hasta se le tomaría por una de sus últimas producciones, si no apareciese el rey en figura juvenil y esbelta, y no se viese la fecha de 1636 sobre la carta. Pintado con más ligereza que

(1) Esto escribía el 6 de Octubre de 1644 el veneciano Niccoló Sagredo.

ninguna otra imagen del monarca, en general como salvaje *borrón* sin igual, sin unir, pertenece á una época en que el maestro aun no hacía mucho tiempo que había dejado la severidad de sus primeros años.

Es esto tan evidente, que un biógrafo (Armstrong) negó su autenticidad, y lo conceptuó como una mala obra de su discípulo Mazo. Pero este juicio quedó aislado: la mayor parte de los críticos le alabaron extraordinariamente. Para los ingleses posee un especial encanto por la semejanza de su procedimiento, ampliamente decorativo, con el de sus propios retratistas. Algunos pintores han calificado su técnica de misterio insondable.

BURNET relata que vió este lienzo, con William Simson, en Hamilton Castle, y que ambos exclamaron á la vez: *Raeburn!* Y sucedió que como los acreedores del duque sacasen á subasta la galería Hamilton en Cristie y Manson, el cuadro fué adquirido en 6.000 guineas por la National Gallery, contra el Louvre y América. Fué el más alto precio que hasta entonces había alcanzado una obra de Velázquez. Se la tuvo por paradigma del impresionismo y sus secuaces, si bien había que confesar que figuras como la de Dorchester House y Dulwich daban una idea más clara y rica de la personalidad de Felipe.

Un examen posterior ha puesto fuera de duda su absoluta autenticidad. ¿A quién, si no, podríamos atribuir aquella seguridad de mano, aquel rostro delicado y blando, casi sin sombras, encuadrado por rubios cabellos, suaves como la seda; aquellos toques blancos y garrapateados, diseminados como al descuido por el obscuro apagado del traje, y que tan perfectamente dan la impresión, con una nada, de los bordados de plata? No obstante, el conjunto carece de armonía. No tiene modelado ni morbidez, carácter ni centro de gravedad. Es una figura rígida y deslabazada que, más que de pie, parece suspendida en el aire, como un muñeco relleno de pelote. La cabeza, á pesar de los toques oscuros, parece más hundirse

que destacarse sobre la purpúrea cortina. Todo esto se explica de la más sencilla manera.

Este Felipe de la National Gallerie no es una muestra de ninguno de sus estilos. Velázquez mismo se habría reído si se hubiese dado el nombre de retrato acabado y presentable á esta colección ó agregado de ensayos. Es un estudio, una serie de estudios sorprendidos del natural en diversos instantes, destinado á servirle para la corrección ó composición de uno ó varios retratos. Como el boceto gustase al rey, y sin género de duda resultase, por su carácter de estudio, de mucha utilidad para la gente del oficio, de aquí que posteriormente hiciese de él una especie de cuadro.

El retrato es rico en enseñanzas técnicas, pues da idea de los primeros estudios de un colorista ante el modelo. Siempre hay en ellos algo de ensayo, de tanteo, de incoherencia, pues el artista lucha con la naturaleza, que le presenta en cada caso particular nuevos problemas. Un ejemplo palpitante poseemos en los bocetos del Ticiano que guardaba en su taller, y que del palacio Barbarigo pasaron á Padua.

En cambio, el posterior estilo de Velázquez (tercero) estriba precisamente en el cumplido dominio del modelo, cuya forma y construcción conoce tan cabalmente como los medios técnicos de llegar á él. De aquí su infalibilidad de mano, la unidad de fusión y de tono, la sencillez del procedimiento que une las complicaciones de la forma con la simplicidad de los rasgos.

*
* *

Qué efecto producía el mismo Felipe por aquel tiempo se puede comprender viendo el lienzo de la galería imperial de Viena (1632) y la figura del Ermitage (núm. 419, 2,01 × 1,2). En aquella cabeza firme, varonil y viva palpita aún la manera plástica de los veinte años; el profundo rojo purpúreo de la cortina da á las tintas claras un reflejo gris perla. De la otra, que fué adquirida de la colección del rey Guillermo de Holanda por 38.815 florines, tenemos testimonios de que en aque-

tiempo eclipsó á Van Dyck en La Haya. «Yo permanecía delante de estas figuras (la otra era Olivares) como si hubiese echado raíces en el suelo; parecen propiamente salirse del lienzo» (1).

El retrato de Hamptoncourt produce una impresión mixta, muy diferente de la del de Londres. En éste el primer bosquejo informe se revela; en aquél la concepción se oculta bajo una capa de accesorios secundarios. Su origen es, por cierto, digno de confianza. En 1638 fué enviado con el de la reina á su hermana Enriqueta. Pero ¿quién no quedaría desconcertado en presencia de aquel león, digno de lástima, echado bajo la mesa, sobre la cual aparecen una corona de teatro y un yelmo? Después de largo examen, se ve desaparecer todo este aparato suplementario ó añadido, y se descubre debajo el tan conocido esquema real sobre un simple fondo gris y en la mesa desnuda... ¿Dispuso acaso el boceto según el gusto de los antiguos reyes godos?

El terror de los críticos de Velázquez son, sin duda, sus Felipes (esposa, hijo y ministro). El catálogo de Curtis enumera 34, pasablemente garantidos, números principales del rey, sin contar los 25 provinientes de galerías y subastas. La pregunta «original ó copia» no se contesta tan fácilmente. Con frecuencia es difícil resolver la cuestión del *sic* ó *non*. La primera impresión es por lo común desfavorable. ¿Es posible atribuir al maestro cosas tan insignificantes y mediocres? A menudo se han puesto en duda encantadoras obritas que sería deplorable perder por defectillos insignificantes, como ha sucedido recientemente con el almirante Pulido, Quevedo, el Olivares de Schleissheim y el Barbarroja. ¿Por qué aplicar aquí diferentes medidas? Realmente aquéllas á veces están bien comprobadas. El maestro tenía su monopolio, y también suministró cuadros destinados á regalos de Cortes extranjeras. ¿Cómo no había de sucumbir al aburrimiento consiguiente á

(1) *Kunstblatt*, 1839, pág. 158.

la ejecución cotidiana de asuntos tan monótonos, y especialmente en lo que se refiere á los cuadros de regalo antes citados? ¿Cómo no creer que tratase alguna vez de aligerar la carga?

Las costumbres de su taller aparecen ocultas á nuestros ojos por espeso velo. Indudablemente se sirvió de la ayuda de sus discípulos; pero éstos supieron apropiarse su manera, así como su tono y su trazo ligero. El trabajo se hacía en presencia de los originales, bajo su mirada, con arreglo á sus croquis y con su colaboración. Esta combinación de elementos simples y de fuerzas inferiores explica su manifiesto carácter enojoso, así como las dudas sobre su autenticidad. No hay ningún pintor á quien se pueden atribuir.

* * *

A las figuras que sólo merced á la magia del arte consiguieron flotar sobre el obscuro mar del olvido pertenece el niño Baltasar, hijo de Felipe IV é Isabel de Borbón, y nieto del gran Enrique de Navarra.

Aun estaba en Roma Velázquez cuando llegó la noticia del nacimiento, largo tiempo ansiado, de un príncipe español (17 de Octubre de 1629). Hasta esta fecha la reina sólo había dado á luz niñas, y la mayor parte (cuatro) no viables. «El rey —escribe Khevenhiller (XI, 583)— se mostró tan regocijado y amable por este acontecimiento, que mandó abrir todas las puertas y que entrara todo el mundo, hasta tal punto que los portasillas y pinches pidieron entrar á felicitar al rey á sus habitaciones interiores para felicitarle y besarle la mano, obteniendo tal gracia.» Un cocinero entró corriendo, con la cara untada y el cucharón debajo del brazo, exclamando: ¡*Alegria, Philipete!* A los romanos se les anunció en cuatro días de fiesta que la corona y el trono de ambos mundos tenían, después de diez años, un heredero.

Hubo fuegos de artificio y morteros, comedias y conciertos, limosnas para los presos y mendicantes; se repartió plata y oro entre el pueblo; se celebraron triples carreras de

caballos y búfalos desde la Porta del Popolo, por la Vía del Babuino, al palacio Monaldeschi.

El pintor, que quizás presenció estas fiestas desde un balcón de este palacio, debía luego seguir año tras año al príncipe con la paleta. De aquí esa larga serie de figuras progresivamente crecientes desde los dos hasta los diez y seis años; un idilio de felicidad y esperanza para sus padres, pero como velado por el recuerdo de su destino, de rosa muerta á la mañana. Era un niño delicado, inteligente, despierto, recreo de la vista entre tantas máscaras anémicas y apagadas. ¡Qué inagotable variedad de aspectos suministra una criatura, aun la más insignificante, cuando la magia del arte sabe revelarlos! Mientras otros artistas á quienes fué dado retratar en sus cuadros una turba de personalidades de primera fila sólo presentaron repeticiones aburridas, Velázquez desarrolló en esta ocasión la monotonía de un pequeño mundo de figuras siempre nuevas y atrayentes.

D. Baltasar fué un niño robusto, de rápido desarrollo. *Escribalo V. S. á sus altezas*—decía su aya, la condesa de Olivares, diez días después de su nacimiento al ministro saboyano—*que aquí tienen un pariente muy colérico y bizarro* (1).

EL NIÑO.—Cuando en el día 7 de Marzo de 1632 fué presentado el príncipe á los infantes, clero, nobleza y estados de Castilla, había soportado, firme y contento, cuatro horas en su sillita cerrada, sin llorar, dormirse ni hacer un gesto de desagrado. Los diplomáticos refieren esta temprana muestra de la firmeza española. Calderón describe la ceremonia en *La banda y la flor*. Velázquez bosquejó el interior de la iglesia, quizá para hacer un cuadro.

Según Cean, Velázquez pintó al niño el año de su vuelta de Roma, retrato que en un legajo del año 1634 figura en cuenta (2). Del mismo tiempo es el cuadro que se halla en

(1) 27 Nov. 1629.

(2) *Documentos inéd.*, t. 55, pág. 621: *un retrato del príncipe nuestro señor*.

Castle Howard, llamado primero «el príncipe de Parma», y atribuido al Corregio. Quizá pasó de Parma á la galería de Orleans. Waagen fué el primero que lo reconoció como de Velázquez (1).

Fué una idea infantil de los dichosos padres, en cuya alegría tomó parte el pintor de cámara. El muchacho, por tanto, debió serle muy querido. Aparece algo echado atrás en su vestidillo verde obscuro, bordado de oro, amplio y de forma cónica. Una rubia cabecita con finos cabellos cortos, ligeramente rizos en las sienes; el rostro, en luz blanca, sólo recibe alguna vida y animación en su delicado óvalo por los negros ojos, heredados de su madre, si bien aun no hay *mirada* en ellos. Este embrión de rostro humano descansa en un cuello almidonado, debajo del cual se ve, como primer germen de la armadura, en lugar del babero, un pequeño peto de acero. La mano izquierda descansa en una daga de juguete, mientras la derecha empuña el bastón de mando, como emblema de su condición, si bien por el momento sólo de bastón le sirve; su primer ejercicio real era, pues, andar firmes.

Este rubio y brillante muñeco nada en un magnífico océano de reales tonos rojizos: arriba, la púrpura del cortinón; detrás, la obscura nota del tapiz, alfombra escarlata con flores negras; aquí, el cojín rojo encima del cual descansa el sombrero de terciopelo negro con cinta de oro y penacho blanco. En la figura del príncipe sólo es roja la banda.

Dos pasos más adelante marcha un enano también con vestido verde obscuro y con un gran delantal blanco. Se esfuerza por imitar á los reyes por medio de un sonajero de plata que empuña á modo de maza y con una manzana. Vuelve la gruesa cabeza atrás, pues S. A. se ha dignado distraerse; al menos, confirma contra la seducción de la música su apática dignidad.

(1) In my opinion, judging from conception, colouring and treatment, an admirable picture by Velázquez. *Treasures*, III, 323. Waagen no había estado aún en España.

Este perro faldero con figura humana tiene una cabeza de niño degenerado, con frente pronunciada de animal, ojos saltones, corta nariz remangada y labios abultados; oscuras sombras le dan fuerte relieve. Este era el gusto en la elección de camaradas infantiles. Cuando los de Olivares llevaban á su jardín al príncipe, mandaban venir á entretenerle á los granujas de la calleja.

Esta misma figura de niño, pero con vestidito de seda gris claro bordado de oro, se ve en un retrato de la Galería Stanish (1853), ahora con otros dos del príncipe en Hosford House (46" x 37,5") (1). El rojo como nota dominante ha desaparecido. Para proporcionar á la figura, de clara tonalidad, un fondo completamente obscuro, se ha recogido la mitad del cortinón, que llega hasta el suelo. Dicha cortina, el gran almohadón bordado de oro que sustenta el sombrero adornado con plumas blancas, toda esta rígida pompa, forma con las maneras estúpidas del enano un conjunto grotesco (2).

EL PEQUEÑO JINETE.—Olivares y su mujer, temiendo confiar á manos extrañas el modelado de este frágil vaso infantil, se consagraron á darle una educación adecuada á su condición. Por la tarde le llevaban á que se entretuviera en el gallinero, luego Buen Retiro. Imagínese aquella poderosa figura cargada de espaldas, con la terrible cabeza poco tranquilizadora y la peluca de zorro, haciendo de bufón. A los cinco años sabía ya

(1) Grabado del *Art Journal*, 1852, pág. 361. 1680 £. The fortunate possessor will have added to his gallery a specimen such as the Queen of Spain only can furnish the means of rivalling when she shall break up the Museum at Madrid. FORD, *Ateneum*, 1853, I, 710.

(2) WAAGEN: This picture has a marvellous charm. The conception is highly animated, the delicate flesh-tones positively luminous, and the careful execution of every part unusually sustained *Treasures*, IV, 80 f. There is a quaintness about the whole picture, from the discrepancy between the age of the child, and the costume which is pleasantly old-fashioned. GEORGE SCHARF, *Manchester Exhibition*, 81. La cabecita dei Rijkmuseum de Amsterdam (núm. 541. 31 x 24), 1828, subastada en 31 florines, bosquejada en color amarillo y con pincel saturado, parece un estudio del natural, pero no de Velázquez.

recitar, sin titubeos, á los embajadores en las audiencias, contestaciones que le enseñaba la gibosa dama.

El nieto de Enrique IV mostraba precoz destreza para los ejercicios de equitación. El padre reconoció en él con júbilo su imagen. Escribía con frecuencia á su hermano Fernando relatándole las nacientes hermosas dotes de su heredero, y el tío enviaba á éste para alentarle determinados regalos, como por ejemplo en 1633, desde Lombardía, una armadura y dos *galquillos enanos*, «los cuales se hicieron famosos por su librea en el salón y en el campo», y un pony que también servía para semental. «Es un *diablillo* á quien no se debe dejar de la rienda y empezar por darle media docena de vergajazos; de lo contrario da (*malos abrazos*); pero después va como un perrillo».

Quizá es este el mismo pony que en la escena del picadero monta el príncipe al hacer su primer ensayo en la alta escuela. Los niños á caballo eran, especialmente en Andalucía, caso completamente habitual. En *Guzmán de Alfarache* leemos que en Córdoba, Sevilla y Jerez, los niños pasaban de la cuna al caballo (1).

Dos esbozos muestran á D. Baltasar como principiante de la *gineta* en el picadero; ambos en colecciones inglesas. El primero, más pequeño, pero más rico de figuras y mejor, pertenece á sir Richard Wallace. Puede haber sido pintado como *recuerdo* de su primer specimens en la «escuela sobre la tierra». En el fondo del patio, la pared blanca de una casa, quizá de la cuadra, en la plaza de palacio, con cúpulas en forma de torre, palomar, balcón; en éste, dos damas y un enano. Abajo en la pared unas diez figuras en fila, dos á caballo; en el centro una cosa como una gran litera roja. A la derecha una estrecha pista cercada de tablas, á la cual se asoman los espectadores; un

(1) En toda la mayor parte de Andalucía, como Sevilla, Córdoba, Jerez de la Frontera, sacan los niños (como dicen) de las cunas á los caballos, de manera que se acostumbra en otras partes á dárselos de caña; y es cosa de admiración ver en tan tiernas edades tan duros aceros y tanta destreza, porque hacerles mal tienen por su ordinario ejercicio. I, 1, 8.

caballero seguido de su caballerizo. En primer término á la izquierda, como figura principal y sólo destacándose de la vaguedad del resto por su perfecta corporalidad, el príncipe, de catorce años, sobre un grueso pony, con la mayor corrección, ejecutando una perfecta corveta. Jubón negro y sombrero con pluma blanca, frente y ojos sombreados, banda carmesí, la mano puesta en la cadera y mirando alrededor triunfalmente. *Très-crânement*, dice William Burger, como todo un hombre: *calme sur un cheval fougueux*. Delante de él, á la izquierda, está el viejo y seco caballerizo y un pequeño enano con la fusta (?), y otro más gordo, de la misma estatura, que da la señal.

Para ensanchar el espacio, hacia adelante, está á la derecha, en un extremo, otro caballero vuelto de espaldas. Por encima del enano, á la izquierda, un coche sobre cuyo techo se apoya un lacayo.

Todas estas y algunas otras figuras más están pintadas en un gris translúcido como sombras, en pocos trozos, casi con negro y blanco en su totalidad. Ningún pintor pudo con menos corporalidad traducir en idea un color. Es como un relámpago en una cámara obscura, y sus sombras movibles, ó como una vista fotográfica donde hay transeuntes. El jinete destaca-se así mucho más en esta compañía aérea. Se cree uno trasladado al espacio interior del sensorium del pintor. «Expresa á maravilla el talento del maestro» (1).

(1) Exprime à merveille le talent du maître (W. BURGER). WILKIE vió un cuadro semejante el año 1828 en casa de D. José Madrazo, director del Museo, el cual también hacía negocios. Signor Madrazo, another painter who deals—which Lopez does not, has in his house three fine specimens... a duplicate of the Velazquez of Earl Crosvenor's of the little Infante D. Balthasar on horseback in court-yard, etc. CUNNINGHAM, *Life of Wilkie*, II, 496. 28 Enero 1828. WOODBURY lo compró después por su orden para Samuel Roger, el poeta, de cuya colección lo adquirió lord Hertford por 1.270 libras 10 sh. Tamaño, 51"×40". El autor del catálogo de Madrid que contiene los dos bocetos según la reproducción del gran retrato ecuestre de Ch. Blanc, sabe positivamente (*de seguro*, pág. 610) que son copias.

Esta misma composición fué otra vez ejecutada unos años más tarde en tamaño mayor (57" \times 83"), con algunas variantes. El príncipe monta un caballo blanco. Esta vez están sus padres asomados al balcón de las rojas caballerizas de tejas de pizarra. Se distinguen perfectamente los rasgos y el vestido de Felipe en jubón negro, sombrero de fieltro y botas de cuero. Isabel está en compañía de las infantitas, y en medio, detrás de ellos, dos damas, una de ellas en traje de religiosa. Al lado del viejo caballero está ahora Olivares con el sombrero en la mano izquierda, con banda blanca, calzón, media y zapato. Hace las veces de *cavallerizo mayor* del príncipe; el director del picadero se dirige hacia él en actitud de entregarle una lanza; detrás hay un hombre calvo con grandes orejas muy separadas, cuello blanco y en actitud de criado. Todo vago, y sin embargo cognoscible, con notorias tonalidades progresivamente descoloridas hacia el fondo en varias direcciones. Aunque hubiese Velázquez imaginado y ejecutado ya cuadritos de éstos, la escuela española poseía ya trozos de interior, los cuales no podían temer ninguna comparación.

El cuadro pasó de la colección Welbore Ellis Agar 1806 á la de Earl Cronbuor. ¿Sería acaso el muy estimado que en tiempo de Palomino se encontraba en poder del sobrino del Conde Duque, marqués de Heliche? Según sus palabras, habría que pensar en un lienzo de gran tamaño (1). De hecho hubiera servido este embrión para un magnífico retrato. Es un preludio de las *Meninas* y una pareja, al aire libre, de aquel interior.

El gran retrato ecuestre del príncipe galopando (pág. 28) nos hace ver el resultado de la educación del duque caballero.

EL PEQUEÑO CAZADOR.—Ya hemos visto cómo el príncipe,

(1) Otro Quadro pintó, *grandemente Historiado*, con el Retrato de este Príncipe, á quien enseñaba á andar á cavallo Don Gaspar de Guzman su caballero mayor... Esta Pintura tiene oy la Casa del Señor Marques de Liche, su sobrino, con singular aprecio y estimación.

de diez y seis años, había llegado á figurar en el lienzo al lado de su padre y de su tío en traje de caza adecuado y en valiente actitud venatoria rodeado de sus perros (1).

De aquel niño de cabecita delicada y redonda se ha formado ahora un robusto y lozano mozo; las facciones, cambiadas ventajosamente por el férreo ejercicio cinegético en cotos y agrestes desfiladeros al fuerte aire de la sierra. Quien contemplase al arrogante y bravo muchacho creería que la vieja raza se había rejuvenecido. La mezcla de sangre francesa había ya dado mejor resultado que la de parientes cercanos. D. Baltasar se parecía á su borbónica madre, cuyo temperamento vivo, ojos negros y bien formada boca se reconocían en él. Que la caza no era en esta ocasión una mascarada pruébanlo con hartos testimonios las crónicas de la corte. A los nueve años había dado muestras que podía envidiar un viejo. En Enero de 1638 mató de un certero tiro en el sitio más agreste del monte un jabalí; la bala atravesó la res. En el mismo año, en una *corrida de novillos*, desde su balcón hirió al animal en la frente, apoyando el arma sobre el hombro de un cazador. En memoria de estos dos tiros de maestro grabó en Bruselas Cornelio Galle dos cobres en donde el príncipe da su escopeta á Alonso Martínez y donde se ve las piezas muertas ante él (2).

El tío Fernando escribía á propósito de tal suceso (6 Abril 1638): «No me maravilla que V. M. esté chocho (*caduco*) como me decís, con motivo de los tiros del príncipe, pues yo con sólo el relato he llorado de alegría cuando leí tal *desembarazo y buena maña*; también el príncipe Thomas (de Saboya) se admiraba de que tan tierno mozo pudiese matar un jabalí con tan certero tino».

(1) Una desgraciada copia bastante libre hubo en la Exposición-Academia de 1886, perteneciente á lord Berwick.

(2) Sobre una tabla se lee POSTERITATI SACRUM SERENISSIMO PRINCEPS BALTHASAR CAROLUS, etc., 18×12,8, escrito por Curtis; pág. 59. Mató el príncipe un día un jabalí á la puntería, con la escopeta, en lo más breñoso del monte, con tanto acierto que las balas le pasaron las entrañas. Memorial XIV, 21 Enero 1638, pág. 329.

Una reproducción de este retrato, no mencionado hasta aquí por nadie, apareció primero en la Exposición española de Londres en 1895 y luego en 1901. El cuadro (del marqués de Bristol) hizo entonces el efecto y causó la impresión de un original. La encina de primer término falta, el tono general es algo gris, el sitio más agreste y salvaje. El perro, que en el del Prado sólo asoma el perfil, está aquí terminado y tiene un compañero: indudablemente son los dos galguillos que el tío le envió de Italia en 1633.

Quizá fueron pintados para él y enviados á Flandes como presente. En la primavera de 1639 llegó de Bruselas una carta dando las gracias. «El retrato del príncipe, á Dios gracias, es magnífico; yo estoy *loco* de placer y beso las manos de V. M. por este recuerdo y por tal presente que tanto me honra. Dios le proteja; es un *lindo muchacho*» (1). El retrato muestra al joven cazador en el centro del monte. Detrás, á mano izquierda, se ve á lo lejos un pueblo claramente iluminado, al cual se descende por una parte de bosque de verde obscuro intenso.

EL PEQUEÑO PRETENDIENTE.—Cuando la esperanza de una sucesión depende de una sola persona, se piensa desde el día del nacimiento en la elección de novia. Cuando D. Baltasar se aproximaba al décimo año de su existencia, edad en que en otro tiempo su padre contrajo matrimonio con Isabel de Borbón, se habían expedido ya retratos á las cortes amigas. En ellos aparece tan pronto en solemne traje negro de gala como en armadura. Es notable la diferencia de expresión. Cuando los ejercicios de la *gineta*, las aventuras venatorias del Pardo y el lujo caballeresco le habían convertido en un héroe infantil, como si brillase en sus ojos una chispa del cuarto Enrique; cuando se le envolvía en terciopelo y seda, degeneraba en un niño aburrido y habitualmente flemático. El aire de palacio,

(1) Carta del Cardenal Infante de Bruselas del 26 de Mayo de 1639. El suyo destinado á contestar á dicho presente estaba en elaboración, pero temía que los pintores de allí no le sirvieran tan pronto como Velázquez: *los pintores deste pays son más flemáticos que el Sr. Velázquez.*

el trato con las damas de la corte, las tiesas ceremonias, caía como erisipela sobre aquellas facciones sin inteligencia ni vida.

Hasta los catorce años arrastró su hastío entre mujeres y frailes. Por todas partes, aun en el extranjero, se hablaba de esto. Hay un grabado en cobre que alude á este género de educación, donde baila con unas señoritas de la corte (1). Sin embargo, hubo en el programa un párrafo para las humanidades; el profesor D. Juan de Isassi Idiáquez alababa su rápida intuición; hizo imprimir en el año 1641 una relación titulada «Copia de la abundancia», sobre el examen verificado ante su padre, Olivares y otros señores de la corte. Algunos meses después sufrió un segundo examen en presencia del nuncio, el cual le preguntó de retórica, y del embajador de Dinamarca, al cual dió datos sobre la geografía de esta nación. Su grave progenitor, que no presenciaba sus ensayos en los deportes sin emocionarse, halló esta educación de su hijo y heredero, en latín y geografía, graciosa, y no acababa de reirse (2). Pero cuando el profesor se aventuró á indicar que era tiempo de iniciarle en los negocios de Estado, declinó aquella gracia; «no quería mezclarse en cosas en que no se habían mezclado sus predecesores». Ya se oía la voz que hablaba con temor del porvenir.

A los retratos de regalo pintados en traje de corte pertenece la figura de cuerpo entero de Viena (núm. 616 × 100 cm.). Sus

(1)

Mas ¿dónde he de ir, si, criado
Entre meninas y damas,
Sé de tocados y flores
Más que de caballos y armas?

CALDERÓN, *Las blancas manos*, II.

(2) Copia de la abundancia Του Κέρματος Αμαλείας (sic) de la lición, que hizo de sus estudios el Ser. S. Pr. Baltasar Carlos delante de la Mag. del Rey, en 20 de Agosto 1641. Dedicado al Excmo. S. Conde Duque. Recitaba versos de Marcial y conocía la geografía de las cinco partes del mundo; de la quinta tierra austral ó *Magallania* sólo conocía las costas.

desposorios con Mariana, la hija de su tía María y del emperador Fernando III, hacía largo tiempo que estaban proyectados, aunque hasta el año 1646 no se decidieron y anunciaron formalmente. Una figura en negro sobre rico fondo de púrpura, jubón de terciopelo negro con lazos bordados en plata, la mano izquierda puesta en la daga, banda plateada y capilla negra. La mano derecha en el respaldo del sillón granate, tapete y cortina rojos. Sobre la mesa está el sombrero de alas anchas. Sobre la tibia golilla una cara insignificante, casi desagradable. Esta misma posición está repetida en un busto conocido por la exposición de Manchester, perteneciente al coronel Hugh Baillie, y en la muy celebrada figura de Hertford-Galerie, que procede de la colección Wells. Esta figura, en jubón verde oscuro, notable por una saturación del color que se ha llamado ticianesca, no produce impresión de autenticidad. El color, especialmente el pardo del suelo y del cielo, se ha descompuesto en anchas rajadas y además está cambiado por el dorado del barniz.

Detrás del mozo hay una cajita forrada de terciopelo granate; según Stirling, coincide absolutamente con la cajita de aseo regalada por Felipe IV al Príncipe de Gales.

En 31 de Diciembre de 1639 escribe el embajador de Toscana: «Se ha hecho un retrato del gran príncipe armado y con toda gala y mandado á Inglaterra, cual si estuviera próximo el casamiento de S. A. con aquella princesa» (1). Efectivamente, en el conocido catálogo de la colección de Carlos I (página 170, núm. 14) encontramos: *The picture of the now Prince of Spain*, y el mismo aparece también en los papeles de las adjudicaciones de la república (2). Recientemente se ha desenrollado, para colocarlo en una habitación del Palacio de

(1) Si e fatto un ritratto del gran principe armato et con tutta la gala, et mandato in Inghilterra como se fosse molto vicino l'accasamento di S. A. con quella Principessa. SERRANO.

(2) Oct. 23, 1651. To Mr. Edward Harrison & Company Prince of Spain, I, 100. HUNTER'S certificates British Museum.

Buckingham, uno de los retratos de que habla la relación de Serrano (39" x 22,5").

Esta vez es un vivo muchacho, lleno de la solemnidad de su armadura de caballero y de las doradas espuelas; la cara está tratada en una tonalidad rubia, la mirada viva, como preguntando: ¿estoy bien así? La posición es emprendedora, con la pierna derecha adelantada; en la mano derecha tiene el bastón de mando; la izquierda, metida en el guantelete, descansa en el puño de la espada. El ancho cuello de encaje, la ancha banda rosa bordada de oro, el brillo del acero, producen magnífico efecto sobre el fondo oscuro entre la púrpura del sillón, de la cortina y de la mesa. Es una pareja del retrato ecuestre; allí el frío, uniforme y amplio reflejo del aire libre; aquí el tono caliente y denso de los interiores, con el juego de los alargados reflejos de plata y oro del metal y de los tejidos.

El cuadro está estropeado por el viejo barniz, lo cual dificulta el juicio, pero se echa de menos, á pesar de la perfección técnica, la mano segura del maestro. Recuerda al retrato del padre, pintado expresamente para regalarlo á Carlos Eduardo en Hamptoucourt.

Una reproducción representa al maestro en la Galería del Haya; procede de la colección del rey Guillermo II, y data del gobierno de Rainer (1821). Pero en ella se advierte cierta tiesura y sequedad en el rostro mismo. El fondo es gris claro con toques verdosos. La figura está en el centro en diagonal, que va del sillón que está á la izquierda, detrás, hasta la mesa que está delante á la derecha, y cuyo tapete rojo parece sobresalir de la superficie del cuadro; el pequeño general quería tener espacio para moverse. En estos cuadros de regalo se daba á la figura una posición, con arreglo á la etiqueta, no siempre feliz, entre cuadro de caza y de ceremonia.

El príncipe está delante de un antepecho, desde el cual se ve el monte cubierto de chaparros y azules colinas. Un sombrero de caza con ancha cinta está sobre un gran almohadón

en el suelo; viste de gala negra y lleva espada, pero apoya la mano derecha sobre la escopeta; una cortina le da sombra con el singular pico de tres puntas que pende de ella.

Un retrato de escuela de esta clase es el cuadro del Museo del Prado (Nr. 1.118, 1,58 \times 1,13). Pobreza en la invención de los accesorios, tieso empaste, embarazo en el trazado de las facciones. El cuadro del duque de Abercorn, adquirido en 1837 por sir Jorge Warrender por 410 libras (62,5 \times 42,5), es en parte una equivocada, y especialmente en la cara vacía de expresión, copia de taller del ejemplar del marqués de Bristol.

Finalmente, á los quince años pareció que se acordaban de que el futuro «más grande rey del mundo» debía tener también una idea de lo que eran los asuntos del gobierno, y se le llevó á que presenciara las consultas. Y para darle una idea de lo que fué su abuelo el *prudente*, le llevó su padre al Escorial y le mostró la «única maravilla del mundo». Recibió allí á su *familia*, y respiró libre de la «clausura de palacio». Cuando poco después, en Junio de 1646, fué anunciado su matrimonio con Mariana de Austria, fué el novio con su padre al teatro de la guerra, y un poeta de la corte retrató al «nuevo Adonis de una Venus alemana, cómo avanzaba con la pica en la mano *tan arriesgado como bello*». En esta edad, según la inscripción catorce años, se le ve en el grabado de Juan de Noort, en la tantas veces mencionada obra de caza. Es una cabeza fina y simpática; sólo la boca tiene los odiosos rasgos de familia, más acentuados que nunca, ni antes ni después.

Probablemente, el cuadro del Prado (1.083, 2,09 \times 1,44) le muestra en el último año de su vida. Precede, pues, á los de su padre y tío veinte años. Está vuelto á la derecha, en serio traje de corte, con capilla; la mano izquierda en el rojo respaldo del sillón, sobre el cual cae parte de la cortina; la derecha, caída, tiene el sombrero con el otro guante. La bien proporcionada figura, sobre el fondo gris obscuro, está firmemente trazada; la frente despejada, el color atezado, los negros ojos sin brillo, las sombras algo apagadas. Un cuadro insignifican-

te, ante el cual casi se pasa sin detenerse. El brillante jinete, el arrojado cazador, tiene traza de volverse un mediano heredero del trono. Velázquez debe de haber tenido en este cuadro poca parte, si bien aun no se ve nada de la manera del Mazo.

Finalmente, después de los desposorios en la Seo de Zaragoza, el día del segundo aniversario de la muerte de su madre (5 de Octubre), en la Seo de Zaragoza, enfrióse en el juego de pelota, y á los nueve días la fiebre, bajo la dirección de los Sangredos españoles, puso fin á aquella joven existencia. Cuando el enfermo vió á su alrededor las caras llenas de desconsuelo, preguntó si se había perdido Lérida. Como le contestaran tranquilizándole respecto de este punto, exclamó: «Entonces es que estoy muy grave...» Su corazón está allí guardado al lado de los Evangelios, en el altar. Cuando el secretario estaba escribiendo la noticia á la gobernadora, la mano se negó á escribir y sus lágrimas cayeron sobre el papel. Entonces el padre (hacía una hora que el príncipe había muerto) cogió la pluma y escribió él mismo el despacho á Leganés. Había tenido, dice Giustiniani, ocasiones oportunas de mostrar el dominio que tenía sobre sus afectos. Escribió: «Marqués, debemos todos someternos á la voluntad de Dios, y yo aún más que cualquier otro. Plugo á Dios arrebatarme mi hijo ha una hora. Cuál sea mi dolor por esta pérdida, debéis suponerlo; pero también mi total conformidad con la voluntad de Dios, y el valor y la voluntad para cuidar de la defensa de mi reino, que también es mi hijo; y si hemos perdido uno, debemos velar por conservar el otro; y así os ruego, en la empresa de esta campaña, no cejar hasta socorrer á Lérida, cuya conservación espero del Señor; os ayudaremos según nuestras fuerzas.»

Con esta muerte estaba echada la suerte de la dinastía y del reino. Quince años después le fué deparado al monarca, agotado por la edad y las enfermedades, un tardío retoño, que fué bautizado con el nombre de Carlos. Su extenuado rostro, tan representado por los pintores, era una copia degenerada

del vigoroso mozo. Los deportes, que aquél desempeñaba con placer y destreza, agobiaron á éste, sobre cuya pobre cabeza, más hecha para la tonsura ó la capucha, pesó la corona á los cuatro años. El uno podrido de gusanos, el otro un fruto sin semilla.

FIN DEL CONDE-DUQUE

Tres retratos por lo menos se conocen de los últimos años del poderío de Olivares, en los cuales Velázquez tomó mayor ó menor parte; además de éstos hay tres ó cuatro cobres, de los cuales dos le son atribuídos al maestro, así como varias copias.

Todos creen que son anteriores á la caída del ministro (Enero 1643). En la general y duradera abominación en que cayó su memoria, terminó el comercio de la en ninguna época seductora figura.

Y como difícilmente otro que su favorito le retrató y, por sus muchas ocupaciones, no muy á menudo, sus más ó menos sinceros admiradores se dirigirían á él, así como el mismo Olivares cuando quería regalar su imagen á sus amigos.

Hay en dichos retratos matices en el tono y expresión; se le ve, ya en figura completa, en media figura ó en busto; perfil, facciones, modelado y cualidades, son las mismas. Pero entre los existentes ejemplares, no sabría yo indicar cuál fué el original. Tampoco conocemos el del grabado de Hermann Paniel. En Alemania tenemos una bien pintada copia en el retrato de la Galería de Dresde, proveniente de la de Módena (622). El ministro, de media figura, con la gran cruz verde de Alcántara sobre la ropilla, y capa, está en pie, á la derecha, y recibe ó da una carta. De los rasgos de la cara se ha quitado, como lo pedía la situación, toda nota sombría.

La llave de oro pende del cinturón. El *pentimento* de la peluca, primeramente más grande, indica que no es copia. La mano, alargada y llena de cálidos reflejos, está muy acabada

para aquel tiempo. Pero los rasgos y el modelado de las facciones iluminadas parecen auténticos. Los ojos tiene un aspecto vidrioso, por el gran brillo de la córnea, que se funde con el blanco de la piel. El contorno de la capa, repetido por anchas líneas en ambos lados, produce un efecto tembloroso, como de estereóscopo.

El busto del Ermitage está pintado con más amplitud, nervio y fuego (de la colección Coesvelt): casi monocromo, de un tono pálido-terroso, produce la impresión de un enfermo de fiebre (1). La cruz está sólo indicada en gris, el iris castaño. Mirada de cerca, la fisonomía consta sólo de colores claro y obscuro, puestos con pincel amplio sin fundir.

La expresión es repulsiva, pero la mano del maestro no se desconoce.

Asimismo hay también un retrato de cuerpo entero en traje de corte, de terciopelo negro, el cual fué adquirido de la colección del rey Guillermo de Holanda, con el *pendant* de Felipe IV, por el precio de 38.850 florines, aunque en la subasta Lapeyrière de París, en 1825, sólo alcanzó 11.520 francos (2). Este cuadro, apreciado un poco exageradamente, sólo tiene el valor de un cuadro de taller. La posición de la figura y el ambiente armonizan con el retrato de los veinte años; sólo la cabeza es de los cincuenta; la tez aseméjase al de Dresde, pero con reflejos luminosos. La mirada es nerviosa, un tanto llorosa. De los «tres caracteres del ilustre hidalgo, suave favorito y hábil político» (Stirling), no quedan más que ruinas.

¡Qué carácter tan lúgubre ha tomado aquí la cabeza! La inexorable edad, el trabajo que mina, y aún más las emociones destructoras de un temperamento indudablemente psicopático, le habían transformado de tal modo, que pudiera creerse que un espíritu maligno había imaginado aquel rostro para dar crédito á todas las maldades que se le atribuían. Desde el in-

(1) El color del rostro en los últimos años era «frá il terricio, e il cedrino».

(2) Antes, en la subasta Delahaute en Londres, 1817.

fausto año de 1640, y especialmente desde las traicioneras veleidades de su primo Medina Sidonia, notóse un cambio en sus facciones y en el color de su rostro, relacionadas con indicios de lesiones mentales (1). Los grandes de la corte le llamaban *el hombre triste*. Las heroicas líneas que en otro tiempo hacían pensar al embajador de Austria en un emperador, eran ahora facciones hinchadas y tumefactas; la boca hundida por la falta de dientes, la barbilla más pronunciada hacia arriba, de aquí la depresión y aire de perfidia de la cara. También los ojos parecen abismarse bajo las arrugas circulares y como pellizcadas; la mirada es recelosa; cuando quería ser amable, resultaba falso y hasta cruel. El bien cuidado bigote, único detalle en que parecía mostrar aún su vanidad, llega hasta la oreja y termina en un tufo redondeado. Póngase ahora como marco á este semblante la espesa peluca de zorro (*adoptiva cabellera*) (2), y tendremos un conjunto realmente siniestro (3). Podría tomársele por uno de aquellos apicarados parásitos de la corte, ó por la mascarilla inventada bajo un dudoso gusto teatral del brutal matón, traidor celestino, bravo y fullero.

Aquí podríamos citar algunas copias. Un busto que estaba en la colección del Príncipe de la Paz, llevado á Inglaterra desde Buchanan y vendido, en 1814, por lord Lansdowne, citado por Waagen (*Obras de arte*, II, p. 77), «de gran vigor en la concepción y maestría en la ejecución»; un crítico del *Athenaeum* (1877, 27 Enero) reconoce en él «el original auténtico de sinnúmero de copias»; si bien la acertada descripción que incluye (4) dispensa á los críticos de un examen fatigoso. Es

(1) Questa conspirazione ha oppresso di maniera l'animo del C. D..., che oltre alla mutazione del sembiante e del colore, si è da molti osservato che in gualche tempo la mente non è stata senz'alcun segno di lesione. GUIDIS, 24 Septiembre 1641.

(2) TIRSO DE MOLINA: *La gallega Mari Hernández*, III.

(3) La guardatura ha del torbido, e dello sforzato. Rel. Lucc., 1644. RANKE.

(4) Ex cessively dark, somewhat crude in the shadows, and rather heavy in the half tones.

una mala pintura, sombría y floja, en tono moreno de carne. Un retrato que trajo el general Meade, y que posee Richard Ford, es mejor, pero también está pintado en aquel tono pardo. En cambio, el cuadrito miniatura que se conserva en el Escorial es digno de confianza. Es más parecido al grabado de Paneel, bonitamente pintado en un tono caliente, fino y, sin embargo, fácil; originariamente elíptico, después puesto en un cuadrado. Encontrábase últimamente en el palacio de Madrid, en la sala Gasparini.

Hay tres grabados dignos de nota. El primero, admirable, está firmado por dicho grabador Hermann Paneels, y es del año 1638 (1). Los otros dos, probablemente destinados también á libros dedicados, son pruebas de placas no terminadas y abandonadas después de su caída. También aquí las faceiones están hechas tan á estilo de Velázquez, que se le han atribuído á él mismo, haciéndole un dillettante en dos procedimientos de grabado.

La hoja de la Biblioteca Nacional de Madrid representa un busto con relieve, descansando sobre estrechos pedestales cuadrados, en armadura, la capa puesta á estilo romano. Está trabajado en estilo liniado; el rostro con rígidos y toscos arañados en cruz, por un mediano grabador, pero, sin embargo, entendido en el oficio (2).

La segunda hoja proviene de Cean Bermúdez, el cual puso al dorso una noticia (3). Sólo está acabada la cabeza, y por

(1) Fué hecho para la obra de J. A. TAPIA Y ROBLES. *Illustration del Re nombre de grande*. Madrid, 1638. El busto se encuentra en un marco ovalado, ornado de blasones y ramos de olivo. Arriba se lee: *Sicut oliva fructifera psalm, 51*. Abajo: *Ex archetypo Velazquez*. Hermann Paneels f. Matriti, 1638. En estilo liniado con puntos.

(2) ROSELL Y TORRES: *Museo español de antig.*, IV, 107, lo tiene por una copia del pintor según su cuadro.

(3) Este retrato del Conde-Duque, grabado por Velázquez, es el mismo de quien hablo en mi *Diccionario histórico*, de los más ilustres profesores de las bellas artes en España, Madrid, 22 de Septiembre de 1813. CEAN BERMÚDEZ. También para FRIEDRICH LIPPMANN la autenticidad es dudosa.

cierto, en estilo liniado con punzón; la peluca en largas líneas serpeadas, paralelas. El trabajo del rostro revela aún más que el de la primera hoja un grabador holandés experto. La expresión, recelosa en la de Madrid, es aquí ingenua. Esta hoja fué adquirida por el señor de Werther para su colección de grabados de Berlín.

JULIANILLO

De un acontecimiento que precedió á la caída del ministro, y quizá la precipitó, debía también quedar memoria en la obra de Velázquez. Se trata del retrato de un caballero de unos treinta años (su hijo natural). Aun el siglo pasado lo vió en la colección Altamira lord Francis Egerton, el cual lo compró en subasta más tarde (1827) en Londres por el risible precio de 37 libras 16 chelines. Hoy está en Bridgewater House.

D. Gaspar había tenido relaciones íntimas en sus años de aventuras con una célebre belleza, D.^a Isabel de Anversa, *amancebada* en aquel tiempo con D. Francisco de Valcárcel, dama de posición, y dicho hidalgo determinóse á reconocer el fruto que se le atribuía de estas relaciones. Era el D. Francisco *Alcalde de Casa y Corte*, por lo tanto uno de los más altos funcionarios de la Justicia, y estaba casado. Pero después abandonó á su suerte al pequeño Julián. Había cantado por las calles de Madrid, fué paje del arzobispo de Sevilla, llegó á Méjico con la flota, allí mendigó, sirvió como jornalero, escapó á la horca y estuvo de soldado en Flandes é Italia. Entonces volvió á España y se casó con una *Dama pública de la corte*, Leonor de Unzueta: ¡Toda una novela picaresca!

Olivares, que había perdido en el año 1626 á su única hija, la duquesa de Medina de las Torres, concibió en el estío de 1640, repentinamente, la idea de que este hijo natural podía realizar su ardiente deseo, al cual hacía mucho tiempo que había renunciado: legar su fortuna y su título á un heredero de su nombre. Tal vez tuviera parte en su determinación veleida-

des del sentimiento paternal; algunos creyeron descubrir una cierta semejanza. Le adoptó é hizo que se enviase la noticia á las Cortes. Destinóle el mayorazgo de Olivares y el ducado de Sanlúcar, para dejar «un testimonio de su gran favor» en esta *prenda de sus yerros pasados*, como le llamaba. Su vieja duquesa no opuso dificultad alguna; para persuadir más fácilmente al rey se hizo una hábil alusión al reconocimiento de su bastardo D. Juan. Julianillo fué instalado en el Buen Retiro, obtuvo un estado, fué gentilhomme de la cámara y acompañante del príncipe. Olivares le hizo cambiar el nombre de Julián, ominoso en España por su equivalencia con Judas, por el de Enrique Felipe de Guzmán, que sonaba mejor, «porque yo desearía que sostuviese dignamente la memoria de mi gran padre (!) y haga perdonar mis errores y mi menos digna memoria». La casualidad quiso que el héroe de la novela picaresca de Mateo Alemán, entonces en todas las manos, se llamase también Guzmán (de Alfarache), porque su abuela, entre sus adoradores, difíciles de reducir á número, señalaba uno de este apellido de antigua nobleza como el más verosímil padre de su hija. La sátira, pues, estaba dispuesta (1). En el mismo Alfarache, en Sevilla, había hecho construir Olivares una iglesia y un convento, donde quería que le enterraran.

Cuando su mujer, enviada á Sevilla, tuvo la oportunidad de morir, contrajo matrimonio con la primer dama de Palacio, D.^a Juana Fernández de Velasco, hija del condestable de Castilla, duque de Frías, mandando hacer constar el padre en el contrato que había sido voluntad del rey (2). La boda se efec-

(1) El florentino OTTAVIO PUCCI publicó los siguientes versos:

Vuestra Majestad despache
al segundo don Julián (el primero fué el traidor español),
que es el segundo Guzmán
que ayer lo fué de Alfarache.

(2) En las calles se cantaba:

Soy la casa de Velasco,
que de nada me da asco.

tuó el 28 de Mayo de 1842. Los reyes fueron testigos. El regalo de boda de la reina fué el magnífico mueble en que el príncipe había nacido, tasado en 20.000 ducados. El sentimiento de honor y de orgullo de la nobleza de Castilla mostróse de rara manera: el día de la publicación del matrimonio fueron los grandes y cardenales al Buen Retiro á dar el parabién al joven Guzmán. Cuando devolvió su visita al embajador de Toscana iban en su séquito el condestable, el conde de Peñaranda y una docena de titulados. ¡Qué había de hacer un pobre pintor! (1).

Velázquez pintó al heredero de los Guzmán en su nueva vestidura, acariciando con la mano el pequeño escudo de Alcántara. Pero es demasiado altivo para trabajar de veras; pinta con «la mitad de su genio», y hasta cubriéndose parte del rostro con la capa. El flamante traje nuevo lo pintó un discípulo. El gusto del advenedizo revélase en los abigarrados colores del traje, que, como dijimos, desdeñó el maestro; sin embargo, reconócese su firma en cierta contrariada negligencia.

Es un buen mozo; se sospecha en él la belleza de la madre: fuertes cejas oscuras, dulces ojos pardos, nariz ancha y pronunciada, labio inferior encarnado, grueso y saliente; una fisonomía cual se ve á menudo en aquellos cuyo destino es heredar riquezas. La frente es alta y estrecha; el alto occipucio recuerda al padre. Viste colete de ante; anchas mangas blancas de lino con vuelillos de encaje salen de las mangas acuchilladas de la ropilla; banda y calzón carmesí, bota de montar guarnecida en los bordes. En la mano izquierda tiene el sombrero, con plumas blancas y azules. Se elogiaba en él que, aunque elevado por la suerte, parecía de una gran casa; pero se nota que lleva un traje nuevo. Ni su aspecto ni su expresión son los del hidalgo; parece entre contento y embarazado. Sobre él arroja sombras un cortinón azul bordado en oro.

(1) Si conobbe in quel caso la *viltà* degl'animi adulatori, perchè *tutti i grandi* della corte, e tutti i Titoli, e Signori jurono dargli il parabien á D. Eurico, Eccellenza. Así escribe GUIDI en Marzo de 1643.

Waagen encontró el cuadro prevenido por el nombre del pintor, en prodigioso tono claro castaño encendido, magistral y cuidadosamente empastado. Las sombras del rostro son inusitadas; las manos, pequeñas y sin acabar; la que coge la insignia de la Orden parece una garra; la izquierda es sólo un embrión.

El retrato del Hermitage presentaba al amo de la gran monarquía en estado de decadencia. En uno de sus frecuentes ataques de popularidad dijo (como Ricardo III: *There is no creature loves me*): «Ni en las habitaciones del rey ni fuera de ellas tengo á nadie que me ame». Los reveses de la guerra y el deseo de contener la desmembración del reino prepararon su caída. En el año de 1640 sobrevino la dispersión: levantamiento de Cataluña, entrada de los franceses, separación de Portugal y proclamación de la casa de Braganza. Estaba «casi loco» (*quasi impazzisce*) en aquellos días; él mismo dijo al embajador de Venecia que cuando Tarragona vacilaba estaba él como quien espera su sentencia de muerte. La pérdida de Perpiñán, en Agosto de 1642, dice Nicolo Sagredo que fué el «golpe mortal». Sospechó siempre que la reina Isabel había de ser su Esther. La inevitable catástrofe de todos los *privados* fué tema preferido de los poetas; inspiró á Calderón, Tirso y Alarcón algunas de sus más fecundas creaciones; y á menudo oyó en los corrales de Madrid su conjuro de ventura así como su toque de muerte (1). Finalmente, el 15 de Enero de 1643 sonó la hora en que había de quebrarse el «vidrio» de su favor (2). Se le entregó un billete del rey, que empezaba así: «Conde: sabéis los años que go-

(1) TIRSO, *Privar contra su gusto*; ALARCÓN, *Los pechos privilegiados*; y, más que éstos, CALDERÓN, *Saber del mal y del bien*, donde el caído dice al favorito:

Como tú te ves, me vi;
veráste como me miro.

(2) La privanza e di vetro, che in piú d'una mano non lascia di rompersi. GIROL, GIUSTINIANI, 7 März. 1648.

bernásteis mi monarquía para su daño, el cual hoy he llegado á conocer». Cuando en la próxima audiencia invirtió más de media hora en defenderse, díjole el rey sin mirarle: «*No es más tiempo, conde*». Retiróse á la ciudad de Loeches. Allí, en la magnífica iglesia edificada por él, de monjas dominicas, tuvo tiempo de pensar, bajo el gran cuadro de Rubens, sobre el tema que en la «Cisma de Ingalaterra» pone Calderón en boca de Wolsey.

¿Que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aún no soy?

No quería recibir ninguna visita, pues con los amigos no podía mostrarse blando ni darles ocasión de disgusto, y con los demás temía perder la calma. Pero como escribiese una vehemente defensa, resolvióse alejarle de la corte. Su sobrino Haro llevóle la noticia. No quiso ir á Sevilla, y eligió la pequeña villa castellana de Toro. De camino tocó en Madrid por última vez, oyó misa en Atocha y comió en Pozuelo de Alarcón; allí y en La Torre le visitaron el oficial Haro con varios señores de la corte y su bastardo y muchos caballeros. Parecía muy abatido y dolorido, y había encanecido por completo. Entre los caballeros estaba Velázquez. Tales visitas no eran peligrosas, pues el rey le trataba todavía con consideración y hasta demostró que aún le conservaba afecto. En la sesión del Consejo de Estado, donde explicó las variaciones en el Gobierno, elogió su buena voluntad en servirle y fundó su separación en su resolución de gobernar al pueblo sin *privado*. Olivares murió el 20 de Junio de 1643.

Don Enrique fué alejado de la Corte, y terminó en la misma década. Doña Juana ingresó en un convento, y su hijo murió en la niñez.

QUEVEDO

Sobre tales grandezas, en parte sombrías y en parte ilustres, sobresale un hombre ante el cual el español de hogaño, que sólo guarda para Calderón un patriótico respeto, y por

cierto á alguna distancia, siente aún cálido entusiasmo, y cuyas palabras suenan aún como las de un vivo (1): FRANCISCO GÓMEZ DE QUEVEDO Y VILLEGAS, montañés, como él se jactaba de serlo, nacido en Burgos en 1580.

Fué un grande hombre, si bien nadó en medio del turbulento remolino de la época, y no se vió libre del contacto del mal gusto y de las corruptelas reinantes. Aunque sin perder de vista los viejos ideales de la nación, su inteligencia encontrábase como en su casa en cualquier realidad de todo género y grado, y su fantasía se vió á menudo «dominada por lo vulgar». Con una mano esparcía grandes y nunca dichas verdades; con la otra pintaba (con paleta que hubiera envidiado Zola) la baja ralea de la sociedad española, la turbia fermentación y las feroces borrascas de su indómito corazón.

Él mismo ha transmitido su retrato: «Es hombre de bien, nacido para mal; hijo de algo, para ser hombre de muchas fuerzas y de otras tantas flaquezas; es de buen entendimiento, pero de no buena memoria; es corto de vista como de ventura; hombre dado al diablo, prestado al mundo y encomendado á la carne, rasgado de ojos y de conciencia, negro de cabello y de dicha, largo de frente y de razones».

Estaba cojo, con las piernas torcidas hacia atrás (le llamaban el *Diablo Cojuelo*), con lo cual tenía la más perfecta disposición para la sátira; en la despiadada mordacidad de su burla como en el poder de su inteligencia iguala á Jonathan Swift, y también en los naufragios de su vida; sólo que á él la desgracia le llegó de fuera. El deán de San Patricio perdió el logro de sus ambiciones á consecuencia de una alegoría bastante inofensiva sobre los tres partidos eclesiásticos, que hirió el sentimiento de la reina Ana. Quevedo, cuyo *Gran Tacaño* está sembrado de crueles blasfemias, nunca se atrajo seriamente las censuras de la Inquisición.

(1) En el año de 1870 apareció *Al Rey electo*, 191 pensamientos, máximas y consejos de Quevedo, que debe tener muy presentes para su gobierno el duque de Aosta.

Su retrato falta en el Museo del Prado, al lado de aquellos entre quienes en otro tiempo esgrimió su agudo y casi siempre cortante numen; pero existe, aún más puro que el de ningún poeta de su tiempo, en color y también en tono. Un notabilísimo dibujo del joven poeta, probablemente del natural, encontramos en la obra de Pacheco, desgraciadamente sin texto, bajo el número 48 en la edición Asensio; Quevedo mismo lo celebró en la silva 25 del *Parnaso* (1).

El retrato de Velázquez descrito por Palomino (Museo, III, 333) se encontraba, á lo que parece, en el siglo pasado, en la colección de D. Francisco Bama, en Sevilla, donde lo vió el inglés Twiss (2). En la Biblioteca Nacional de Madrid hay una grosera copia; otra peor hubo en la colección de José Madrazo, y es conocida por una litografía de Camarón. La pequeña cabeza con anteojos, atribuída á Murillo en la galería La Caze (Nr. 28, cir. 28, diámetro 0,29), no es Quevedo. La forma de la cabeza es completamente distinta: frente corta y deprimida, con fuertes cuencas sobre los ojos; nariz aguileña saliente.

Quevedo fué un admirador de Velázquez; de él proviene el primer testimonio escrito sobre el pintor en la silva *Al pincel*, del *Parnaso*. Comprendió ya todas las cualidades que después

(1) En la biografía-prólogo de D. AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE á las obras de Quevedo de la edic. Rivadeneyra (Madrid, 1859-1877), se examinan la mayor parte de los grabados, por cierto bastante mediocres y desfigurados por adiciones de mal gusto, que figuran en las ediciones de Quevedo, indicándose como el mejor, copiado á menudo, entre otros, por Carmona, un pequeño medallón que figuró á la cabeza del *Parnaso* español en 1648. Este grabado fué, según refiere un tal D. J. A., dibujado por Alonso Cano A^oCA. Con el medallón rivaliza, según Guerra,

DEL
un segundo grabado, según un original extraído de Madrid, dibujado en la edición de 1715 por Salvador Jordán, y de allí tomado para la de Amberes (grab. de Bouttalz); pero éste se remonta al mismo original, que no es otro que el cuadro de Apsley House.

(2) An original protrait of Quevedo, with spectacles, by the same Velázquez. A fine engraving, by Carmona, of this picture is inserted in the 4.th vol. of the Spanish Parnassus. Twiss: *Travels in Spain*, 308.

se han alabado en su pintura. Verdad, no sólo parecido; el relieve y el bulto, lo *mórbido* de las carnes, la vida, la justeza de su imagen, que igualaba á la de un espejo; su técnica magistral y la blandura de su pincel (1).

El retrato de Apsley House ($24 \times 21 \frac{3}{4}$), adquirido por Wellington en el año 1841, en Londres (L. 105), fué tenido entonces por un abogado español. No pudo ser pintado después de su último encarcelamiento en la cripta de San Marcos, de León, de la cual salió como hombre acabado; procede de la época de su favor, tal vez de cuando era secretario de S. M. (1632). Un enérgico rostro pronunciado, circundado de abundante cabellera y un poco vuelto á la izquierda, sobre fondo obscuro, algo aclarado hacia el hombro derecho, en un tono metálico con reflejos de luz y de sombra.

La autenticidad de este cuadro ha sido rotundamente negada por el Sr. A. de Beruete, que lo examinó en compañía de su retratista de París. Ambos echan de menos en él la *griffe du lion*. Mi convencimiento sobre su autenticidad se formó en el nuevo examen que pude hacer de él en la Exposición de Julio de 1901; la vida personal é ingeniosa de aquellas fac-

(1) Por ti el gran Velázquez ha podido,
 diestro cuanto ingenioso,
 así animar lo hermoso,
 así dar á lo mórbido sentido,
 con las manchas distantes
 que son verdad en él no semejantes,
 si los afectos pinta,
 y de la tabla leve
 huye bulto la tinta, desmentido
 de la mano el relieve.
 Y si en copia aparente
 retrata algún semblante, y ya viviente
 no le puede dejar el colorido,
 que tanto es parecido
 que se niega pintado, y al reflejo
 se atribuye que imita en el espejo.

(Obras, III, 317.)

ciones, hechizadas con la sencillez y carencia de énfasis en el procedimiento que sólo posee un pintor de la categoría de Velázquez, se me ofreció más de manifiesto que anteriormente (1). Es verdad que faltan los rasgos sueltos del impresionismo, sin los cuales parece que no se puede celebrar á Velázquez. Pero ya hemos visto cuántas falsificaciones pueden esconderse bajo esta piel de león.

Quevedo nos ha dejado en verso una descripción humorística de su aspecto exterior, espejo de su interior, y que corresponde exactamente con el retrato. La frente es alta; en su centro se reúnen los más fuertes y anchos rayos de luz; del nacimiento de la nariz arrancan anchas y hondas arrugas, y no faltan dos cicatrices horizontales. Estaba orgulloso de esta frente ancha y despejada (2).

Los ojos aparecen detrás de los grandes y redondos lentes de unos anteojos de asta, cuya armadura arroja sombras sobre la cara, pues este agudo y perspicaz observador fué atacado de acentuada miopía cuando se graduó, á los quince años, de Teología en la Universidad de Alcalá. Había acortado su vista con incesantes lecturas (entre ellas orientales), pues leía en la mesa, de viaje, en la cama; llevaba en sus viajes unos cien tomitos pequeños en una bolsa de cuero. Tenía no sólo el apetito, sino las fuerzas digestivas, de un polímato; su estilo conciso, obscurecido por juegos de palabras y por inesperados é inusitados giros, es (como el de Hamann) el estilo del recolector. Desmentía la máxima de que la mucha lectura paraliza el ingenio. Así, pues, las antiparras no eran en este caso una manifestación de la vanidad española (3).

(1) Esta impresión es también la de A. BREDIUS, *Spaansche Kunst te London* (Nederlandsche Spectator, 1901. Nr. 22).

(2) Cabeza ancha, bien repartida, suficiente para mostrar por señas mi agudeza; frente larga y blanca, con algunas viejas heridas, testimonio de valiente.

(3) C'est surtout la folie d'être aveugle qui a fait fortune... De bons yeux sont devenus le partage de la canaille. M. DE LANGLE: *Mon voyage*

Los ojos son rasgados, grandes y redondos (1). Lerma los llamaba en una poesía claros como el cristal, y él mismo, «turbios á la vez que claros» (2). Inciertos y miopes sin los lentes, mostraban tras de los cristales, como puede verse en el cuadro, una mirada firme, fría y penetrante, muy diferente de la acostumbrada mirada al sesgo, que sólo se dejaba para los grandes personajes. No es la mirada del poeta ó del filósofo, sino más bien la del político ó del conocedor de los hombres, ante la cual las apariencias se disipan, y las cosas se vuelven transparentes; una mirada desconcertante, con cierto tinte despectivo, así como también la boca, que expresa menosprecio y orgullo (3). Por efecto del brillo de los lentes, parece salir de un fondo profundo y obscuro. Cuando su protector y pariente espiritual Osuna, cuya mano derecha había sido en la administración de Sicilia, trató de obtener el puesto de Nápoles, envió á D. Francisco á la corte con la caja de caudales (3.000 ducados); allí vió ante sus ojos á los grandes «en la triste desnudez humana».

A pesar de esta mirada de observador, hay en el conjunto de su rostro, en la actitud de la cabeza, algo del batallador, del hombre de espada (como lo atestiguan las cicatrices de la frente), del vivo y sarcástico controvertista. No le faltaban ni las dotes naturales del valor ni las del moralista. Los lectores de entonces no leerían sin espanto sus versos reproducidos en los *in usum delphini* de los satíricos romanos y más de una

en Espagne. Neuchatel, 1785, II, 93. Los generales se hacían retratar con monstruosas antiparras; por ejemplo, el *Marqués de Velada* en un grabado de ANT. VAN DER DOCS.

(1) Ojos rasgados, aunque turbios; serenos, aunque tengan mil enojos.

(2) Lisura en verso y en prosa,
Don Francisco, conservad,
ya que vuestros ojos son
tan claros como un cristal.

PALOMINO: Loc. cit.

(3) Dijo en cierta ocasión de sus hombros: «que causa el verme al más valiente asombro!»

frase de la *Monarquía de Christo* y de la vida de Marco Bruto, en los cuales figuraban Don Felipe y Don Gaspar. Si bien ocasionalmente maestro en irresistible adulación y en paliativos diplomáticos de graves verdades, poeta de corte, era, sin embargo, en él la «libertad en el decir» cualidad de temperamento (1); poseía la experiencia y el arte espantoso de «decir la verdad», cosa que no estaba administrada todavía por la libertad de la prensa ni de la palabra. Había dominado no sólo los estudios de la Universidad, sino la más difícil escuela de los negocios. El que un hombre de esta clase pudiese vivir sesenta años en la corte, demuestra ciertamente que el despotismo de Felipe IV no era muy penoso. Este oyó decir de él que un rey que se deja gobernar de otro hombre no es más que un guante.

Los negros cabellos (cejas *rojas*) flotan alrededor de la cabeza rizosos, ornando la frente y cubriendo las orejas. Algunos hilos plateados aparecen aquí y allá. En él se revela algo parecido á un campo herido por la tempestad. Esta cabeza descansa sobre fuertes hombros y alto pecho (2). Las abultadas alas de la nariz dejan leer el temperamento como entre líneas, pues no se puede negar que el inquieto ardor de aquel espíritu está latente en el cuadro, y sólo quien le conociese podría sospechar en aquel rostro, al parecer inexpresivo, las huellas de tormentosas pasiones, el trabajo del pensamiento, la lucha con la vida y con la muerte. A esto contribuye la iluminación: de lejos sólo se veía emergiendo de la obscuridad parte de la cabeza, que se ha hecho sólo visible recientemente por una restauración (3).

(1) Se le tachaba de ingrato aun con Osuna. Questo cavaliere, escribe el embajador veneciano, hablando de su prisión, era di buonissima conversacione, pero picante, e dicono ingrato. Dap. 17, Dic. 1639.

(2) Pecho alto, y en generosa compostura, donde puedan caber honra y provecho.

(3) De COLNAGHI. Se temió que al quitar la obscura cubierta apareciese otra mano.

Más de relieve está su carácter en el notable busto en tierra cocida de la Biblioteca Nacional. Intrigó á los artistas de Madrid quién podía haber hecho aquella cabeza. Todos hablaban de Alonso Cano; pero su trabajo plástico no tiene ningún parecido con el estilo de esta obra. Y si Cano (pág. 67) se acercó tanto á las facciones del poeta ¿por qué había de haber utilizado para su dibujo otro modelo? El busto debió de haber estado en palacio y ser regalado por Felipe V á la Biblioteca. ¿Por qué Felipe IV, que se rodeaba de cuadros de bufones, había de haber desterrado al satírico? Aunque hubiese sido un sentimental que no pudiese resistir el amargor de la verdad, era bastante amigo del arte para encontrar placer en el mencionado barro. Mi opinión es que un italiano, quizá Quevedo, lo trajo de Nápoles. Hay algo en él del espíritu de las cabezas de Lorenzo Bernini. La libre concepción italiana aparece allí en oposición á la siempre reservada cuando no ceremoniosa del artista español. Es el único caso en que Velázquez no se muestra en un mismo asunto superior á sus colegas de aquel tiempo.

Aquí aparece el hombre arrancado de la vida; habla y se mueve. La misma fuerza, las arrugas y cortaduras, especialmente alrededor de los ojos (profundos), de la nariz y de la boca, aún más acentuadas y rasgadas; los cabellos mejor dispuestos y en anchos rizos mezclados; el mismo mechón corto reposa sobre el lado izquierdo de la frente; las mismas cicatrices; la misma nariz ancha y prominente. Todo esto hace que se le reconozca, pues el busto no lleva firma ni nombre. Sólo la expresión es diferente. No tiene el mismo continente firme, correcto y altanero; la cabeza se inclina sobre el hombro; la mirada algo de lado, inclinada, como perdida; durante el ocio de la sesión el artista se entrega á sus pensamientos. Nada, sin embargo, de flaqueza, pequeñez ó de vanidad; pero se ve la huella de vehementes pasiones que han dejado en él algo de fatiga. Un hombre en cuya vida nada hubo de programa; cuyos escritos satíricos y poesías eran obras de ocasión y que sólo en

E. M.—*Noviembre 1907.*

el destierro ó en la cárcel emprendió discursos políticos de largo aliento sobre textos bíblicos ó clásicos; cuya obra principal, *Los sueños*, parecen una guirnalda de ocurrencias sueltas. Un hombre cuya alma estremecida hasta el fondo por los acontecimientos y pasiones de su época nunca llegó á estar tranquila, y cuando una vez lo intentó y se dejó cazar por sus protectores (ventajosamente), sólo duró un año su dicha; cuyos ojos llegaron seguramente á lo eterno, pero como el navío ve su estrella entre las nubes en la tempestad, que le lleva á estrellarse por fin contra las rocas.

EL ESCULTOR MARTÍNEZ MONTAÑÉS

En el año de 1636, cuando se estaba construyendo la estatua ecuestre de Felipe IV, se envió también un modelo de la cabeza, para cuya preparación fué llamado á Madrid desde Sevilla el ya entrado en años Juan Martínez Montañés. Si bien nada se dice en la extensa correspondencia entre Florencia y Madrid sobre aquella gran obra, de tal modelo, como tampoco de la existencia de un busto de Felipe en tamaño mayor que el natural, sin embargo, el hecho se deduce de una solicitud de aquel escultor al Tribunal de Comercio de las Indias, fechada en 19 de Septiembre de 1648, que fué extraída por Cean Bermúdez del Archivo correspondiente.

Según ésta, Montañés fué llamado por orden de Su Majestad para «hacer un retrato de su real persona para enviarlo al archiduque de Florencia que lo había pedido para una estatua ecuestre». A consecuencia de lo cual dejó su casa y su trabajo y permaneció en la corte siete meses, terminando su cometido tan á satisfacción de Su Majestad, que el retrato fué expedido al punto para Florencia (1).

El rey, cuya caja estaba poco repleta, le dió en vez de ho-

(1) CEAN BERMÚDEZ, Diccionario III, 86 y sigs.

norarios una (*cédula*) contra el Tribunal de Comercio de Sevilla para que se le concediese á su elección una *nao de visita* en la flota de Tierra Firme, ó sea una parte de las utilidades. Pero hacía largo tiempo que no había barco disponible, y tenía que esperar más de doce años. Entonces, viejo, con numerosa familia y necesitado, reclamó en vano; poco después murió; sólo diez años más tarde (1658) la viuda pudo vender la *cédula* á un comerciante por una barra de plata de mil escudos de valor.

Su llamamiento á la corte se efectuó probablemente á propuesta de Velázquez, el cual conoció al artista en su juventud en Sevilla, y valido de las relaciones de su suegro le había proporcionado trabajo y nombre.

Cuando yo examinaba el retrato ecuestre de Tacca (1877), me chocó la semejanza de la cabeza abocetada del retrato del escultor en el Museo del Prado de Madrid, tenida generalmente por Alonso Cano, con Felipe IV, y me pregunté si no sería este Montañés modelando al Rey para Florencia. Me llamó la atención aquella actitud de la cabeza, en la cual la figura de Tacca difiere de casi todos los demás retratos del rey (1).

Mi sospecha (2) se convirtió en certidumbre cuando vi en la Academia de Sevilla el retrato del Montañés de Varela. Pues á pesar de las variaciones que operan más de veinte años en una fisonomía, el fondo invariable es el mismo. Únicamente la edad ha suavizado las rígidas y toscas formas. Es de notar que la mano derecha, con el modelo en madera, está dispuesta y dibujada lo mismo que en nuestro retrato. La izquierda tiene una estatuita ó más bien un boceto, probablemente un San

(1) Según el único dibujo positivo de la Biblioteca de Madrid. El grabado de los Anales de STIRLING, II, 780 (de la Galería española del Louvre) representa un viejo sacerdote; la cabeza del Hermitage (393) es totalmente distinta. En los españoles ilustres hay un grabado de J. BÁZQUEZ.

(2) A la cual llegó por su parte é independientemente de la mía P. LEFORT. Qui pourrait bien être celui de M. M. *Gazette des B. A.* 1882, II, 409.

Jerónimo. Según esto, habría que añadir un retrato del celebrado maestro de la escultura estofada en Andalucía á la colección de retratos de Velázquez. Montañés, que había ya hecho en 1608 un Niño Jesús para el sagrario de la catedral, y se llamaba viejo en 1648, debía tener entonces unos sesenta años.

Se ha querido fechar el cuadro en los últimos años del maestro, probablemente para hacer notar su correspondencia con el viejo Cano. El retrato no terminado (*retrato por acabar*) le da una aparente semejanza con la llamada tercera manera. Las ligeras rozaduras de las partes de sombra han sido dejadas en tal estado, y también en el tono de la carne anaranjado y rosado se perciben los granos de la tela. Sin embargo, las partes de luz tienen tan soleada claridad, la plástica es tan insuperable, que se pudiera decir que el pintor no llevó más adelante la ejecución porque su objeto estaba conseguido. El viejo escultor talla un busto indicado con un *mínimum* de líneas sobre la primera capa del fondo; sobre este lienzo todo está en un grado de ejecución diferente, pues hasta se dan partes acabadas, como el traje negro del artista.

La mano derecha descansa encima del busto; la derecha está esbozada con gran espiritualidad, está conservada en su primer impulso. Cuatro dedos sostienen el buril; el dedo meñique está suelto, indicado por gruesas líneas de luz serpeantes. Aunque con sencillísimos elementos, pocas manos hay tan elocuentes como ésta. Palpita de vida. Está sorprendida en una pausa. El ojo investigador sorprende las formas de la naturaleza; la actividad modeladora del cerebro detiene en el momento del impulso la mano escultora.

La cabeza pertenece á un tipo muy frecuente en Castilla; el autor vió en uno de los primeros días de su llegada á Madrid un hombre muy parecido en un antepecho del teatro de Variedades. Ancha, bien formada y prominente frente, espesas y vellosas cejas, casi unidas; ojos pequeños y asombrados, ligerísimamente bizcos; nariz un poco deprimida entre los fuertes pómulos. El pelo gris (perilla y bigote casi blancos), ya esca-

so, especialmente sobre la frente. Se lee en estos rasgos el trabajo de una larga vida, cuyo fruto en numerosas obras de Sevilla y su provincia está reunido tan completamente. Obras que hoy, después de cerca de tres siglos, evocan en el pueblo la ocupación de toda su vida. La expresión de este hombre es noble y leal. La cabeza armoniza con la impresión que producen sus estatuas; un artista, ni observador ni fantástico por completo, pero sí un imaginero de noble gusto. Respetuoso con la tradición, proporcionados cuerpos y seriedad española.

El artista viste amplia ropa negra con cinturón de cuero y capa de seda negra, traje con el cual apenas podría trabajar á no ser que tuviera ante él una persona muy principal.

Desde Ticiano y sus campesinos, los escultores (aparte de los pintores) se hacían retratar con las producciones de su arte, estatuitas en la mano y rodeados de obras plásticas. También España poseía un buen modelo en el retrato de Pompeo Leoni con el busto en mármol de Felipe II, manejando el buril, del veneciano Greco, en otro tiempo en la posesión de sir W. Stirling, en Keir.

De Van Dyck hay un retrato del joven Franz Duquesnoy con una vieja cabeza de sátiro, sonriendo sarcásticamente, en la mano (1). Huberto van den Eynden apoya el codo con aristocrática indolencia sobre la cabeza de un durmiente; Adrian Colyus de Nole (ambos en la Iconografía) tiene la mano derecha sobre el cráneo de una antigua cabeza de tamaño superior al natural. Estos asuntos han sido reproducidos á menudo, sólo que desempeñando los artistas cada vez un papel más activo (2).

(1) En poder del rey Leopoldo II de Bélgica, grabado de Ch. Wattner.

(2) En la Escuela des Beaux Arts se encuentran muchos ingeniosos retratos de esta clase; por ejemplo, Jackes Buiet, 1661; Corn. van Cleve, 1681; René Frenim, 1701; I. B. Lemoine, 1738; Louis Claude Vassé, 1851, y otros. Jean Thierry, en el cuadro de Largillière, pone la mano con el tiralíneas sobre la cabeza de mármol. En el retrato de Couston de Le Gros descansa la mano, con el martillo, sobre la frente de una grande y antigua cabeza de mujer.

Nicolás Couston de Rigaud apoya una mano sobre el buril á manera de bastón de mando, y la otra sobre la colosal cabeza de un caracalla, á la manera de un domador de leones que echa atrás la cabeza ornada de la flotante melena.

En estos retratos se pregunta á menudo lo que la figura hace ó quiere hacer en realidad. En Velázquez se sabe. Nos muestra al artista en plena creación, absorto en su modelo.

CARLOS JUSTI

CRÓNICA LITERARIA

Los civilizados, de Claudio Farrere. — El desquite del romanticismo.
La evolución de la moral en la novela.

Entre las novelas extranjeras recientemente traducidas al castellano, con dificultad se encontrará alguna más digna de atención que *Los civilizados*, de Claudio Farrere, premiada por la Academia de Goncourt. No tiene la vasta grandeza de cuadro clásico, el perfume de humanidades de *¿Quo vadis?* ni el ardor proselitista de *¡Abajo las armas!*, de la baronesa de Sutner; pero, á mi parecer, supera á estas dos obras en ejecución literaria, y plantea con singular agudeza el problema moral de los tiempos modernos, la lucha entre el hedonismo, á que conspiran todas las causas que han debilitado los fundamentos clásicos de la moral, y la fuerza que aun conservan en los espíritus más independientes los principios rectores de esta moral que ha venido rigiendo hasta el presente. Tiene la ventaja *Los civilizados* de no presentar tesis alguna, de no descubrir proselitismo ni intención de propaganda. No hay en sus páginas más que hechos. La aplicación moral tiene que hacerla el lector. Se trata, pues, de una obra interesante en dos sentidos: por la fábula, ó sea por lo estrictamente novelesco, y también por las ideas que en ella se agitan, por el tema de meditación filosófica que brinda. Y aun podría añadirse que *Los civilizados* es una de esas obras que pueden servir de jalones ó hitos de la evolución de las ideas éticas en la novela. Ya se

sabe que los hitos son cosa artificial, que no brota espontáneamente de los campos, pero son útiles para marcar límites.

*
* *

La acción de *Los civilizados* se desenvuelve en Asia, en la Cochinchina francesa, y esto la da cierto ambiente de exotismo que nos hace recordar las obras de Pierre Loti, novelista y viajero, cuyas fantasías novelescas han peregrinado por todo el mundo. Pero esta impresión es superficial y pasajera. Pronto se advierte la gran diferencia que hay entre el subjetivismo lírico de los relatos de Loti, que suelen reproducir la misma canción de amor en escenarios y con trajes diferentes, y la fuerte impresión de vida colectiva, el vigoroso objetivismo y la inquietud por los problemas de la voluntad comunes á la mayoría de los hombres, que se desprenden de las páginas de *Los civilizados*. Hay en esta obra más grandeza y más solidez que en las del autor de *Ramuntcho*. Sus cimientos ideales son mucho más anchos y más hondos.

El título: *Los civilizados* y el lugar de la acción engañan. Al abrir el libro creemos que vamos á asistir á una nueva edición de las sátiras contra la civilización, inspiradas en un falso sentimentalismo rousseauniano, que tan frecuentes son en el día, á esas declamaciones contra los civilizados que, sin respetar la independencia y el derecho á la barbarie de los pobrecitos bárbaros, les conquistan económica ó militarmente, y les llevan fusiles, licores, escuelas, telégrafos y otras cosas, sin las cuales lo pasaban antes tan ricamente. Esta doctrina me parece falsa; está refutada por la historia y por el sentido común. Las crueldades y crímenes de los colonizadores, con ser tan abundantes, nunca igualan á las crueldades y crímenes que son el régimen ordinario, el pan nuestro de cada día del salvajismo y la barbarie. Pero como la novela no es la verdad, existe ahí un asunto novelesco; Baroja lo ha tratado en un libro reciente, de poderosa y demoledora sátira: *Paradox Rey*.

Mas no es ese el asunto de *Los civilizados*. *Los civilizados* no son los blancos en general: no son los colonizadores, no son los franceses que gobiernan y explotan aquella tierra asiática en que se desarrolla la acción de la novela. *Los civilizados* son civilizados por antonomasia; son el fruto último de una civilización sin fe y sin ideal, en que todos los móviles colectivos han ido atrofiándose y cediendo el puesto á un monstruoso florecimiento del egoísmo. Las almas de estos civilizados son el verdadero asunto de la novela. Lo demás es marco, escenario, fondo de la acción.

Este fondo del cuadro tiene, sin embargo, un gran relieve plástico. Saigon, donde la fábula se desenvuelve, es una ciudad de corrupción y placer, una pequeña Babilonia moderna donde se han juntado los vicios y las pasiones de razas diferentes, la corrupción asiática y la corrupción europea, dando por resultado una vida amoral, consagrada á la conquista de la riqueza y al deleite. En estos países exóticos, donde el europeo es el amo, el dominador, pierde todos los respetos que le atan en su patria. Es conquistado con el ambiente de los pueblos que él ha conquistado con las armas y el comercio. El enervante perfume sensual del Oriente hace germinar en su alma los vicios y la molicie del Asia junto á las pasiones y los impulsos del occidental. Saigon es una ciudad disoluta, como aquellas antiguas urbes sobre cuyas abominaciones invocaban los profetas la cólera celeste. Todos los vicios se han dado allí cita. Las mujeres se venden. Todas tienen su tarifa—dice uno de los personajes de la novela. Los hombres especulan, explotan, corren tras el deleite en todas sus formas, hasta las más monstruosas. Tienen congais y boys annamitas para alternar con sus queridas europeas, que son mujeres de funcionarios, de abogados, de personas salientes de la colonia. El vicio de Europa tiene allí una intensidad desenfrenada, un arrebató cálido y morboso, está desnudo de todo idealismo, despojado de toda espiritualidad. La sensualidad no se disfraza con el nombre y las apariencias del amor. Y en el barrio chino de

Cholon, los fumaderos de opio y los bars donde se venden brebajes excitantes, mezclas extrañas de alcohol, de canela y de pimienta, venenos que enloquecen, brinda á la bacanal vibraciones y estremecimientos de pesadilla lúbrica, de alucinación vesánica.

De este cuadro se destacan las figuras de los civilizados. Uno de ellos es médico, Raimundo Mevil; otro ingeniero, Torral; el tercero marino, Fierce. Ricos los tres, escépticos, sin ideas morales, sin creencias ni prejuicios, para ellos el único empleo racional de la vida es el goce individual. Su manera de concebir y de practicar la existencia está muy lejos de aquel sereno hedonismo antiguo que buscaba la felicidad por los luminosos senderos de la idea y que á veces la ennoblecía identificándola con el bien y la virtud. Estos hombres sienten el desgano de la vida, necesitan aturdirse, embriagarse de goces. Para ellos la felicidad es una de tantas supersticiones de los bárbaros; lo único apetecible es el placer del minuto presente.

Los bárbaros no son para ellos los asiáticos, los annamitas, los chinos, los naturales de aquellas tierras exóticas, de aquel viejo, enigmático y corruptor Oriente. Son los que participan de los sentimientos colectivos, los que creen en la moral, en la religión, en el derecho, en la patria, en las grandes creaciones históricas del espíritu colectivo. Los civilizados cifran su civilización en haberse emancipado de esas ideas y esos hábitos, en haber puesto sobre ellas el culto á su yo.

El carácter de *Los civilizados* se manifiesta en cien episodios. Mevil, que es el gran conquistador de mujeres de la colonia, hace su querida á una cantante de opereta, Elena Liseron, que llega con una compañía á Saigon. Elena, que es también á sus horas civilizada, y es sobre todo la mujer ligera de todos los tiempos y de todos los climas, le engaña con Fierce. La cómica piensa al principio que vale más tener dos amantes que uno; pero después va aficionándose á Fierce, que es el más sano, el menos podrido de los civilizados y al mismo tiempo

más joven y más guapo que Mevil. Y cuando Fierce, hastiado, la despide, la mujer siente una tentación de venganza. En presencia de los dos hombres que han disfrutado simultáneamente sus favores, dice á Mevil señalando á Fierce:

—He sido suya.

Ella espera el drama, el estallido pasional, la lucha entre los dos hombres, tal vez el desafío. La cómica conserva aún un fondo de romanticismo. Su decepción es inmensa. Ríe Mevil, ríe Fierce, ríen los civilizados. Aquella confesión les parece grotesca; los celos no son sentimientos de civilizado. Entonces ella, furiosa, les increpa.

—¡Cobardes!—dice.—¡No os importa que vuestras mujeres tengan trato con el primero que se presente! Pues bien, yo, que soy una perdida, voy á deciros lo que sois: guiñapos, podridos! Si os abofeteasen no sentiríais los golpes. Lo que corre por vuestras venas no es sangre. Es...

*
* *

Lo más nuevo, lo más interesante y dramático de la novela es la transformación de los civilizados, que son al cabo vencidos por el amor, por las ideas y sentimientos atávicos que ellos desprecian y de que se han reído tantas veces. Fierce, el menos corrompido de los tres, se enamora de una joven pura, que pasa por el fango de la vida saigonesa como una visión de luz, como un blanco fantasma de amor. Va á casarse con Selysette Sylva; va á desertar de los civilizados y á retornar á la barbarie tradicional, hacia la que le llaman tantos antepasados lejanos. Pero la corrupción ha echado hondas raíces en su alma. No se atreve á desafiar las burlas de los otros civilizados. Una noche se va con sus compañeros, con Elena Liseron y otra cómica desvergonzada á una partida de placer. Cuando ya de mañana vuelven de la orgía, con las mujeres medio desnudas en el coche, recostadas en Fierce, se cruza con ellos el coche de Selysette. Ha visto á su prometido, lan-

za un grito y se desmaya. Fierce comprende que su idilio de amor ha terminado. Aquella mujer, altiva y pura, no perdonará. En esto surge la guerra con los ingleses. Los acorazados británicos bloquean á Saigón. Fierce, que tantas veces se ha burlado del patriotismo, manda un torpedero, y va á morir allí por la patria y el honor militar, lanzándose con su frágil nave al asalto de los negros acorazados enemigos. El torpedero se hunde, acribillado por las granadas de los cañones ingleses; pero se hunde después de volar al *King Edward*.

También Mevil es vencido por el amor. Desea apasionadamente á dos mujeres. Una es casada, la Sra. Malais, esposa de un rinco banquero de la colonia. Otra es una muchacha soltera, Marta Abel, pobre, elegante, hija del subgobernador de la colonia, de alma enigmática, desengañada y sabia como una *demivierge*, pero honesta. Mevil querría á la una por querida. A la otra... la seducción de la otra le domina; por la otra es capaz de todo, hasta de dejar de ser civilizado. Excitado por la indiferencia de Marta, llega á ofrecerle su mano. Y es una de las más dramáticas escenas de la novela aquella en que Marta rechaza altiva y fríamente á Mevil. Ella es pobre, pero no se venderá, no se entregará á un hombre gastado por los vicios, que la inspira repugnancia y aversión. Mevil, humillado, desalentado, siente que se le rompen en el alma los resortes de la voluntad, que se paraliza en él el amor á la vida, y en un paseo, sin ánimo para desviar la bicicleta en que ha salido á entonarse con el ejercicio físico, va á morir bajo los caballos del coche de la Sra. Malais. Aquella mujer, que no ha querido entregársele, que se ha mantenido á distancia de él, honesta y fría, besa el pañuelo en que ha dejado la sangre de Mevil una rosada huella. Quizás le amaba.

Ese es el fin de los civilizados. Sólo Torral, el ingeniero, el más corrompido de los tres, persevera en su egoísmo triunfante, en su desdeñosa egolatría. Cuando estalla la guerra le corresponde, como oficial de la reserva, mandar una batería de

tierra, y deserta, huye á Manila en un buque alemán. Que se maten los bárbaros.

*
* *

La ejecución de la novela de Farrere me parece de una gran perfección artística. La acción está conducida con vigor y soltura extraordinarios, sin que decaiga un punto el interés dramático. Tienen las descripciones un vivo colorido de paisajes, de multitudes, de viviente panorama humano. Tienen también una robusta crudeza realista, no sólo disculpada, sino exigida por el asunto y por el espíritu de la novela. El autor no vela nada en el cuadro de la corrupción colonial, en la pintura de aquella tierra de deleite y de disolución de todos los sentimientos morales y todos los idealismos del espíritu. Creo que en esta novela, que presenta tan al desnudo el espectáculo de la molicie y el desenfreno, de la podredumbre de una sociedad en que se han fundido los vicios de dos mundos, no hay nada licencioso, nada que acuse delectación morosa puesta en aquella eflorescencia monstruosa de apetitos, de sensualidad desatada, de vida animal pervertida por la civilización. En arte, la medida de la libertad de expresión la ponen las necesidades del efecto estético. Y el efecto estético del cuadro en que se mueven los civilizados requería esa pincelada vigorosa y brutal á veces, esos colores intensos, crudos, que reflejan todos los cambiantes de la podredumbre humana.

Digo más: *Los civilizados* es una novela moral. La moral y el romanticismo triunfan en sus páginas. Por eso escribí al principio que era este libro uno de los que pueden ser tomados por jalones de la evolución de las ideas éticas en la novela. Advierto en la novela novísima una reacción contra el sentido naturalista, entendido no como procedimiento técnico de hacer novelas, sino como naturalismo filosófico, como paganismo moderno, como exaltación de lo fisiológico y triunfo de la carne. Parece que el espíritu ha saciado ya sus curiosidades en el período de apogeo del naturalismo; se ha convenci-

do de que eso no basta, de que eso no es la dicha, y vuelve los ojos á los antiguos sentimientos, al idealismo romántico, al amor, á impulsos de humanidad, á secretos y vagos llamamientos de un confuso imperativo de deber. No es que crea yo que las cigüeñas vuelven á anidar en las viejas torres, ni que renace la antigua fe. Probablemente, eso pasó en definitiva, y si torna, tornará en formas nuevas; pero los sentimientos humanos que han estremecido á multitud de generaciones, que las han hecho palpar y amar, se agitan de nuevo, confusos, desorientados, extrañados del nuevo reino en que se encuentran, pero bastante fuertes para influir en la conducta. No ha llegado aún la hora de los civilizados. Si ha de llegar, se necesitará que las aguas del tiempo corran, corran largamente, ahondando el cauce, arrastrando las arenas en que han dejado su sedimento de herencia, la vida espiritual, el sentir y el pensar de muchas generaciones.

Esto señala un paso en la evolución de la moral en la novela. Hemos conocido á la moral reinando, considerada como fin principal de las ficciones literarias, cuya misión se repartía entre el esparcimiento del ánimo y la reforma y escuela de costumbres. Hasta las obras licenciosas se escudaban con la ficción de una finalidad moral, y querían hacer pasar su pintura libre y muchas veces complacida del vicio por ejemplo de corrección y enseñanza que se daba á la fragilidad humana para que huyera de aquellos extravíos. Hemos asistido después al período de la independencia. El fin estético ha reclamado su sustantividad. Ha querido caminar solo, sin que la moral le llevase de la mano. La fórmula: el arte por el arte debe mucho á ese período de emancipación, y acaso no se hubiera extendido ni hubiera pasado de ser la expresión de un vago estetismo formal, á no ser por esa lucha contra la tutela de la moral. Tras la independencia ha venido la lucha. La moral tradicional, la moral burguesa se ha visto expulsada de la ética. Ha habido un renacimiento pagano, un triunfo de la carne, una apoteosis del sensualismo, acompañado de las sombras que por doquier

le siguen: el hastío y el desgano de la vida. El tedio de esta literatura carnal ha fatigado á escritores y públicos, y en las obras más libres vuelven á apuntar los antiguos sentimientos que parecían ahogados por la oleada naturalista. Esta reacción se ve patente en *Los civilizados*. Lo clásico es lo sano, lo romántico es lo enfermo, dijo Goethe. En la literatura actual hay que invertir la fórmula. Lo sano es lo romántico... Lo sano por ahora.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—CIENCIAS NATURALES: Cómo se hacen la corte los pájaros.—
HISTORIA: El gran miedo.—PEDAGOGÍA: Disciplina y libertad.—CUES-
TIONES SOCIALES: Oficios femeninos.—CRÍTICA: ¡Bendita sea tu pureza!
IMPRESIONES Y NOTAS: La mujer escritora.—Las mujeres criminales.

CIENCIAS NATURALES

CÓMO SE HACEN LA CORTE LOS PÁJAROS.—Dice Enrique Cou-
pin, en *La Revue*, de París, que el período verdaderamente
charmant en la vida de los pájaros es la primavera, en que se
hacen la corte alegre y delicadamente, desplegando todas sus
seducciones. Mientras que su plumaje se hace más lindo y más
brillante, cual si fuera traje de boda, su canto adquiere modu-
laciones de dulzura infinita, desgranándose en resonantes tri-
nos y arpegios. Los machos se persiguen y luchan, y las hem-
bras permanecen pasivas; cuando uno de ellos ha logrado eli-
minar á sus rivales, entonces es cuando la hembra juega con
su prometido; sólo entonces se oyen en las umbrías esos cantos
de amor tan celebrados por los poetas, esos solos del macho,
trocados á veces en dúos por la hembra. Los dos desposados
juguetean, escondiéndose, llamándose, picoteándose, y la hem-
bra anda siempre con melindres para hacerse desear, coque-
teando. «No hay mujer en el mundo—dice Mantegazza—que
pueda superar el atroz refinamiento de una hembra de canario
que parece negarse á los cariños de su marido; las innumera-
bles maneras que tienen las mujeres de ocultar un *sí* bajo un
no, no son nada al lado de la coquetería refinada, de los ensa-

yos simulados de fuga, de los picotazos y de las mil travesuras del mundo femenino animal.»

Entre los pájaros del grupo de los trituradores, papagayos y cotorras es donde se encuentra el caso más neto de monogamia de las aves, pues los matrimonios permanecen unidos toda su vida, mientras que los demás machos suelen cambiar de hembras todos los años por lo menos. Los loros no cantan, pero en el momento de sus amores gritan más que de ordinario; cuando sienten los efluvios primaverales, se frotan, se acarician, se picotean. La tórtola, elegida por los poetas como símbolo del amor idílico, no es nada al lado de los loros enanos. En la pareja no cabe más perfecta armonía: si él come, ella come; si uno se baña, la otra también; si el macho grita, la hembra le hace dúo; si uno enferma, el otro le cuida y le alimenta. Sabido es que estos pájaros sólo pueden conservarse por parejas, y cuando uno muere, rara vez le sobrevive el otro, siendo verdaderamente inseparables.

Los grandes aras no son menos. Según cuenta Azara, un cazador mató á un ara á una legua de cierta ciudad del Paraguay, y lo ató á la silla del caballo: el esposo de la víctima siguió al cazador hasta su casa, en medio de la ciudad; se precipitó sobre el cadáver, permaneció varios días en el mismo sitio y se dejó coger con las manos. Entre las cotorras onduladas, el macho es modelo de esposos y la hembra modelo de madres: él no se ocupa más que de la pareja, sin prestar atención á las demás hembras; posado en una rama, á la entrada del nido, la entretiene con su charla, y cuando está empollando la cuida extremadamente; nunca está triste, ni callado, ni dormido. Estos animalitos son muy celosos; según Brehm, un aficionado tenía dos parejas de cotorras onduladas; murieron los machos, y el aficionado tardó algún tiempo en proporcionarse otro; cuando lo metió en la jaula, las hembras lo miraron atentamente; él las miró también sin moverse, é hizo oír su grito de llamada, al que una de las hembras respondió; él repitió el grito, y la hembra se precipitó hacia él cual si fuera un espo-

so ausente y esperado; la otra hembra miraba sin chistar; pero cuando la pareja se puso junto á ella se arrojó sobre su antigua compañera, con la que siempre se había llevado bien, y la picoteó con furia, agarrándose á su cola y arrancándole las plumas; más tarde la dieron otro macho, pero ella no le quiso, y llevó la vida triste y monótona de una solterona.

Los celos se observan en muchos otros pájaros, como los colibríes, por ejemplo, que se baten hasta morir. Para demostrar su ardor, dice Audubon, el macho eriza su plumaje é hincha su garganta, baila sobre sus alas, gira en torno de su compañera, vuela sobre una flor y vuelve con el obsequio de su pico lleno para alimentar á su amada, abanicándola con sus alitas; pero si tropieza con otro macho, uno de los dos sobra; se persiguen y se baten hasta que uno de los dos muere ó deja libre el campo. El colapto, una de las especies del colibrí, merece especial mención: una hembra es cortejada por varios machos, que la persiguen, acercándose á ella, bajando la cabeza, ostentando su cola, tomando mil graciosas posturas y haciendo alarde de su agilidad y de sus gracias; la hembra vuela á otro árbol, y los machos la siguen, repitiendo allí sus demostraciones de amor, sin luchar nunca entre sí; cuando la hembra se decide á dar la preferencia á uno, los demás se conforman y se van en busca de otra hembra, mientras la nueva pareja se pone á trabajar con ardor para su nido; el macho trata de abrir un hueco, y la hembra le alienta con su canto y sus caricias, ayudándole cuando se fatiga.

La corte de las gallináceas es sobradamente conocida para que nos detengamos en su descripción. ¿Quién no ha visto y oído á los gallos y las gallinas? Una especie vecina, el liruro, demuestra su amor cantando y bailando. Al primer silbido ó pipiteo sigue el arrullo, de timbre hueco; al mismo tiempo levanta la cola, la abre en abanico, yergue la cabeza y el cuello, eriza todas las plumas, abre las alas y las deja colgando; luego da saltitos á derecha é izquierda, describe algunas vueltas, hinca el pico en tierra y gira sobre sí mismo batiendo las

alas; cuanto más se exalta más vivos se hacen sus movimientos, y al fin parece un animal enteramente loco; cuando se juntan varios machos se ponen como furiosos, batiéndose con saña, pero sin hacerse mucho daño.

La corte del pavo salvaje ha sido bien descrita por Audubon. Las hembras se separan en Febrero y se alejan de los machos. Estos las persiguen y empiezan á gloglotear y á pauppear; cuando una hembra lanza su nota de llamada, todos los machos que la oyen la responden abriendo la cola; si la llamada viene de abajo, todos los machos vuelan á tierra, y sin ver á la hembra extienden y levantan su cola, echan atrás la cabeza, se pavonean con aire majestuoso lanzando ininterrumpidos *puff, puff*, y se detienen de tiempo en tiempo para escuchar y mirar; en esta ocupación suele tropezar un macho con otro, y entonces se entabla una lucha desesperada y sangrienta que á veces acaba con la vida de los contendientes. Una vez descubierta la hembra, si tiene más de un año, se pone ella misma á pavonear y á girar en torno del macho, que sigue haciendo la rueda; luego abre de pronto las alas y se lanza á su paso, tirándose en tierra; si la hembra es una polla, el macho procede de otro modo, pues se pavonea menos pomposamente, pero con más ardor, revoloteando á veces alrededor, como hacen los pichones; luego toca tierra y corre velozmente frotando las alas y la cola contra el suelo, y acercándose á la tímida hembra, que le recibe con su más dulce ronroneo.

Ciertos faisanes giran sin cesar en torno de la hembra, ostentando su collarín del lado en que ésta se halla, lo que es de gran efecto visual. Los pavos reales hacen también la rueda y se pasan días enteros mostrando la belleza de su plumaje á la hembra, sin que ésta parezca hacerles el menor caso. El macho hace la rueda sin darse de ello cuenta, pues á lo mejor se les encuentra haciendo estas demostraciones ante patos que son indignos de ellas.

Hay pájaros que expresan su cariño bailando, como el ru-

picola anaranjado. Otros, como los ptilonorincos y las clamíderas de Australia, construyen á modo de quintas de recreo, donde se dan citas. Entre las aves de rapiña la corte suele hacerse por medio de ejercicios de alto vuelo, en los que la hembra es siempre mucho más moderada que el macho; cuando dos machos se disputan el amor de una hembra, el combate es verdaderamente grandioso y dura muchos días, hasta que una serie de victorias demuestra cumplidamente la superioridad de uno de los combatientes, que logra expulsar al otro fuera de sus dominios; la hembra presencia la batalla con interés, sin tomar parte en ella, y una vez declarado el triunfo, se entrega al vencedor como premio de la lid.

HISTORIA

EL GRAN MIEDO.—A los pocos días de la toma de la Bastilla, en 1789, corrió por toda Francia un espantoso rumor: «Que vienen los bandidos, y saquean las casas, incendian las cosechas y degüellan á mujeres y niños». El decreto de la Asamblea nacional de 10 de Agosto consigna la generalidad y simultaneidad del pánico: «Las alarmas han sido sembradas —dice en su preámbulo— en la misma época y casi el mismo día en las diferentes provincias». Un mensajero jadeante llegaba á las poblaciones sobre un caballo sudoroso, y con voz ahogada decía: «Los bandidos se acercan; están allí abajo, detrás de la cuesta; he visto brillar sus armas en el espesor del bosque; los cascos de sus caballos levantan nubes de polvo; el horizonte está rojo por sus incendios; van como un huracán». Y luego seguían detalles horrorosos: mujeres destripadas, hombres colgados, cabezas de niños en las puntas de las lanzas; y las puertas se cerraban; las gentes se armaban, temblando, ó se escondían, asustadas. ¿De dónde salía aquella leyenda, y qué alcance tuvo? Funck Brentano lo estudia en *La Revue hebdomadaire*.

El recuerdo de aquel pánico ha vivido en las últimas generaciones, siendo numerosos y concordantes los testimonios recogidos; de todos los sucesos de la Revolución, ese miedo fué el que más impresión dejó, entre los habitantes del campo sobre todo. En el centro de Francia se le dió el nombre de «el gran miedo»; en el Mediodía lo llamaron la gran *pourasse*, lo *grando paü*, *l'annada de la paü*; en otros sitios, la *jornada de los bandidos* ó *el jueves loco*, *el viernes loco*, según el día en que se produjo; en la Vendée lo llamaron *las nieblas de la Magdalena*, porque el miedo estalló el 22 de Julio, día de la Magdalena, y aquel día salieron del mar grandes brumas como para facilitar el saqueo y el pillaje de los bandidos. En algunas regiones del Oeste, en lugar de bandidos, lo anunciado era un desembarco de ingleses; en Lorena y Champagne, una invasión de tudescos; y en el Delfinado, otra de saboyanos.

Pedro Conard refiere el miedo del Delfinado, que estalló el 27 de Julio, un día negro y lluvioso; sin saberse cómo, se esparció la noticia en Chimilin; unos habitantes se fugaron al bosque, otros escondían sus efectos, otro subió al campanario y tocó á somatén, y Antonio Jas envió á su hermano para que avisara á su padre, que estaba en el mercado de Pont-le-Beauvoisin; el chico llegó sofocado, sin casi poder hablar; al fin se le pudo entender que Chimilin estaba ardiendo, y que los bandidos lo devastaban todo; el mercado se deshizo, y la noticia corrió por toda la región, sembrando el espanto; Aosta era el punto más amenazado, y el señor del castillo organizó la defensa, apostando guardias y centinelas en todas las avenidas, distribuyendo las fuerzas de los pueblos vecinos, que se armaron en seguida, reuniéndose en número de 4.500, que estuvieron toda la noche patrullando bajo la lluvia, y haciendo ejercicios y evoluciones, no calmándose el miedo hasta el siguiente día.

En Angulema se produjo el pánico el 28 de Julio; á las tres de la tarde se tocó á somatén, anunciándose la llegada de

15.000 bandidos escapados de París; se cerraron las puertas, se montaron guardias, y de pronto se oyeron gritos de espanto: «¡Ahí están! ¡ahí están!» Un torbellino de polvo avanzaba por la carretera. ¡Qué angustia! Era la diligencia de Burdeos, que pasaba al galope de sus seis caballos. Algo más tranquilos, se rebajó el número de bandidos á 500. A las tres de la mañana, nueva alarma; las campanas resuenan, y todo el mundo se echa á la calle en camisa, pero armado; á las puertas de la ciudad se amontonan los vecinos de los alrededores, espantados y armando una gritería infernal; á las nueve había en la ciudad 40.000 hombres, todos resueltos á defenderse, pero sin saber cómo ni de quién; puesto que los bandidos están ocultos, sus intenciones deben ser perversas; 100 hombres á caballo y un millar á pie salen en descubierta y buscan y rebuscan por el bosque de Braçonne, penetrando temblorosos en su interior, sin encontrar nada. En diez leguas á la redonda hubo á la misma hora el mismo pánico. De allí se extendió al Limousin y al Perigord, donde estalló el 29 de Julio.

Entre seis y siete de la mañana de ese día—según se consigna en el Registro civil de Champniers-Reilhac, en Perigord—dos ó tres personas venidas de la parroquia de Maisonnais aseguran que los enemigos están en Maisonnais, en Lindois, en Noutron, en Roussines, etc., en número de 2.000, de 6.000, de 14.000, de 18.000, y de pronto de 100.000 hombres, que ponen todo á sangre y fuego; unos dicen que son ingleses, otros que son panduros, presidiarios, bandidos. La gente se fuga, se mete en las bodegas y entierra las alhajas. Los habitantes de Fouguerolles piden á gritos á sus vecinos de Sainte-Foy que les envíen socorros contra los asesinos que van á venir á degollarlos; las milicias de Sainte-Foy cruzan el río y trepan á Fouguerolles; se envían descubiertas por todas partes, y no parece nada. Por todo el Perigord ocurren escenas semejantes, y el fantasma de los bandidos aterra la imaginación enloquecida. Galleau, juez de Roche-Chalais, envía un propio á Coutras, advirtiendo del peligro, y en Coutras tocan

á escape á somatén para reunir al pueblo, y el terror cunde como un reguero de pólvora.

En el Pont, el pánico estalló el 31 de Julio durante un entierro: un quídam llegó á la casa del duelo á las diez de la mañana, y anunció que los ingleses estaban en Aubeterre saqueando, matando y destruyendo; la alarma corrió y todos escaparon. La ciudad de Uzerches, en el Lemosin, fué presa de un acceso de locura: las gentes corrían atontadas; las madres escapaban con sus hijos áuestas sin saber á dónde, y mientras los habitantes de la ciudad corrían al campo, los del campo se refugiaban en la ciudad armados de picos, hoces, ganchos y palos; pronto se reunieron más de diez mil de estos infelices en la ciudad; pero no tardaron en tener que salir por no encontrar con qué alimentarse.

Sobre el miedo en el Lemosin, Jorge Sand ha escrito en Nanon admirables páginas, tomadas de la realidad. Estando en el prado Nanon con otras chicas de su edad, su vecina la Mariotte, con otras cinco ó seis mujeres, asustadas, las dijeron que se volvieran á escape con sus ganados; volvieron alarmadas y encontraron inquietas á sus familias, que en seguida se pusieron á cerrarlo todo y á formar barricadas á las puertas; por el día se defenderían así, y por la noche se refugiarían en el monasterio, que podría resistir mejor cualquier ataque; no se comió para no hacer humo, y pasado el día sumidos en el silencio y la oscuridad, se trasladaron por la noche al monasterio, donde no les abrieron, á pesar de sus gritos y sus golpes: los frailes, sin duda tan asustados como ellos, se habrían metido en los subterráneos, y nada oían. Eran las nueve de la noche, y en el pueblo no se oía una mosca; pero nadie dormía, todos estaban en acecho. Llegada la mañana siguiente sin novedad, los mozos se subieron á los árboles más altos y vieron á lo lejos tropeles de gentes que andaban por entre la bruma; bajaron á escape, y todo el mundo pensó en escapar al fondo de los bosques ó á los huecos de las cuevas, abandonándolo todo; los que venían eran gentes de los pueblos vecinos, aterrados

también por la aproximación de los bandidos de que todos hablaban; y así siguieron las cosas durante tres días, en los que algunos envejecieron, poniéndoseles el pelo canoso.

Francisco Mège ha pintado el miedo de Auvernia de un modo parecido. Allí es donde el pánico fué más intenso: los hombres anidaban en los árboles, y muchas mujeres se volvieron locas del espanto; los santuarios y las iglesias eran refugios donde las gentes se amontonaban temblando, y hubo familias enteras que se instalaron en ellos con víveres y jergones. El conde de Montlosier, advertido de que los bandidos están en la aldea inmediata saqueándolo é incendiándolo todo, arma á sus gentes y parte para defenderla, pero le toman por el enemigo y se arman contra él. El sabio historiador Dulaure refiere que en su pueblo la alarma era grande, cuando á lo lejos, en el camino de París, se vió avanzar una nube de polvo; se toca á somatén, se arma todo el mundo, y la nube amenazadora sigue avanzando: era un rebaño de carneros. En Pionsat el cura dió llorando la absolución á todos los feligreses, reunidos en la plaza; en las grandes ciudades, como Riom y Clermont, no estaba la gente menos asustada; se hicieron provisiones de sitio, y los almacenes de los armeros fueron tomados por asalto. «De un extremo á otro de Francia—dice Michelet,—cada cual creía tener á su lado monstruos exterminadores.»

En el Orleanesado, la ciudad de Saint-Aignan se vió invadida en un instante por los fugitivos; los aldeanos llegaban armados de ganchos, de cayadas y de horcas; la entrada del señor de Gue-Pean fué semitrágica, semicómica: traía toda su familia, y una hilera de coches con todos sus muebles y objetos, hasta las vajillas. El conde de Beugnot fué testigo de la alarma en Champagne: estaba en los contornos de Bar-sur-Aube, cenando tranquilamente con su familia y varios convidados, cuando llegó asustado un labrador de Choiseul: — Los bandidos recorren la comarca y avanzan hacia el castillo—dice.—Pero ¿los ha visto usted?—pregunta el conde.—¡Ya lo creo! Y la prueba, que he reconocido una banda de ellos á lo

largo del bosque de Montot; otra banda ocupa el bosque de la Pennicière. — Ante tales seguridades, se organiza la defensa, se ponen centinelas y se advierte á las damas para que al primer tiro bajen á los sótanos; la noche se pasó tranquilamente, y al día siguiente todos se reían del miedo que habían pasado. Averiguado el origen del espanto, resultó que aquel labrador de Choiseul lo había oído á otro de Colombey; al volver á casa, con la claridad de la luna, su imaginación le hizo ver bandidos por todos los linderos del bosque.

Hasta en el mismo París se sintió el pánico; la gente se armó, y grandes destacamentos salieron del lado de Montmorency en busca de los bandidos. Las fechas extremas del pánico se hallan en el 22 de Julio (Maine, Poitou, Vendée) y el 3 de Agosto (Languedoc, alrededores de Tolosa); donde más duró fué una semana; en general, sólo se mantuvo en condiciones realmente alarmantes de uno á tres días.

Las consecuencias del pánico fueron el armamento del pueblo para la defensa común, y la organización espontánea de las milicias locales; en menos de quince días se inscribieron tres millones de hombres, y de allí salió la guardia nacional. De ahí la importancia grande que tuvo aquel fenómeno extravagante en la historia de Francia. De ahí también que unos hayan achacado á los revolucionarios la idea y el desarrollo de aquel pánico formidable, por el partido que de él sacó la Revolución al acabar con la monarquía y la aristocracia, mientras que otros atribuyen aquel movimiento á los aristócratas y reaccionarios, que pretendían asustar de ese modo al pueblo, apartándole de las ideas revolucionarias por los trastornos que podían producir. Por eso unos señalan á Mirabeau como organizador de la alarma, y otros indican al duque de Orleans. Lo más probable es que aquel pánico fué fruto espontáneo del estado de los espíritus, de la nerviosidad creada por el desarrollo de los sucesos que prepararon la caída de la Monarquía, y de la tensión de ánimo en que todos se hallaban en aquella época memorable.

PEDAGOGÍA

DISCIPLINA Y LIBERTAD.—Afirma Gustavo Lanson, en la *Revue Bleue*, que en la crisis general de la sociedad francesa hay una crisis de la Universidad, y en la crisis de la Universidad una crisis de disciplina. Antes las explosiones de indisciplina venían sólo de los alumnos; el profesorado de todos órdenes y grados era sumiso y respetuoso. Hoy todo ha cambiado, y hay jefe de establecimiento que no se atreve á dar una orden por miedo á no ser obedecido. Los individuos y las colectividades se alzan resistiendo á la autoridad, desafiándola y preparándose al motín. Y la autoridad, desamparada, oscila, según el temperamento de quienes la encarnan efímeramente, entre la ceguedad ó la inercia y la represión excesiva, que agrava con sus espasmos de energía el mal que intenta combatir.

El mal es grave, pero no incurable; pueden desesperar, según Lanson, los que piensan que la moral ha sido revelada al hombre de golpe; pero no los que piensan que la moral es fruto tardío de larga y dolorosa experiencia. ¿Cuánto tiempo hace que la moral no se reduce entre nosotros al miedo al gendarme? Es absurdo creer que un pueblo puede adquirir costumbres propias de la libertad sin estar en posesión de la libertad. Inglaterra es superior en ese punto á Francia, pero es porque tiene desde 1688 instituciones que Francia sólo llegó á ensayar un siglo después, en 1789, y de las que, tras ensayos incompletos de 1815 á 1851, sólo ha logrado por completo desde 1871. No hay, pues, que extrañarse del atraso.

No hay sociedad ni vida posible corporativa sin disciplina. Pero hay disciplina y disciplina. Ya no estamos en los tiempos en que la moral cívica se reducía á *obedecer al rey* ó á los representantes del poder real. La disciplina de hoy no tiene el carácter maquinal, automático de la obediencia antigua. Es inteligente, libre, y arranca de un acto reiterado de confianza en los jefes escogidos para dirigirla. Hay que ir sustitu-

yendo aquella antigua obediencia por esta nueva disciplina.

El problema es delicado en democracia para ciudadanos que tienen el deber y el derecho de examinar, de comprender, de discutir. Pero la dificultad es todavía mayor para los jefes; no obtendrán la sumisión necesaria sino cuando no haya duda en las conciencias sobre el fin á que conducen á sus subordinados, sobre el uso que quieren hacer de su autoridad. En hecho, como en derecho, la disciplina tiene por base el desinterés y la abnegación del jefe; en cuanto la conciencia de los subordinados no concierta con la del jefe, en cuanto los que obedecen dudan de las ventajas de obedecer para el bien propio ó para el bien común, no hay disciplina inteligente posible y hay que volver á la disciplina antigua, la que se impone por el látigo y el castigo.

La antigua disciplina de la escuela se ajustaba á la disciplina social; la autoridad escolar hablaba imperiosamente y los castigos aseguraban la obediencia; no se cultivaba el respeto en los corazones, sino que se inscribía en los reglamentos y era el artículo 1.º ó el artículo 2.º El odio á la autoridad, el gusto de burlarla, el deseo de que tropezara y cayera formaba el antiguo espíritu social; la masa misma de los juiciosos prefería cualquier travesura á la ignominia de dar la razón á los superiores, aunque fuesen justos, contra un compañero, aunque fuese malo. Esa disciplina exterior, creadora de la indisciplina interior, está hoy muy debilitada y no hay que echarla de menos.

Pero ¿con qué se la ha reemplazado? Con nada ó poco menos. La administración se ha desarmado. Entre los profesores, unos lo entienden á la antigua y son insultados; otros se dejan tirar de las barbas y están perdidos, y otros saben imponer su autoridad sin castigos, y, creyéndoles severos, obtienen confianza, respeto y hasta cariño de sus alumnos; esos son los que mantienen la educación universitaria. Pero ¿crean algo más que un lazo personal entre ellos y sus discípulos?

Se han dicho cosas muy hermosas sobre disciplina en mu-

chos decretos, pero se ha pensado siempre en el individuo, olvidando la Administración que los profesores no tienen enfrente individuos, sino colectividades. En cuanto un muchacho vive con sus compañeros, la *clase*, para él, es el mundo. Si no se quiere que una escuela ó un Instituto sea una sociedad, será una multitud; si no se la organiza, vivirá con vida tumultuosa y anárquica. Hay allí un espíritu que arrastra á la masa, y que absorbe ó rechaza al individuo. Bueno es que no se desconozcan estos hechos, y que se procure sacar de ellos partido para la educación.

La mejor preparación para la disciplina social sería llevar al individuo, desde la escuela, á la vida de asociación, en la que haría sus Reglamentos, elegiría sus jefes y obedecería á unos y otros, acostumbrándose, por la implacable rectitud de los niños, que no toleran injusticias, engaños ni descuidos, á estar en su puesto, cooperando lealmente al bien general. Las autoridades escolares, que se asustan á la idea de cualquier coalición, deberían acostumbrarse á servirse de las agrupaciones como medios para transmitir el impulso á sus miembros.

En este régimen sería necesaria la firmeza, pues la relajación bonachona y paternal á que hemos venido es mala, pero la vuelta á la disciplina de coacción sería peor. Hay que suprimir multitud de faltas menudas y de castigos molestos, que exasperan sin matar la indocilidad. Pocos delitos y pocos castigos; sólo delitos serios y castigos severos y eficaces, y en la segunda enseñanza empleo resuelto de la exclusión, que, al mismo tiempo que hiere al culpable, elimina de la colectividad un fermento nocivo. Y no piense nadie en que baje el número de alumnos, pues lo que forma el crédito de un establecimiento no es el número, sino la calidad.

Ahora bien: ¿cómo pueden la escuela ni el liceo formar libertades capaces de disciplina, si el espíritu de disciplina ha desaparecido en los maestros? No hace mucho que una Asociación de repetidores hizo en su periódico una campaña de difamación contra los superiores de que estaban descontentos. De

aquí y de allá han surgido asimismo profesores que han empleado tonos agrios y personalidades injuriosas contra algunos de sus jefes, diciendo cuatro frescas á los mismos ministros. Se han visto Sociedades y Sindicatos celebrar sesiones violentas en las que la autoridad quedaba malparada, y donde se proclamaba arrogantemente el motín. Se han jactado de hacer andar á latigazos al Ministerio, y á veces han tenido razón para vanagloriarse de ello. Se han obtenido muchas concesiones por la rigidez y la amenaza, y lo más lamentable es que tales concesiones eran justas y legítimas, y no ha debido aguardarse para otorgarlas ni aun á que fuesen exigidas.

Y he ahí la cuestión: la indisciplina no nace de algunos agitadores ó ambiciosos; la causa del mal es más profunda. La larga inercia del Cuerpo universitario ha sido vencida por la indiferencia de los poderes públicos, que, con todo género de lindas frases sobre la instrucción y la educación, dejaban que la miseria corroyera á los maestros, y negaba á los catedráticos de segunda enseñanza mejoras de sueldo exigidas por el encarecimiento de la vida. Esa inercia del Profesorado ha sido vencida por la intervención reiterada de los políticos, que, aprovechando la complacencia de una Administración timorata, ha distribuído favores y mejoras según sus intereses electorales y sus pasiones de partido, dando los mejores puestos y las más apetecibles retribuciones á sus paniaguados y protegidos. Al fin, como era de esperar, pues todo llega, esa Universidad honesta, dócil y tímida, se ha enfadado, se ha despertado, y como se ha creído que toda esa gente de la Administración sólo anda cuando tiene miedo, se la ha querido meter miedo, y se ha hablado gordo y se han alzado los puños.

Hay que hacer la revolución pacíficamente, mientras es tiempo todavía de evitar que se haga violentamente. Para ello es preciso que la autoridad dé satisfacción por sí misma, espontáneamente, á las reivindicaciones legítimas; hay que verla á la cabeza del personal docente, identificada con él, y no mirada como enemiga. Hablar de dificultades económicas no sir-

ve ya de nada: eso significa únicamente que no se tiene bastante apoyo en las esferas políticas ó que no se han roto bastantes vidrios.

Hay además que sostener una vigorosa lucha contra el favoritismo; hay que abandonar el punto de vista equivocado de que se debe ceder á los hombres políticos en materia de personal para recabar su concurso en las cuestiones de interés general y de organización. Los hombres políticos son demasiado golosos, y hoy la Universidad entera, de arriba abajo, se moviliza contra el favoritismo. Las asociaciones pueden hacer mucho en ese sentido. ¿Qué diputado ó qué ministro no retrocedería en la satisfacción de sus apetitos, ante el anuncio de una oposición colectiva del personal? Nada impediría á las asociaciones profesionales hacer la guerra al político que explotara cínicamente su crédito.

Si la administración se decidiera á marchar por este camino, pronto separaría la masa del personal universitario que sólo quiere justicia, de los pocos agitadores que se dan importancia predicando la revolución. La disciplina no puede fundarse en las democracias, sino en la confianza mutua de los jefes y los subordinados; y si por parte de los jefes hace falta lo ya indicado, por parte de los subordinados es preciso que no se conduzcan como escolares turbulentos, que inscriban en los estatutos de sus asociaciones la prohibición de la huelga, y adelantándose á las exigencias de la administración, que se prohiban á sí mismos todo lo que sea contrario á su obligación profesional. En los tribunales, en los mitins, en las asambleas, hay que cuidarse de ser justo y no de estar con su bando.

Punto delicado es el modo con que las asociaciones pueden discutir los asuntos universitarios sin daño de la disciplina; mientras sólo se trate de programas, de exámenes ó de mejoras de sueldo, claro es que se concibe perfectamente que haya plena libertad de discusión. Pero no hay que olvidar el lazo profesional jerárquico, que une á los inferiores con los superiores; hasta el ministro tiene derecho al respeto de los funcionarios

de su departamento; hay que respetar el cargo, aunque quien lo ocupa no merezca respeto; la dignidad no consiste en la insolencia. La cuestión de la forma tiene más importancia que parece; las palabras irritan y exasperan más que las cosas mismas. Las asociaciones deben imponer á sus miembros la mayor discreción de actitud y de lenguaje, haciendo por sí mismas su policía.

El caso más escabroso es aquel en que se pretenda discutir un acto particular de la administración ó del ministro. No hay que esperar la prohibición de esas discusiones cuando precisamente esos actos han sido el acicate para crear las asociaciones mismas en son de protesta contra el favoritismo y de defensa contra toda arbitrariedad. Pero ¿dónde van á parar esas discusiones y cuáles pueden ser sus consecuencias? Es inadmisibile que cada asociación se convierta en un pequeño Parlamento en que ministros y rectores sean interpelados por sus actos; es inadmisibile, dice Lanson, que publiquen en los periódicos discursos y acuerdos en que se condenen las decisiones legales de la Administración, pues eso sería la anarquía; para eso tienen el derecho de apelación, el recurso al Consejo y al Tribunal Contencioso, pudiendo además romper toda relación con el miembro que hubiera provocado un acto de injusticia ó de favoritismo, y emplear otros medios no menos eficaces para hacer prevalecer la justicia y el derecho. Pero siempre con modos, con suavidad, con gran dominio de sí mismas.

No se pueden cambiar en un día los hombres ni las cosas. Hay que darse cuenta de la complejidad de las situaciones, del apuro en que se hallan á veces los hombres mejor intencionados para conciliar intereses opuestos, y no hay que hacer de cada incidente un *casus belli* lanzando cada semana un *ultimatum*. Hasta los ministros pueden engañarse ó ser engañados, y hay que pasarles algunas cosas. La energía de resistencia no debe derrocharse; hay que reservarla para los casos graves que interesan profundamente á la libertad ó á la justicia y al bien de la colectividad.

CUESTIONES SOCIALES

OFICIOS FEMENINOS.—Extractado del libro que con el título de *Cómo pueden las mujeres ganarse la vida: ciento diez y siete maneras* acaba de publicar la americana Luisa Hubbard, inserta Luis Sommerard un curioso artículo en *La Revue hebdomadaire*.

Se trata, dice la autora, de hacer que un duro produzca cinco y de arreglarse de modo que una renta apenas suficiente para cubrir las necesidades de una persona se haga bastante elástica para satisfacer las de toda la familia. Ese, en efecto, es el problema.

La vías abiertas á la actividad de las mujeres bien educadas, que son las más interesantes de todas las desheredadas, son muchas: la carrera de *escritoras* es de las más lisonjeras para el amor propio y de las que tienen menos apariencia de trabajo forzado; pero la señora Hubbard no recomienda el cultivo de la alta literatura; al contrario, las pone en guardia contra toda pretensión de gloria literaria, y cree que la única rama de trabajos literarios que todavía no está gastada es la de las historias cortas; el periodismo ofrece amplio campo á la mujer; pero el 98 por 100 fracasan por falta de discernimiento en la elección de sus asuntos y de ingenio y medida en el modo de tratarlos; la señora Hubbard recuerda que un célebre escritor hace decir, á propósito de las tareas periodísticas, á uno de sus personajes: «El mundo no se cuida de las opiniones de usted: lo que desea es saber cómo cuecen los normandos su puchero». No importa que los asuntos no sean nuevos: el público se renueva sin cesar, y siempre hay puntos de vista que explorar en los asuntos más gastados. Los viajes, sobre todo, dan materia abundante á las que saben escribir para hacer artículos vivos y picantes.

Un escalón más abajo, fuera de la literatura propiamente dicha, está el reporterismo mundano, que exige condiciones

especiales, y para cuyo cultivo recomienda especialmente la señora Hubbard que se use el anónimo: «Vuestro éxito será mayor si, fuera del director del periódico, nadie sabe vuestra profesión y nadie desconfía». Así pueden ganarse de cinco á diez duros semanales, lo cual, como dice Sommerard, no parece un precio muy americano.

Otra profesión femenil bastante en boga en América son las lecciones y conferencias públicas. Hay doctoras que tratan cuestiones de sucesión, de salud, de cuidados á los niños; literatas y artistas que disertan sobre filosofía, literatura antigua ó moderna, política y bellas artes, é interpretan con éxito poesías, comedias y dramas; una joven había imaginado crear clubs en los arrabales de la ciudad y hablar en ellos á razón de tres chelines al mes por una sesión semanal con diez abonados como *mínimum*; tenía ocho ó diez clubs, y trataba en cada uno, de treinta á cuarenta y cinco minutos, asuntos de actualidad, abriendo sobre ellos discusión con los asistentes.

Hace unos años quedó arruinada una rica y elegante familia, en la que había dos señoritas que habían recibido una educación tan sólida como práctica; lejos de amilanarse, montaron una escuela de cocina en su casa y el éxito coronó su iniciativa; tres días por semana, de nueve á doce, la casa se convierte en escuela, y al acabar las lecciones las alumnas aprenden cómo se debe decorar la mesa, en torno de la cual se sientan luego todas para saborear alegremente los platos que han preparado; se sigue un método científico; se aprenden al principio las reglas de higiene y un poco de química elemental y de fisiología del aparato digestivo; en la última clase se da un curso de manjares sencillos: asados, cocidos y sopas; pero se fija mucho la atención en el modo de regular el fuego, cuidados que exige la cocción y tiempo que ésta dura, según los casos; el curso termina con la preparación de platos finos; toda ciudad americana de cinco á diez mil habitantes puede sostener perfectamente una escuela de cocina semejante á ésta que dé para vivir con holgura á una familia.

Luego vienen las *institutrices* y *damas de compañía* con sus sociedades de colocación, informes y protección. La señora Hubbard recomienda á las damas de compañía que eviten todo cuidado, toda preocupación, á la señora que las emplea, en viaje, en paseos, en hoteles; una dama de compañía debe saber dirigir una casa, ser una experta enfermera, leer bien, hablar con agrado y poseer, en suma, todas las cualidades de una perfecta esposa; debe además saber varias lenguas y conocer la vida de turista, todo para ganar de ciento á trescientos duros.

Requisitos muy parecidos se necesitan para dirigir una escuela maternal, cuyas clases en América suelen ser de nueve á doce de la mañana, y el precio un duro semanal ó cuatro mensuales. Luego viene la profesión de *guía* y directora de viajes, profesión inventada no hace mucho en Nueva York por una encantadora joven americana, y que se ha propagado á todas las grandes ciudades de Yankilandia; el éxito depende de la complacencia de los fondistas, que aseguran á algunas de ellas el monopolio de su clientela femenina; se necesita mucha gracia, buen humor, actividad y conocimiento preciso de las cosas que se enseñan: museos, monumentos, jardines, etc.

Una mujer que tenga experiencia de viajes puede hacer un buen negocio organizando sociedades de excursión; es sistema muy de moda y que da excelentes resultados; hay que estar bien preparadas para ello, pues es preciso entenderse con las Compañías de vapores y ferrocarriles, sacar el mejor partido de sus tarifas, conocer bien los itinerarios y tener carácter para resistirse á los caprichos y veleidades de los excursionistas, aprovechando del mejor modo posible el tiempo y el dinero.

La busca de anuncios para los periódicos con una pequeña comisión, y la dirección de gabinetes de lectura y de colocación, son profesiones muy conocidas; la señora Hubbard da á las colocadoras el excelente consejo de comprobar por sí mismas los informes y de cobrar á la dama cliente el doble que á

la criada, que es lo contrario de lo que en Francia y en España se viene haciendo.

Otra profesión conocida es la de pianista ó música de reuniones: con talento superior se puede aspirar á tocar en los conciertos, y si se tiene cierta gracia puede hacerse un capitalito en algunos años, sobre todo en las *tournées*. Mejor que todo esto, ya muy conocido, es la idea de aconsejar á las mujeres que se hagan afinadoras de piano; es oficio modesto, pero bien retribuído y muy propio de la mujer. Menos recomendable es el de agentes de teatro, que preceden á las compañías para preparar las representaciones, hacer ajustes y publicar reclamos; en América parece que salen con éxito de estas tareas; pero es más femenino el empleo de las mujeres de estación, encargadas de ayudar y proteger á las señoras y señoritas que viajan solas; en cuanto al empleo de las encargadas por la *Unión cristiana de templanza de las mujeres* de acompañar en las cárceles y refugios á las acusadas y arrepentidas, no abandonándolas hasta su condena ó su absolución, más que una profesión ú oficio, es un apostolado.

Todas estas profesiones, dejadas aparte las de la enseñanza pública y los empleos oficiales, son propios de mujeres de clase superior. Veamos si entre los que cita la señora Hubbard como adecuados á la mujer proletaria hay algunos ignorados por la ingeniosidad de las mujeres europeas.

En el capítulo de la alimentación, hay una nota que merece ser recogida: la afición á la vida de campo priva á las familias de los platos de conservas de frutas, á que tanta afición se tiene en América; la mujer que esté ducha en el arte hará buenos negocios, anunciándose y ofreciéndose para los encargos que puedan hacerla de conservas, pastas, violetas en azúcar, confituras, etc. Otro oficio socorrido es el del cultivo de los peces en el interior de las granjas; cualquier excavación pedregosa y estéril puede convertirse en un pequeño lago, y en él pueden criarse los peces más apetecidos de la comarca; un hombre que no tenía más que un pedazo de tierra sin valor,

sacó el primer año 125 duros de beneficio de esta pequeña industria, que apenas requiere cuidado. La cría y venta de gusanos y gusarapas para pescadores, el cultivo de hortalizas para ensaladas, y la cría de abejas, son también maneras de vivir modestas, pero de resultado seguro, y que con poquísimos gastos y exiguo capital pueden emprenderse.

La cría de gallinas y aves de corral exige un capitalito; pero se puede ser simplemente intermediario, y practicar lo que la señora Hubbard llama la navegación de los pollos, es decir, la compra directa de los pollos y su arreglo para la venta á los polleros. El cultivo de las flores, sobre todo de las rosas, es otra industria de bastantes rendimientos, que hoy está en manos de los hombres, y que no hay motivo para que no se halle en manos de mujeres. Otro tanto sucede con el comercio de pájaros y animales domésticos, conejos de ojos rojizos, maricas, cotorras, canarios, etc.

De todos los oficios, los mejores son los que exigen algunos conocimientos elementales. Las pintoras de muebles y de objetos de adorno son muy buscadas. Los trabajos de tapicería son un gran recurso; se empieza por hacerlos para la propia casa, y pronto se aprende el gran partido que puede sacarse de saber tapizar un sillón ó adornar una chimenea. La decoración de escaparates es profesión muy lucrativa; una mujer que tenga gusto y que haya estudiado los escaparates de París, puede crearse una bonita posición en otras ciudades, ya prestando servicios en un almacén, ya entendiéndose con varios comercios para el adorno de los escaparates; los que conocen Londres saben que allí no hay gusto para esto, y que los géneros aparecen amontonados en las vitrinas; una escaparatera artista que acertara á ponerse de moda en Londres ó en América, haría su fortuna; es una pequeña revolución que hay que hacer, y que puede dar salida á muchísimas mujeres.

La limpieza de cristales de puertas, ventanas y balcones es otro recurso de gran resultado; una contratista puede tener á su cargo veinte ó cien casas de comercio en el barrio, y no

tardará en tener que tomar auxiliares; la limpieza de vidrieras es una tarea casera bastante engorrosa: hay que subir á la escalera, y la escalera es alta, ó baja, ó no asienta bien, y no es raro en los pisos altos ver caer á los criados por un descuido cualquiera; luego no se tiene jabón especial, ni paños ó rodillas, ni cepillos, ni pieles, y el cristal queda empañado ó con hilachas; una limpiavidrieras llega con todos sus achiperres, escabel, escalera, paños, etc., y como es su oficio, lo hace perfectamente y con rapidez; no hay casa importante que no la llame, una vez conocidas y apreciadas las ventajas del servicio.

Las floristas ambulantes que sepan guarnecer cestas y jardineras dan también gran resultado, y pueden extender sus operaciones á las ciudades, donde no hay más recurso que acudir á los grandes almacenes, que venden muy caro, ó á horticultores que no tienen gusto ni están al corriente de las modas; para este oficio se necesitan mujeres listas, que sepan averiguar con maña los días que recibe la señora Tal, las comidas que da la casa Cual, las flores que prefieren una y otra, y otros detalles no menos útiles; hay que aprender el arte de arreglar un ramillete y de montar una cesta, para dar á los ramos y á las flores ligereza y gracia, produciendo el mayor efecto con pocas flores.

Hay todavía pocas adornistas, escaparateras y floristas; pero lo increíble es que haya tan pocas peluqueras, cuando es un oficio que debería ser monopolio de la mujer. Cuando se ha aceptado un peinado para una hora determinada, se debe acudir á la hora con escrupulosa exactitud, llevando todos los útiles necesarios; una peinadora con aparato de secar llevado á domicilio haría negocio; el casco de hojalata que hoy se usa para secar los *shampoings* puede modificarse para desmontarlo fácilmente, y con una lamparita de alcohol se reemplazaría con ventaja el pico del gas; los peluqueros guardan este aparato para sus salones, y á domicilio se sirven de medios rudimentarios, como la toalla caliente, que tanto tarda en secar

el pelo, y que con tanta facilidad se empapa, produciendo constipados á cada momento.

También puede emplearse la mujer en arreglar las mesas los días de recepción, ó en los grandes hoteles. Una señora distinguida de Nueva York tuvo que pasar un año en un balneario para curarse: tenía una hija única, de esmerada educación; pero su fortuna no la permitía atender á los gastos de las dos; la joven se contrató como doncella en el balneario, y así no tuvieron que separarse; lejos de perjudicarla aquella resolución, su amor filial y la dignidad con que se conducía la atrajeron el respeto y el cariño de todos. Los cafés económicos, los puestos de refrescos, los aguaduchos, las lecherías, los bars, son explotables por mujeres.

Sería tarea larga la de recorrer los 117 oficios que la señora Hubbard ha logrado reunir para darlos en elección á las mujeres, y entre los que figuran la contrata de canastillas de boda y de bautizo, la corbatería, el cuidado de las manos y la quiromancia ó adivinación. El libro de la señora Hubbard es muy práctico y muy oportuno, porque el hombre tiende cada vez más á no casarse, y la mujer tiene que preocuparse de ganarse la vida por sí misma, ó de hacerla más llevadera á su familia, aportando con su trabajo su contingente de ingresos.

CRÍTICA

BENDITA SEA TU PUREZA.—En una Revista religiosa encontramos la famosa oración que ayudó á bien morir al inimitable Diógenes de *Pequeñeces*, y no podemos resistir á la tentación de dedicarla uno de nuestros artículos de crítica menuda. La oración consabida dice así:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tu graciosa belleza.

A ti, celestial Princesa,
 Virgen sagrada María,
 Yo te ofrezco en este día
 Alma, vida y corazón.
 ¡Mírame con compasión!
 ¡No me dejes, Madre mía!



Es difícil hallar en la literatura religiosa popular nada tan laudable por la intención y tan censurable por la forma como esta desdichada décima. Todo se junta en ella: ripios, versos mal medidos, mezclas de consonantes con asonantes, etc. ¿Se necesita, por ventura, expresar en verso un pensamiento tan natural y tan hermoso como el de ofrecer nuestra alma á la Virgen todas las mañanas y todas las noches? Evidentemente, no; el verso en tales casos no es necesario, aunque sí muy recomendable, porque el metro y la rima ayudan á retener en la memoria los conceptos, y porque, siendo el verso una forma bella de expresión, nada más justo que utilizarlo en casos como el de que se trata para añadir una belleza más á lo que ya es bello de suyo.

Pero ahí está precisamente la cuestión: si el verso es malo, ¿para qué emplear el verso? ¿Qué obligación tiene nadie de ser poeta? Escriba versos quien sepa; pero no se meta en tales honduras quien no acierte sino á corromper el gusto, herir los oídos, falsear los conceptos y afear, en una palabra, la expresión de su pensamiento.

Analicemos la décima en cuestión, y se verá que no hay por dónde cogerla.

El primer verso está mal medido: ó hay que forzar la pronunciación del *sea*, haciéndolo *seá*, en una sola sílaba, contra toda ley de acentuación y de ortografía (*Bendita seá tu pureza*), ó, de lo contrario, nos resulta un verso de nueve sílabas (*ben-di-ta-se-a-tu-pu-re-za*) en una décima, que requiere versos octosílabos. De cualquier modo que sea, hay que cometer un atentado contra la prosodia ó contra la métrica.

Y viene el segundo verso con su *y* inicial y su final *lo sea*,

arrastrado y prosaico y, lo que es peor, asonante del *pureza* del verso primero, contra todo principio de buen gusto. El «eternamente lo sea» es puro ripio por el momento en que aparece.

El tercero, «Pues todo un Dios se recrea», no puede ser más desgraciado, y parece increíble que haya podido salir de labios cristianos y que sea recomendado por nadie que de buen católico se precie. Porque ¿qué es eso de «todo un Dios»? ¿No parece eso cosa de chulapería? ¡Todo un Dios! O eso es paganismo puro, ó no hay Dios (hablemos en el lenguaje atildado del autor) que lo entienda. *Todo un Dios*, bien analizado, es un colmo de desatinos en boca de cristianos, pues *un Dios* supone otros dioses, y *todo un Dios* supone que hay pedazos de Dios y que Dios es divisible; no pueden decirse más herejías en menos palabras; y con lo tosco y herético del fondo, va lo chabacano y grosero de la forma, que más parece trozo de zarzuela bufa que fracción de plegaria cristiana: ese recreo de todo un Dios con la graciosa belleza de la Virgen es digno de ser puesto en música por Offenbach.

Pero no es eso todo: relaciónese este verso para completar su sentido con el siguiente, que es el menos malo de la serie, y se verá lo incongruente y disparatado del concepto contenido en la redondilla: «Pues todo un Dios se recrea—en tu graciosa belleza». Ese *pues*, prosaico y de mal gusto, viene á expresar la relación causal existente entre los dos primeros versos y los dos últimos: «bendita sea tu pureza, puesto que Dios se recrea en tu graciosa belleza». Es decir, que si no existiera esa «graciosa belleza», no había para qué bendecir la pureza de la Virgen. ¿Y qué tiene que ver una cosa con otra? La pureza debe bendecirse y alabarse siempre, recaiga en quien recaiga, en una belleza graciosa ó en una fea horripilante; la pureza es una virtud que afecta al cuerpo y al alma, y su alabanza no puede ni debe depender de la belleza ni de la gracia de quien tiene la dicha de poseerla. De modo que, si «todo un Dios se recrea» «en la graciosa belleza de la Virgen», eso ser-

virá para que nosotros, míseros mortales, nos recreemos también en su contemplación, pero sin dejar por eso de bendecir eternamente la pureza de la misma Virgen. Esto, aparte de que realmente es irrespetuoso para la Virgen y para Dios, y eminentemente pagano, hablar de la *graciosa belleza* en que Dios se recrea, belleza que, por lo de *graciosa*, sólo puede aplicarse—y así lo entienden cuantos recitan la popular décima—á la belleza corporal, una belleza efímera y mezquina, abandonada por la Virgen al dejar la tierra, que podía servir en una Venus para recreo de Júpiter ó de Marte ó de cualquier otro diosecillo del Olimpo greco-romano, pero que en modo alguno puede mencionarse al tratarse del Dios grande, del Dios único del Cristianismo, ni de la Purísima Virgen María, madre del Redentor.

Sin cambiar ni un solo ápice la intención ni el sentido de esos cuatro versos, ¿no podrían suprimirse todas las herejías de fondo y forma que contienen, acabando de paso con ese inaguantable machaqueo del *e-a* de las asonancias? Evidentemente, pues bastaría decir

Bendita por siempre sea
Tu pureza inmaculada
Y tu belleza adorada,
En la que Dios se recrea,

para que quedara una redondilla aceptable, que contiene seguramente el pensamiento del autor, pero expresado de modo que no hiere al oído ni contiene herejías. Así, al menos, no se contribuirá á depravar el gusto en una edad que requiere toda clase de cuidados, por lo mismo que los niños carecen de discernimiento.

Pero sigamos. El quinto verso dice: «A ti, celestial Princesa», apareciendo otra asonancia en *e-a*, que pretende rimar, sin duda, con *pureza* y *belleza*, pero que como no se lea á la andaluza no rima con nada. El sexto, «Virgen sagrada María», no tiene falta ninguna, aunque si se profundiza un poco, se ve

que no queda suficientemente explícito el concepto, pues lo mismo podría aplicarse á la Madre de Jesucristo que á cualquier doncella llamada María que hubiera sido santificada por la Iglesia. Por lo demás, el piropo de *celestial Princesa*, seguido del *Virgen sagrada María*, sobre ser un ripio, es algo inadecuado tratándose de la Reina de los cielos.

El séptimo, «Yo te ofrezco en este día», no tiene más que el pecadillo venial de un ripio, el del *yo*, necesitado para llenar el hueco de una sílaba exigida por el metro. Pero el octavo, «Alma, vida y corazón», es de todo punto inaceptable: bien está que ofrezca á la *Virgen el alma*, y que pareciéndome todavía poco, le ofrezca *la vida*, aunque en esto haya una redundancia, pues no hay vida sin alma, y el ofrecimiento de la una implica el de la otra; pero que después de ofrecer el alma y la vida, ofrezca *el corazón*, eso no tiene sentido, y lejos de avalorar el ofrecimiento, le quita fuerza y energía; es un ripio de mala ley, de todo punto indefendible. La gradación requeriría ofrecer el corazón, en representación del cuerpo, de la parte material; después ofrecer el alma, en representación de la parte espiritual de nuestro ser; y por último, la vida, como síntesis del cuerpo y alma. Pero hacía falta rematar en algo que acabara en *ón*, y por eso viene el *corazón* después del alma y de la vida. Y como las gentes en general sólo se pagan del sonsonete que les halaga el oído, lo mismo les da, y rueda la bola.

El noveno verso sería aceptable—y lo es desde luego por el fondo—si no se tropezara con el *con-com* de «con compasión». Claro es que si el concepto es bueno, si lo que se quiere decir es eso y no hay manera de evitar la cacofonía porque no se encuentra otro modo de expresar la misma idea, no es cosa de sacrificar á la forma literaria el pensamiento mismo. El último verso, «¡No me dejes, Madre mía!», es el único aceptable de la décima.

¿No es sensible que se ponga en millares y millones de labios una oración como la que acabamos de analizar? Se dirá

que la intención basta, y se podía añadir que como ese recitado suele hacerse automáticamente, como el de la mayor parte de las oraciones, sin fijarse en lo que se dice, lo mismo da una cosa que otra. Es verdad; pero lo bien dicho bien parece, y bueno es poner en armonía los hechos con las intenciones y las palabras con el espíritu que las inspira.

Supongamos que en lugar de la décima en cuestión recitáramos esta otra:

Bendita por siempre sea
Tu pureza inmaculada,
Por todo el mundo cantada,
Y en la que Dios se recrea.
A ti acudo en la pelea
Mundanal, Virgen María:
Si sintiera en este día
Una mala tentación,
¡Ten de mi alma compasión!
¡No me dejes, Madre mía!

¿No estaría así expresado en forma lisa y llana, propia de toda oración, sin oropeles poéticos, pero también sin ripios molestos ni asonantes, el mismo pensamiento de la plegaria anterior, más redondeado y completo? Y no es que demos esta décima como modelo, pues hemos respetado la estructura de la primera y conservado en lo posible sus palabras, siendo nuestro objeto mostrar únicamente cuán fácil es, con un poco de cuidado, expresar en verso todo lo que se desee, sin ensartar á tontas y á locas cuanto á los puntos de la pluma se viene. La redondilla inicial contiene la invocación á la Virgen, con la bendición de su pureza, su más preciada virtud, digna de que el mismo Dios (no todo un Dios) se recree en ella, sirviéndole de regocijo la perfección de tan excelsa criatura. Después de la invocación contenida en los cuatro versos primeros, viene la explicación de los motivos que nos impulsan á llamar á la Virgen; nos hemos despertado y tenemos que prepararnos á emplear bien el día; tememos ser víctimas de cualquiera de las

muchas tentaciones y peligros que el mundo nos ofrece en su tráfago diario, y reclamamos el amparo y la intervención de la Madre de los pecadores para que nos salve del peligro. Así queda el pensamiento de la primitiva décima completamente explicado, pues allí queda sobrentendido, y de ese modo el que recite la plegaria puede darse cuenta mejor de lo que dice.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA MUJER ESCRITORA.—Aurel, una escritora de fina percepción, dice en el *Censeur* que si sólo lo nuevo tiene en el arte derecho á la vida, la mujer está siempre dispuesta á todo arte, y que si la integridad del sér, la soledad, la tristeza y el candor son necesarios en arte, en toda mujer hay una artista, ya que el corazón de la mujer nunca ha dejado de estar solo, viudo y desnudo; y eso cuanto más amada es, pues cuanto más aumenta en ella el campo de la esperanza, más apta es para sentir, ó sea para presentirse, para completarse.

«Entre las artes—dice—sólo la de escribir es familiar á la mujer: ¡es tan ligera la pluma! Las mujeres son las que deben escribir la novela sentimental, cuando hayan encontrado el libro femenino, obra que, para ser válida, *no puede* de ningún modo *obedecer* á las leyes del libro varonil. Las mujeres están en contacto tan próximo con la Naturaleza, son tan diversas entre sí y han callado de tal modo hasta ahora, que si sus labios se abren ó sus manos cogen la pluma y son sinceras, no pueden hacer cosa insignificante é inútil.»

Hoy la mujer escritora es una rareza; cuando todas sepan escribir, «la mujer completa nos habrá salvado de la mujer de letras». Las cartas y el diario de cada una formarán el proceso verbal de su sensibilidad. Hoy la mujer apenas hace más que imitar al hombre; tenemos filósofos de muselina, noveladoras socialistas humanitarias y novelistas historiógrafas, que insensibles á la vida de quienes las rodean, resucitan cuentos

caldeos. ¿Feministas? ¡Quiá! Hace mucho tiempo que todas esas señoras son hoministas.

Para asombrar al hombre, las hay que dicen todavía: «Mirad, soy abogada; mirad, soy médica...» Toda esa espuma se desvanecerá y volveremos á ver á la mujer ser ella y nada más que ella. No ha visto Aurel todavía en ninguno de los libros de mujeres á la mujer entera, á la verdadera, más artista cuanto más enamorada, tan consciente como loca, con impertinencias de esclava, con descuidos de emperatriz; fuerte y débil, feroz y tierna. Y la más ingenua de todas, la que espera con el corazón desnudo, la que quiere y puede ser conocida del amor y desea encontrar en el amante al amigo, ¿dónde leerla? Hay que ver cómo se hace escritora la mujer.

La palabra hablada no basta para la expresión; la presencia del amado cambia casi siempre á la mujer audaz en niña adorante. La enamorada se empequeñece ante el amado cuanto más le ama, y si la atracción crece, el prestigio mengua. Y entonces es cuando la mujer escribe; él está allí, y ella piensa y traza *in mente* las frases que no se atreve á decirle. Por cartas es ella la mujer, y por cartas se engrandece, recobra su estatura y su imperio, y he ahí cómo la mujer se hace escritora. Y para que su alma se abra por entero es necesario escucharla, alejándose un poco para no darla nada, trazando en torno suyo un cerco de fervor para provocar su alegría, su cólera ó su miedo, únicos estados en que brotan por sus labios su irreductible juventud y su profético frescor.

*
* *

LAS MUJERES CRIMINALES.—En ningún país está exenta la mujer culpable del castigo que merece por sus crímenes; pero siempre es castigada con menos severidad que el hombre. Hoy ningún Estado aceptaría una ley que igualase el castigo de la mujer con el del hombre, y no ya por sentimentalismo, sino por consejo científico, por el exacto conocimiento que se tiene de la menor resistencia femenil.

Con el hombre se llega hasta cometer un error judicial. Con la mujer todo cambia; hasta el sueño del tribunal parece interrumpirse por la conmoción del alma. Cuando se inflige una pena á una señora, se ocupa de ello la prensa, las familias, el pueblo, la burguesía, la nobleza, y todos murmuran como de cosa extrañísima. El corazón sufre cruelmente por el desengaño sentido en presencia de una mujer que, por serlo, debiera ser un ángel, y que sin embargo resulta en la realidad una criminal.

En la *Nineteenth Century*, el capitán Vernon Harris, exinspector de prisiones, expone sobre las mujeres encarceladas los resultados de sus observaciones y experiencias. Según Vernon, la mujer es la que corrompe á la mujer, de tal modo que donde se hace mala es en los talleres, en los convites y en la calle, no en su casa. Hace notar que en las casas de corrección la mujer da mayor contingente que el hombre, y que en los casos de reincidencia las mujeres figuran en proporción todavía mayor, sin que por eso deje de conocer que la mujer es siempre menos criminal que el hombre, sobre todo en España y en Italia, que son los países en que la proporción es menor; aun en Francia hay cuatro hombres criminales por cada mujer, y en los Estados Unidos doce por cada una. Hasta en la cárcel la mujer se distingue del hombre por la limpieza y el cuidado de su persona, gustándola el trabajo y siendo sumamente sensible á las alabanzas.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El viajero y su sombra, por Federico Nietzsche.

El autor del *Crepúsculo de los ídolos* es harto conocido para que tengamos que hacer su elogio. Pensador originalísimo en medio de sus incongruencias y atrevimientos, artista seductor que deslumbra con sus bellas imágenes é ingeniosas paradojas, Federico Nietzsche ha dejado en las Letras y en la Filosofía muy honda huella de su vigorosa é interesante personalidad. El libro que comentamos brevemente no tiene, como ninguno de los de su autor, plan ni método. Es, por decirlo así, un *proteo* de materias pintorescamente expuestas, un *cinematógrafo ideal* cuyas películas varían á cada paso, sorprendiendo y subyugando por su colorido y novedad á los espectadores.

Moral, filosofía, religión, arte, costumbres, en todo se ejercita la poderosa inteligencia de Nietzsche, contradiciéndose quizá alguna vez, pero siempre interesando fuertemente al lector por el brío, la profundidad y la poesía de sus análisis y descripciones. El *impresionismo*, nota característica de las Letras actuales, está hábilmente pintado en ese libro que impresiona, aunque no siempre convence, y es de los que obligan á hacer verdadera gimnasia mental. La obra, que recomendamos con todo interés á los *intelectuales* de criterio amplio y generoso (que rinden culto al ingenio aunque deploran sus errores), consta de un volumen de cerca de cuatrocientas páginas, traducido por el laborioso escritor D. Edmundo González Blanco, y se vende al precio de seis pesetas.

CARLOS BELMONTE

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Inteligencia y bondad</i> , por Miguel de Unamuno.....	5
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	22
<i>Vida económica comparada</i> , por Anselmo Fuentes.....	34
<i>La enseñanza de la lengua castellana en Francia</i> , por Julio Laborde.....	44
<i>El siglo de los marimachos</i> , por Pascual Santacruz.....	79
<i>España fuera de España</i>	95
<i>Memorias de un huérfano</i> , por X. Marmier.....	103
<i>Diego Velázquez y su siglo</i> (continuación), por Carlos Justi.....	122
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	167
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	176
<i>Notas bibliográficas</i> , por Carlos Belmonte.....	207